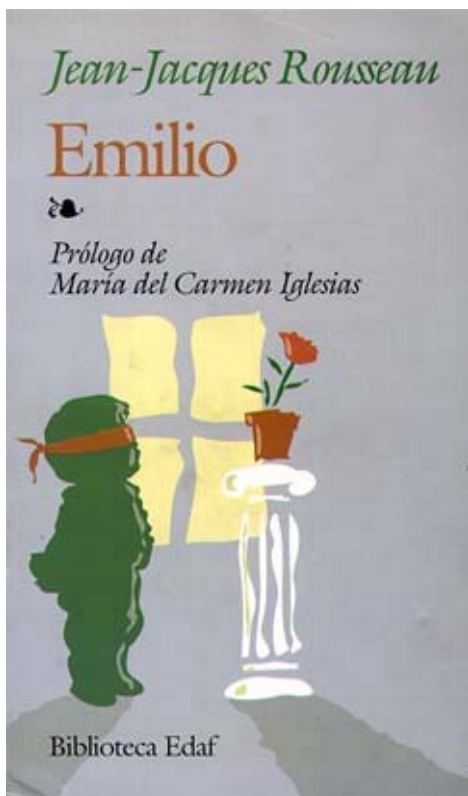


Emilio o de la educación

Jean-Jacques Rousseau

Prólogo de María del Carmen Iglesias
Traducción de Luis Aguirre Prado



1985, Editorial EDAF, S. A.
I.S.B.N.: 84-7166-266-3

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>por</i> María del Carmen Iglesias	11
LIBRO PRIMERO	35
LIBRO SEGUNDO	81
LIBRO TERCERO	87
LIBRO CUARTO	241
LIBRO QUINTO	411

LIBRO SEGUNDO

Tratamos aquí del segundo término de la vida, aquel en que propiamente acaba la infancia; pues las palabras *infans* y *puer* no son sinónimas. El primero está comprendido en el otro y significa "quien no puede hablar"; de donde procede que en Valerio Máximo se encuentre *puerum infantem*. Pero yo continúo sirviéndome de esta palabra según el uso de nuestra lengua, hasta la edad en la cual ella adquiere otros nombres.

Cuando los niños comienzan a hablar, lloran menos. Este progreso es natural: un lenguaje ha sustituido al otro. Tan pronto como ellos pueden decir que sufren por medio de palabras, ¿por qué habrían de decirlo con gritos, a no ser cuando el dolor es demasiado vivo para que la palabra pueda expresarlo? Si entonces continúan llorando, de esto tienen la culpa las gentes que están cerca de ellos. Desde que Emilio dijo una vez "yo estoy mal", necesita dolores muy vivos que le fueren a llorar.

Si el niño es delicado, sensible, y naturalmente se pone a gritar por nada, haciendo estos gritos inútiles y sin efecto, yo le calmo muy pronto. En tanto que él llora yo no voy hacia él; y corro hasta él en el momento en que se calla. Muy pronto su manera de llamarme será la de callarse, o todo a lo más lanzar su solo grito. Por el efecto sensible de los signos es como los niños consideran su sentido, y no existe otra convención para ellos: por mucho daño que un niño se haga, es muy raro que llore cuando está solo, a menos de que no tenga la esperanza de ser oído.

Si él cae, si se hace un chichón en la cabeza, si sangra por la nariz, si se corta los dedos, en lugar de apresurarme a ir a él con un tono alarmado, permaneceré tranquilo, a menos por breve tiempo. Causado el mal es una necesidad el que él lo soporte; todo mi apresuramiento sólo serviría para asustarle más y aumentar su sensibilidad. En el fondo, es menos el golpe que el miedo lo que atormenta cuando se está herido. Al menos yo le ahorraré esta última angustia, pues muy seguramente juzgará respecto a su mal según él vea cómo se considera: si él me ve acudir con inquietud a consolarle, se quejará y se considerará perdido; si me ve conservar mi sangre fría, recobrará bien pronto la suya, y creará curado su mal cuando ya no lo sienta. Es en esta edad en la que se toman las primeras lecciones de valor y en la que, soportando sin temor los dolores leves, se aprende por grados a soportar los grandes.

Lejos de estar atento para evitar que Emilio no se hiera, sería para mí enfadoso el que no se hiriese jamás, y que creciera sin conocer el dolor. Sufrir es la primera cosa que debe aprender y la que tendrá mayor necesidad de saber. Parece que los niños sólo sean pequeños y débiles para tomar estas importantes lecciones sin peligro. Si el niño cae de lo alto, no se romperá la pierna; si se golpea con un palo, no se partirá el brazo, si coge un hierro cortante, no se cortará. Yo no conozco a ningún niño que en libertad se haya matado o estropeado, ni causado un daño considerable, a menos que indiscretamente no se le haya situado en lugares elevados, o dejado solo alrededor del fuego o que se le haya dejado a su alcance instrumentos peligrosos. ¿Qué diremos de esos almacenes de aparatos que se reúnen junto a un niño para armarle de toda clase de piezas contra el dolor, hasta que, ya mayor, permanece a merced de ellos sin valor y sin experiencia, y que se cree muerto a la primera picadura y se desvanece viendo la primera gota de su sangre?

Nuestra manía magistral y pedantesca es siempre la de enseñar a los niños cuanto ellos aprenderían mucho mejor por sí mismos, olvidando todo lo que nosotros hubiéramos podido enseñarles. ¿Existe algo más necio que el trabajo que se toma para enseñarles a andar, como si se hubiese visto a alguno que, por la negligencia de su nodriza, no supiera andar cuando mayor? ¡Por el contrario, cuántas gentes se ve que caminan mal durante toda su vida porque se les ha enseñado mal a caminar!

Emilio no tendrá ni chichoneras, ni cestos rodantes, ni carretón, ni andadores, o al menos, desde que comience a saber poner un pie delante del otro, sólo se le sostendrá sobre los sitios pavimentados y se le hará pasar con viveza.¹

En lugar de dejarle viciarse en el aire malsano de una habitación, condúzcasele diariamente a un prado. Allí, que él corra, que se recree, que caiga cien veces por día, tanto mejor: aprenderá más pronto a levantarse. El bienestar de la libertad restaña muchas heridas. Mi alumno tendrá contusiones con frecuencia; en compensación, estará siempre alegre. Si los vuestros las sufren menos, estarán siempre contrariados, siempre encadenados, siempre tristes. Dudo de que el beneficio quede de su parte.

¹ No existe nada más ridículo y más inseguro que el andar de las gentes a las que de pequeñas se les ha llevado demasiado con andaderas: es todavía una de esas observaciones triviales a fuerza de ser justas, y que le son en más de un sentido.

Otro nuevo progreso hace la queja de los niños menos necesaria: éste es el correspondiente a sus fuerzas. Pudiendo más por sí mismos tienen una necesidad menos frecuente de recurrir a los demás. Con su fuerza se desarrolla el conocimiento que les sitúa en estado de dirigirla. Es en este segundo grado cuando comienza propiamente la vida del individuo, entonces es cuando adquiere la conciencia de sí mismo. La memoria extiende el sentimiento de identidad sobre todos los momentos de su existencia; él llega a ser verdaderamente uno, él mismo, y, por consecuencia, ya capaz de felicidad o de infortunio. Importa por tanto comenzar a considerarlo aquí como un ser moral.

Cualesquiera que sea el cálculo aproximado del más largo término de la vida humana y las probabilidades que se atribuyan a la aproximación de este término en cada edad, nada existe más inseguro que la duración de la vida de cada hombre en particular, muy pocos alcanzan a este término más amplio. Los mayores riesgos de la vida están en su comienzo; cuanto menos se ha vivido, menos se debe esperar vivir. De los niños que nacen, la mitad, todo lo más, llegan a la adolescencia; es probable que vuestro alumno no alcance la edad adulta.

¿Qué es preciso pensar, pues, de esta bárbara educación que sacrifica el presente a un futuro incierto, que carga a un niño con cadenas de toda clase, y comienza por hacerle desdichado preparándole para lo lejano no sé qué supuesta felicidad de la cual hay que creer que no gozará jamás? Aun cuando yo considerase esta educación razonable en su propósito, ¿cómo he de ver sin indignación a los pobres infortunados sometidos a un yugo insostenible y condenados a trabajos continuos como galeotes, sin estar seguro de que tantos cuidados les serán alguna vez útiles! La edad de la alegría se pasa entre lágrimas, castigos, amenazas, esclavitud. Se atormenta al desventurado por su bien; y no se ve la muerte a la que se llama y que va a apoderarse de él en medio de este triste aparato. ¿Quién sabe cuántos niños perecen víctimas de la extravagante sabiduría de un padre o de un maestro? Felices por escapar a su crueldad, la única ventaja que ellos sacan de los males que les han hecho sufrir es la de morir sin lamentar la vida, de la cual ellos sólo han conocido los tormentos.

Hombres, sed humanos; éste es vuestro primer deber; sedlo para todos los estados. para todas las edades, para todo cuanto no es extraño al hombre. ¿Qué sabiduría existe para vosotros fuera de la humanidad? Amad a la infancia; favoreced sus juegos, sus placeres, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha añorado alguna vez esa edad en que la risa está siempre a flor de labios, y en que el alma está en continua paz? ¿Por qué queréis quitar a estos pequeños inocentes el gozo de un tiempo tan corto que se les escapa y de un bien tan valioso del cual ellos no acertarían a abusar? ¿Por qué queréis llenarles de amarguras y de dolores estos primeros años tan rápidos, que no volverán ya para ellos como ellos no pueden volver para vosotros? Padres ¿sabéis cuál es el momento en que la muerte espera a vuestros hijos? No os preparéis para las lamentaciones arrebatándoles los pocos instantes que la naturaleza les ha otorgado: tan pronto como ellos puedan sentir el placer de ser hechos que gocen, haced que en cualquier hora que Dios les llame, ellos no mueran sin haber gustado de la vida.

¡Cuántas voces van a levantarse contra mí! Yo percibo de lejos los clamores de esta falsa sabiduría que nos lanzan incesantemente fuera de nosotros, que cuenta siempre el presente como inexistente, y que, persiguiendo sin descanso un futuro que huye a medida que avanzamos, a fuerza de transportarnos donde no estamos, nos transporta a donde no estaremos jamás.

Me respondéis que ésta es la época de corregir las malas inclinaciones del hombre; que es en la edad de la infancia, cuando las penas son menos sensibles, cuando es necesario multiplicarlas para ahorrarlas en la edad de la razón. Pero ¿quién os dice que todas estas medidas están a vuestro alcance y que todas estas bellas instrucciones con que abrumáis el débil espíritu de un niño no le serán un día más perniciosas que útiles? ¿Quién os asegura que les ahorraréis algo por los pesares que les prodigáis? ¿Por qué le dais más males que su estado puede soportar, sin estar seguros de que estos daños presentes van en descargo del porvenir? ¿Y cómo me demostráis que estas malas inclinaciones de las que pretendéis curarle no proceden de vuestros cuidados mal entendidos, mucho más que de la naturaleza? ¡Desdichada previsión que hace miserable en la actualidad a un ser, sobre la esperanza bien o mal fundada de hacerle feliz un día! Pues si estos vulgares razonadores confunden la licencia con la libertad, y al niño que se hace feliz con el niño que se malea, aprendamos a distinguirlos.

Para no correr tras de las quimeras, no olvidemos cuanto conviene a nuestra condición. La humanidad ocupa su lugar en el orden de las cosas; la infancia tiene el suyo en el orden de la vida humana: es preciso considerar al hombre en el hombre, y al niño en el niño. Asignar a cada uno su puesto y fijarlo, ordenar las pasiones humanas según la constitución del hombre, es todo cuanto podemos hacer por su bienestar. El resto depende de causas ajenas que no están en poder nuestro.

Nosotros no sabemos lo que es felicidad o desventura absoluta. Todo está mezclado en esta vida; no se goza ningún sentimiento puro, y no se permanece dos momentos en la misma situación. Las afecciones de nuestras almas, así como las modificaciones de nuestros cuerpos, están en un flujo continuo. El bien y el mal nos son comunes a todos, pero en diferentes medidas. El más dichoso es el que sufre menos penas; el más miserable es el que percibe menos placeres. Siempre más sufrimientos que gozos: he aquí la diferencia común a todos. La felicidad del hombre aquí, es sólo un estado negativo; se la debe medir por la menor cantidad de males que sufra.

Todo sentimiento de dolor es inseparable del deseo de liberarse de él; toda idea de placer es inseparable del deseo de gozar; todo deseo supone privación, y todas las privaciones que se sienten son penosas; es, por tanto, en la desproporción de nuestros deseos y de nuestras facultades en lo que consiste nuestra miseria. Un ser sensible en el que las facultades igualasen los deseos sería un ser completamente feliz.

¿En qué consiste pues la sabiduría humana o la ruta de la verdadera felicidad? No está precisamente en disminuir nuestros deseos; pues si éstos estuviesen por debajo de nuestra potencia, permanecería ociosa una parte de nuestras facultades y no gozaríamos de todo nuestro ser. No está tampoco en distender nuestras facultades, pues si nuestros deseos se extienden a la vez en una mayor relación, sólo llegaríamos a ser más miserables, sino que está en disminuir el exceso de los deseos sobre las facultades y en situar en perfecta igualdad la potencia y la voluntad. Entonces solamente cuando todas las fuerzas están en acción, permanecerá el alma sosegada y el hombre se encontrará bien ordenado.

Es de esta manera como la naturaleza, siempre sabia, lo ha establecido en principio. Ella no le otorga inmediatamente sino los deseos necesarios para su conservación y las facultades que le bastan para satisfacerlos. Todos los demás los ha colocado en el fondo de su alma para que se vayan desarrollando según la necesidad. Es únicamente en este estado primitivo cuando se encuentran el equilibrio del poder y del deseo, y cuando el hombre no es desgraciado. Tan pronto como sus facultades virtuales se ponen en acción, la imaginación, la más activa de todas, se despierta y las supera. Es la imaginación la que extiende para nosotros la medida de los posibles sea en bien, sea en mal, y la que, por consecuencia, excita y nutre los deseos por la esperanza de satisfacerlos. Pero el objeto que primero aparecía bajo la mano huye mucho más aprisa que se le pueda perseguir; cuando se cree alcanzarlo, se transforma y se muestra a lo lejos delante de nosotros. No viendo ya al país que hemos recorrido, no le tenemos en cuenta para nada; el que nos resta por recorrer se agranda, se extiende sin cesar. De este modo se agota sin llegar al término; y cuanto más ganamos respecto al gozo, más se aleja la felicidad de nosotros.

Por el contrario, cuanto más permanece el hombre cerca de su condición natural, más pequeña es la diferencia entre sus facultades y sus deseos, y por consecuencia menos se aleja de ser dichoso. Nunca es menos miserable que cuando parece desprovisto de todo, pues la miseria no consiste en la privación de las cosas sino en la necesidad que la hace sentir.

El mundo real tiene sus límites, el mundo imaginario es infinito; no pudiendo ampliar el uno, estrechemos el otro; pues es sólo de su diferencia de lo que nacen todas las penas que nos hacen verdaderamente desgraciados. Quitad la fuerza, la salud, el buen testimonio de sí, todos los bienes de esta vida están en la opinión; quitad los dolores del cuerpo y los remordimientos de la conciencia, y todos nuestros males son imaginarios. Este principio es común, se dirá; lo acepto; pero la aplicación práctica no es común; y es únicamente de la práctica de lo que aquí se trata.

Cuando se dice que el hombre es débil, ¿qué se quiere decir? Esta palabra debilidad indica una relación, una relación del ser al que se aplica. Aquel cuya fuerza supera a las necesidades, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades superan a la fuerza, incluso si fuese un elefante, un león, un conquistador, un héroe, un dios, es un ser débil. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza era más débil que el feliz mortal que vivió en paz según la suya. El hombre es muy fuerte cuando se contenta con ser lo que es; es muy débil cuando quiere elevarse sobre la humanidad. Por tanto, no vayáis a figuraros que ampliando vuestras facultades ampliáis vuestras fuerzas, por el contrario, las disminuís y vuestro orgullo se extiende más que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera, y permanezcamos en el centro como el insecto en medio de su tela; nos bastaremos siempre a nosotros mismos y no tendremos que quejarnos de nuestra debilidad pues jamás la sentiremos.

Todos los animales tienen exactamente las facultades necesarias para conservarse. Sólo el hombre las tiene superfluas. ¿No es extraño que esta superfluidad sea el instrumento de su miseria? En todo país los brazos de un hombre valen más que su subsistencia. Si él fuese lo bastante sabio para considerar como nada este suplemento, poseería siempre lo necesario, porque no tendría nunca nada con exceso. Las grandes necesidades, decía Favorin, nacen de los grandes bienes; y con frecuencia el mejor medio de darse las cosas

de que se carece es quitarse de las que se posee. Es a fuerza de nuestro trabajo por aumentar nuestra felicidad, como la cambiamos en miseria. Todo hombre que sólo quisiera vivir, viviría feliz; por consecuencia él viviría bien; pues ¿qué ventaja sería para él el ser malo?

Si fuésemos inmortales, seríamos seres muy miserables. Es duro morir, sin duda; pero es dulce esperar que no se vivirá siempre, y que una mejor vida dará fin a las penas terrenas. Si se nos ofreciese la inmortalidad sobre la tierra, ¿quién querría aceptar este triste presente?² ¿Qué recurso, qué esperanza, qué consuelo nos quedaría contra los rigores de la suerte y contra las injusticias de los hombres? El ignorante que no prevé nada, siente poco el precio de la vida y teme poco el perderla; el hombre inteligente ve los bienes con un precio más elevado, y la prefiere. Únicamente el semisaber y la falsa sabiduría son los que prolongan nuestras miradas hasta la muerte y más allá de ella, causando en nosotros el peor de los males. La necesidad de morir sólo es para el hombre sabio una razón para soportar los dolores de la vida. Si no se estuviera seguro de perderla una vez, costaría demasiado conservarla.

Nuestros males morales están todos en la opinión, excepto uno sólo, que es el crimen; y éste depende de nosotros: nuestros males físicos se destruyen o nos destruyen. El tiempo o la muerte son nuestros remedios; pero nosotros sufrimos tanto más cuanto menos sabemos sufrir; y nos damos más tormento por curar nuestras enfermedades que hubiéramos padecido soportándolas. Vive según la naturaleza, sé paciente y rechaza a los médicos; tú no evitarás la muerte pero no la sentirás nada más que una vez, en tanto que ellos la actualizan cada día en tu imaginación turbada y su arte engañoso, en lugar de prolongar tus días te quitarán el gozo. Yo preguntaré siempre cuál es el verdadero bien que este arte ha hecho a los hombres. Es cierto que algunos de los hombres que ellos curaron hubieran muerto; pero los millones que él mató habrían quedado con vida. Hombre sensato, no juegues nada a esta lotería, en la que existen demasiadas probabilidades en contra. Sufrir, muere o cúrate; pero sobre todo vive hasta tu última hora.

Todo es sólo locura y contradicción en las instituciones humanas. Nos inquietamos más por nuestra vida a medida que ella pierde su valor. Los ancianos la añoran más que los jóvenes; ellos no quieren perder los preparativos que hicieron para gozar de ella a los sesenta años es muy cruel morir antes de haber comenzado a vivir. Se cree que el hombre siente un amor vivo por su conservación, y esto es cierto; pero no se comprende que este amor, tal como lo sentimos, es en gran parte obra de los seres humanos. Naturalmente, el hombre no se inquieta por conservarse sino en tanto que los medios están en poder suyo; tan pronto como estos medios se le escapan, se tranquiliza y muere sin atormentarse inútilmente. La primera ley de la resignación nos viene de la naturaleza. Los salvajes, así como los animales, luchan muy poco contra la muerte, y la reciben casi sin quejarse. Destruída esta ley, se forma otra que procede de la razón; pero pocos saben deducirla, y esta resignación ficticia no está nunca tan llena y completa como la primera.

¡La previsión!; la previsión que nos lleva sin cesar más allá de nosotros, y con frecuencia nos coloca a donde no llegaremos, he aquí la verdadera fuente de todas nuestras miserias: ¡Qué manía tiene un ser tan pasajero como el hombre de mirar siempre a lo lejos, hacia un futuro que tan raramente llega, y de despreciar el presente del cual está seguro!; manía tanto más funesta cuanto que ella aumenta incesantemente con la edad, y hace que los ancianos, siempre desconfiados, previsores, avaros, amen más el sustraerse hoy a lo necesario que el carecer de lo superfluo dentro de cien años. Procediendo de este modo, nos apegamos a todo; los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto es, todo lo que será, importa a cada uno de nosotros; nuestro individuo no es sino la menor parte de nosotros mismos. Cada uno se extiende, por decirlo así, sobre toda la tierra, y llega a ser sensible sobre toda esta gran superficie. ¿Es extraño que se multipliquen nuestros males en todos los puntos por donde se nos pueda herir? ¡Cuántos príncipes se desolan por la pérdida de un país que ellos no han visto jamás! ¡Cuántos mercaderes se contentan con tocar en las Indias, para pregonarlo en París!

¿Es la naturaleza la que lleva de este modo a los hombres tan lejos de sí mismos? ¿Es que pretende que cada uno aprenda su destino por el de los demás, y a veces lo conozca el último, de suerte que el tal muera dichoso o miserable sin haberlo sabido jamás? Yo veo un hombre reposado, alegre, vigoroso, de buen aspecto; su presencia inspira euforia; sus ojos anuncian el contento, el bienestar; él lleva consigo la imagen de la felicidad. Llega una carta de correos; la mira el hombre dichoso, como lleva su dirección, la abre y la lee. Al instante cambia su aspecto; palidece, y desfallece. Vuelto en sí, llora, se agita, gime, se mesa los cabellos, llena el aire con sus gritos, parece presa de tremendas convulsiones. ¡Insensato! ¿Qué mal te ha hecho este papel? ¿Qué miembro te ha quitado? ¿Qué crimen te ha hecho cometer? En fin, ¿qué te ha cambiado de ti mismo para ponerte en el estado en que yo te veo?

² Se concibe que yo hable aquí de hombres que reflexionan, y no de todos los hombres.

Me parece que hubiese constituido un extraño problema si la carta se hubiese extraviado o una mano caritativa la hubiera lanzado al fuego, para la suerte de este mortal, feliz y desgraciado a la vez. Me diréis que su desgracia era real. Muy bien, pero él no la sentía. ¿Dónde estaba él por tanto? Su felicidad era imaginaria. Lo comprendo; la salud, la alegría, el bienestar, el sosiego del espíritu no son nada más que visiones. Nosotros no existimos en donde estamos, existimos sólo en donde no estamos. ¿Merece la pena tener un miedo tan grande a la muerte, con tal que continuemos viviendo?

¡Oh hombre!, concentra tu existencia en tu interior, y no serás ya miserable. Permanece en el lugar que la naturaleza te asigna en la cadena de los seres, y nadie te podrá hacer salir; no muestres oposición contra la dura ley de la necesidad, y no agotes, queriendo resistirla, las fuerzas que el cielo no te ha otorgado para extender o prolongar tu existencia, sino solamente para conservarla como a él le plazca y en tanto que le plazca.

Tu libertad, tu poder sólo se extienden a donde alcancen tus fuerzas naturales, y no más allá; todo el resto sólo es esclavitud, ilusión, engaño. El mismo dominio es servil cuando se mantiene en la opinión, pues tú dependes de los prejuicios de aquellos a quienes gobiernas mediante los prejuicios. Para conducirles como a ti te convenga, es necesario que te conduzcas como a ellos les conviene. Ellos no tienen sino que cambiar de manera de pensar y obligado por la fuerza tú cambiarás de modo de obrar. Cuantos te rodean no tienen sino que saber manejar las opiniones del pueblo al que tú crees gobernar, o de los favoritos que te gobiernan, o las de tu familia, o las tuyas propias: esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, esos soldados, esos lacayos, esas cotorronas, e incluso los niños, aun cuando tú fueras por el genio un Temístocles,³ van a llevarte, como a un niño en medio de tus legiones. Aunque te portes bien, jamás irá tu autoridad real más lejos que tus facultades reales. Tan pronto como es preciso ver por los ojos de los demás, es necesario querer por sus voluntades. Mis pueblos son mis súbditos, dices tú orgullosamente. Sea. Pero tú ¿quién eres? El sujeto de tus ministros. Y tus ministros a su vez, ¿qué son? Los sujetos de sus empleados, de sus amantes, los lacayos de sus lacayos. Tomadlo todo, usurparlo todo y luego verted el dinero a manos llenas; colocad baterías de artillería, levantad patíbulos, suplicios, dadles leyes, edictos; multiplicad los espías. Los soldados, los verdugos, las prisiones, las cadenas: pobres hombrecillos, ¿de qué os sirve todo esto? No estaréis ni mejor servidos, ni menos robados, ni menos engañados, ni más absolutos. Diréis siempre: queremos; y siempre haréis lo que quisieran los demás.

El único que hace su voluntad es aquel que no tiene necesidad de hacerla, de poner el brazo de otro al extremo de los suyos: de donde se sigue que el primero de todos los bienes no es la autoridad, sino la libertad. El hombre verdaderamente libre no quiere sino lo que puede, y hace lo que le place. He aquí mi máxima fundamental. Sólo se trata de aplicarla a la infancia, y todas las reglas de la educación se desarrollarán.

La sociedad ha hecho al hombre más débil, no solamente quitándole el derecho que tenía sobre sus propias fuerzas, sino haciéndoselas insuficientes. Esta es la razón de que sus deseos se multipliquen con su debilidad, y esto es lo que forma la infancia, comparada con la edad del hombre. Si el hombre es un ser fuerte y si el niño es un ser débil, no es sólo porque el primero tiene más fuerza absoluta que el segundo, sino porque el primero puede naturalmente bastarse a sí mismo y el otro no puede. Por tanto, el hombre debe tener más voluntades y el niño más fantasías, palabra por la que yo entiendo todos los deseos que no son verdaderas necesidades, y que no se pueden conseguir sino con la ayuda de otros.

Ya he explicado la razón de este estado de debilidad. La naturaleza provee por el amor de los padres y de las madres: pero este amor puede presentar su exceso, su defecto, sus abusos. Existen padres que viven en el estado civil y adelantan a su hijo en edad. Dándole más necesidades que las que él tiene, no mejoran su debilidad sino que la aumentan. Y la aumentan todavía más exigiéndole lo que la naturaleza no le exige, sometiendo a sus voluntades las escasas fuerzas que él tiene para servir las suyas, cambiando de una y otra parte en esclavitud la recíproca dependencia que deriva de su debilidad y de su amor.

El hombre prudente sabe permanecer en su lugar. Pero el niño, que no conoce el suyo, no sabe mantenerse en él. Existen entre nosotros mil medios para salir; corresponde a los que le gobiernan el retenerle, y esta tarea no es fácil. Él no debe ser ni animal ni hombre, sino niño; es necesario que sienta su debilidad y no que la sufra; es preciso que dependa y no que obedezca; se impone que él solicite y no que mande. Sólo está sometido a los demás a causa de sus necesidades, y porque ellos ven mejor que él cuanto le

³ Ese pequeño que veis ahí —decía Temístocles a sus amigos— es el árbitro de Grecia; pues él gobierna a su madre, su madre me gobierna, yo gobierno a los atenienses y los atenienses gobiernan a los griegos. ¡Oh! cuántos pequeños conductores se encontrarían con frecuencia en los mayores imperios, si desde el príncipe se descendiese por grados hasta la primera mano que da el impulso en secreto.

es útil, aquello que puede contribuir o perjudicar a su conservación. Nadie tiene derecho, ni el mismo padre, de ordenar al hijo aquello que por ningún concepto le conviene.

Antes que los prejuicios y las instituciones humanas hayan alterado nuestras naturales inclinaciones, la felicidad de los niños, así como la de los hombres, consiste en el uso de su libertad; pero esta libertad en los primeros está limitada por su debilidad. Cualquiera que hace lo que quiere es feliz, si él se basta a sí mismo; éste es el caso del hombre viviendo en el estado de naturaleza. Todo el que hace lo que quiere no es feliz, si sus necesidades superan a sus fuerzas: es el caso del niño en el mismo estado. Los niños no gozan, incluso en el estado de naturaleza, sino de una libertad imperfecta, semejante a la que gozan los hombres en el estado civil. Cada uno de nosotros, no pudiendo pasarse ya sin los demás, reviene en este aspecto débil y miserable. Estamos hechos para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han sumergido de nuevo en la infancia.

Los ricos, los grandes, los reyes, son todos niños que, viendo que nos apresuramos a aliviar su miseria, consiguen de esta misma una vanidad pueril y están muy orgullosos de los cuidados que no se les prestarían si fuesen hombres formados.

Estas consideraciones son importantes y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Existen dos clases de dependencias: la de las cosas, que es la de la naturaleza; la de los hombres, que es la de la sociedad. La dependencia de las cosas, no poseyendo moralidad alguna, no perjudica a la libertad, y no engendra vicios: siendo desordenada la dependencia de los hombres,⁴ los engendra todos y es únicamente por ella por lo que el señor y el esclavo se depravan mutuamente. Si existe algún medio de remediar este mal en la sociedad, es sustituyendo la ley en el hombre y armando las voluntades generales con una fuerza real, superior a la acción de toda voluntad particular. Si las leyes de las naciones pudiesen tener, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que ninguna fuerza humana pudiese vencer jamás, la dependencia de los hombres revendría entonces de la de las cosas; se reunirían en la república todas las ventajas del estado natural a las del estado civil; se agregaría a la libertad que mantiene al hombre exento de vicios, la moralidad que le eleva a la virtud.

Mantened el niño en la dependencia única de las cosas, y habréis seguido el orden de la naturaleza en el progreso de su educación. No ofrecéis nunca a sus voluntades indiscretas sino obstáculos físicos o castigos que nazcan de las mismas acciones, y de los que él se recuerde llegada la ocasión, sin prohibirle hacer mal, basta con impedirlo. La experiencia o la impotencia deben por sí solas ocupar lugar de ley. No otorguéis nada a sus deseos porque él lo solicite, sino porque tenga necesidad de ello. Que él no sepa que es por obediencia cuando actúa; ni es por imperativo cuando se actúa para él. Que sienta igualmente su libertad en sus acciones y en las vuestras. Completadle la fuerza que le falta, sobre todo cuando tenga necesidad de ella para ser libre y no imperioso; que recibiendo vuestros servicios con una especie de humillación, aspire al momento de poder pasarse sin ella y en que tenga el honor de servirse por sí mismo.

La naturaleza dispone, para fortalecer el cuerpo y hacerle crecer, de medios a los que jamás se debe contrariar. No debe constreñirse a un niño a que se esté quieto cuando él quiere andar, ni obligarle a andar cuando quiere permanecer quieto. Cuando la voluntad de los niños no está alterada por nuestra culpa, ellos no quieren nada inútilmente. Es necesario que ellos salten, que corran, que griten, cuando de ello tienen deseo. Todos sus movimientos son necesidades de su constitución, que busca el fortificarse; pero se debe desconfiar de cuanto ellos desean sin poderlo realizar por sí mismos, y que otros están obligados a hacer por ellos. Por ello se impone el distinguir con cuidado la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la necesidad del capricho que comienza a nacer, o de aquella que únicamente procede de la superabundancia de vida de la que ya he hablado.

Ya me he referido a lo que es necesario hacer cuando un niño llora por tener esto o lo otro. Solamente añadiré que, desde que él puede solicitar hablando cuanto desea, y que, para obtenerlo más aprisa o para vencer la negativa, apoya su solicitud con lágrimas, se le debe negar irrevocablemente lo que pide. Si la necesidad es la que le hace hablar, debéis comprenderlo y hacer al momento lo que él solicite; mas conceder alguna cosa a sus lágrimas es excitarle a verterlas, es enseñarle a recelar de vuestra buena voluntad, y a creer que la importunidad puede sobre vosotros más que la benevolencia. Si él no os cree buenos, no tardará en ser malo; si os cree débiles, será en seguida obstinado; importa conceder siempre a la primera indicación lo que no queremos negar. No seáis pródigos en negativas, pero no las revoquéis jamás.

Guardaos sobre todo de conceder al niño vanas fórmulas de cortesía, para las que le son necesarias palabras extraordinarias con que someter a sus voluntades a cuantos le rodean y obtener al momento todo lo

⁴ En mis *Principios de derecho político* queda demostrado que ninguna voluntad particular puede ser ordenada en el sistema social.

que le place. En la educación formularia de los ricos no se omite jamás el hacerles cortésmente imperiosos, prescribiéndoles los términos de que ellos deben servirse para que nadie se atreva a resistirlos; sus hijos no tienen ni tono, ni giros suplicantes; ellos son igualmente arrogantes cuando suplican que cuando mandan, porque están muy seguros de ser obedecidos. Se ve ante todo que el "si usted quiere", significa, en su boca, "yo quiero", y que "yo os ruego" significa "yo os ordeno". ¡Admirable cortesía que no llega para ellos sino a cargar el sentido de las palabras y a no poder hablar jamás de otra forma que con imperio! En lo que a mí se refiere, que temo menos el que Emilio sea grosero que arrogante, estimo mucho más que él diga rogando *haz esto*, que mandando *yo os suplico*. No es el término de que él se sirva lo que me importa, sino la acepción del mismo.

Existe un exceso de rigor y un exceso de indulgencia, y debemos evitar igualmente ambos. Si dejáis padecer a los niños, exponéis su salud, su vida; los hacéis miserables actualmente; si les ahorráis con excesivo cuidado toda clase de malestar, los preparáis para grandes miserias; les hacéis delicados, sensibles; les sacáis de su estado de hombres en el cual volverán a entrar un día a pesar vuestro. Para no exponerlos a ciertos males de la naturaleza, os convertís en el artífice de cuanto ella no les ha concedido. Me diréis que yo caigo en el caso de esos malos padres a los cuales reproché el sacrificar la felicidad de los hijos a la consideración de un tiempo lejano que puede no existir jamás.

No; pues la libertad que yo concedo a mi alumno le alivia ampliamente de las ligeras incomodidades a que yo le dejo expuesto. Yo veo pilluelos jugar sobre la nieve, violáceos, ateridos y que apenas si pueden mover los dedos. Ellos no tienen más que marchar a calentarse y no lo hacen si se les obligara a ello, sentirían cien veces más los rigores de la exigencia que el frío que sienten. Si esto es así, ¿de qué os quejáis? ¿Haría yo miserable a vuestro hijo exponiéndole solamente a las incomodidades que él quiere sufrir? Sí, yo hago su bien en el momento presente, dejándole libre; hago su bien en el futuro, armándole contra los males que él debe soportar. Si hubiese que elegir el ser mi alumno o el vuestro, ¿pensáis que él dudaría un instante?

¿Concebís alguna verdadera felicidad posible para ningún ser fuera de su constitución? Y ¿no es salir el hombre de su constitución el quererle eximir igualmente de todos los males de su especie? Sí, yo lo sostengo: para sentir los grandes bienes, es necesario que él conozca los males pequeños; tal es su naturaleza. Si lo físico va demasiado bien, se corrompe la moral. El hombre que no conociera el dolor, no conocería la ternura de la humanidad, ni la dulzura de la conmiseración; su corazón no se conmovería por nada. Él no sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabéis cuál es el medio más seguro para hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarle a obtenerlo todo; pues sus deseos. aumentando incesantemente por la facilidad de satisfacerlos, la impotencia, tarde o temprano, os forzarán a pesar vuestro a daros a la negativa, y esta negativa desacostumbrada le dará más tormento que la privación misma de lo que él desea. Primero querrá vuestro bastón; en seguida querrá vuestro reloj; luego querrá el pájaro que vuela, la estrella que ve brillar; querrá todo cuanto vea: a menos de ser Dios, ¿cómo le contentaréis?

Es una disposición natural en el hombre el considerar como suyo todo cuanto está en su poder. En este sentido el principio de Hobbes es verdadero hasta cierto punto: multiplicad con nuestros deseos los medios de satisfacerlos y cada uno se hará el dueño de todo. El niño que no tiene sino querer para lograr se cree el propietario del universo; mira a todos los hombres como sus esclavos: y cuando en fin nos vemos obligados a negarle alguna cosa, él, creyendo todo posible cuando manda, toma esta negativa por un acto de rebelión; todas las razones que se le dan en una edad incapaz de razonamientos no son para su gusto sino pretextos; por todas partes ve mala voluntad: el sentimiento de una supuesta injusticia agria su natural, y él incluye a todo el mundo en su odio, y sin saber gustar jamás la complacencia, se indigna ante toda oposición.

¿Cómo he de concebir yo que un niño, dominado de este modo por la cólera y devorado por las pasiones más irascibles, pueda ser dichoso jamás? ¡Dichoso, él!, cuando es un déspota, cuando es a la vez el más vil de los esclavos y la más miserable de las criaturas. Yo he visto niños educados de este modo que querían que se tirase la casa de un empujón, que se les diese el gallo que veían sobre un campanario, que se detuviera un regimiento en marcha para oír los tambores durante mucho más tiempo y que herían el aire con sus gritos, sin querer escuchar a nadie en cuanto se tardaba en obedecerlos. Al apresurarse vanamente a complacerlos, se acrecentaban sus deseos por la facilidad de la obtención y se obstinaban en las cosas imposibles, no hallando por todas partes sino contradicciones, obstáculos, trabajos, dolores. Siempre gruñidores, siempre rebeldes, siempre furiosos, se pasaban los días gritando y quejándose. ¿Eran estos seres realmente afortunados? La debilidad y el dominio reunidos no engendran otra cosa que locura y miseria. De

dos hijos mal educados, el uno golpea la mesa y el otro hace azotar el mar; ellos tendrán que azotar y golpear para vivir contentos.

Si estas ideas de dominio y de tiranía les hacen miserables desde su infancia, ¿qué será cuando crezcan y cuando sus relaciones con los demás hombres comiencen a extenderse y a multiplicarse? Acostumbrados a ver a todo el mundo doblegarse ante ellos, ¿qué sorpresa cuando al entrar en el mundo sientan que todo se les resiste, y se encuentren aplastados con el peso de este universo que ellos pensaban mover a su gusto!

Sus aires insolentes, su pueril vanidad, no les acarrearán sino mortificaciones, desdenes, burlas; ellos beberán las afrentas como agua; crueles pruebas no tardarán en enseñarles que ellos no conocían ni su estado ni sus fuerzas; no pudiéndolo todo, creen no poder nada. Tantos obstáculos inacostumbrados les exasperan, tantos desprecios les envilecen y se convierten en cobardes, medrosos, serviles, y decaen tanto debajo de sí mismos como se habían elevado encima de los demás.

Volvamos a la regla primitiva. La naturaleza ha formado a los niños para ser amados y socorridos; pero ¿los ha hecho para ser obedecidos y temidos? ¿Les ha dado un aire imponente, un ojo severo, una voz ruda y amenazadora para hacerse temer? Yo comprendo que el rugido de un león espante a los animales y que ellos tiemblen viendo su terrible melena; pero jamás se vio un espectáculo indecente, odioso, risible, como el dado por un cuerpo de magistrados, con su presidente a la cabeza, en traje de ceremonias, prosternados ante un niño en mantillas. al que arengan en términos pomposos y que grita y babea por toda respuesta.

Al considerar la infancia en sí misma, ¿existe en el mundo un ser más débil, más miserable, más a merced de todo el que le rodea, que tenga tan gran necesidad de compasión, de cuidados, de protección, que un niño? ¿No parece ser que él presente un rostro tan dulce y un aspecto tan atrayente a fin de que todo aquel que se le acerque se interese por su debilidad y se apresure a socorrerle? ¿Qué existe pues de más enojoso, de más contrario al orden, que el ver a un niño imperioso y rebelde mandar a todo lo que le rodea y tomar desvergonzadamente el tono de señor con aquellos que no tienen nada más que abandonarle para hacerle perecer?

Por otra parte, ¿quién no ve que la debilidad de la primera edad encadena a los niños de tantas maneras, que es bárbaro agregar a esta sujeción la de nuestros caprichos, quitándoles una libertad tan limitada, de la cual pueden ellos abusar tan poco, y que es escasamente útil para ellos y para nosotros el que se les prive de ella? Si no hay objeto tan digno de irrisión como un niño altanero, no hay tampoco objeto tan digno de compasión como un niño temeroso. Dado que con la edad de la razón comienza la servidumbre civil, ¿por qué la prevenís mediante la servidumbre privada? Soportemos que un momento de la vida quede exento de este yugo que la naturaleza no nos ha impuesto, y dejemos a la infancia el ejercicio de la libertad natural, que le aleja al menos por un determinado tiempo de los vicios que le sujetan a la esclavitud. Que estos instituidores severos, que esos padres sometidos a sus hijos vengan, pues, los unos y los otros, con sus frívolas objeciones, y que antes de ensalzar sus méritos aprendan una vez los de la naturaleza.

Yo vuelvo a la práctica. He reiterado ya que vuestro hijo no debe obtener nada porque él lo pida, sino porque él tenga necesidad de ello⁵ ni hacer nada por obediencia, sino únicamente por necesidad. De este modo las palabras obedecer y mandar quedarán proscritas de sus diccionarios aún más que las de deber y obligación; pero las referentes a fuerza, necesidad, impotencia y violencia, deben tener un gran espacio. Antes de la edad de la razón, no se puede tener idea alguna de seres morales ni de relaciones sociales; precisa por tanto evitar, en todo lo que se pueda, emplear palabras a ellos referentes, por temor de que el niño agregue de principio a estas palabras falsas ideas que no se sabrán, o que no se podrán ya destruir. La primera falsa idea que entra en su cabeza es en él el germen del error y del vicio; a este primer paso es al que sobre todo es necesario prestar atención. Haced que en tanto que él no esté impresionado sino por las cosas sensibles, todas sus ideas se detengan en las sensaciones; haced que por todas partes no perciba en torno suyo sino el mundo físico: sin esto estad seguros que no os escuchará nunca, o que se hará del mundo moral, del que le habláis, nociones fantásticas que no borraréis jamás en toda la vida.

Razonar con los niños era la gran máxima de Locke; ésta es la que está más en boga hoy; sin embargo, su éxito no me parece muy propio para concederle crédito; y en cuanto a mí, yo no considero nada

⁵ Se debe comprender que como la pena es a menudo una necesidad, el placer lo es también algunas veces. Por tanto, no existe sino un solo deseo de los niños al que jamás se debe satisfacer: es el de hacerse obedecer. De donde se sigue que, en todo cuanto ellos soliciten, debe prestarse atención sobre todo al motivo que les mueve a hacerlo. Concededles, en todo lo que sea posible, cuanto pueda causarles un placer real, negadles siempre lo que ellos soliciten únicamente por capricho o por realizar un acto de autoridad.

más necio que esos niños con quienes tanto se ha razonado. De todas las facultades del hombre, la razón, que por decirlo así sólo es un compuesto de todas las demás, es la que se desarrolla más difícilmente y más tarde; y ¡es de ésta de la que se quieren servir para desarrollar las primeras! La obra maestra de una buena educación es hacer un hombre razonable ¡y se pretende educar a un niño por la razón! Esto es comenzar por el fin, es querer hacer el instrumento de la obra. Si los niños razonasen, no tendrían necesidad de ser educados; pero al hablarles desde su temprana edad en un lenguaje que ellos no comprenden, se les acostumbra a administrar palabras, a controlar todo cuanto se les dice, a creerse tan sabios como sus maestros, a convertirse en discutidores y tercios; y todo cuanto se piensa obtener de ellos por motivos razonables, no se obtiene nunca sino por codicia, o temor, o vanidad, las que se está obligado siempre a reunir.

Damos la fórmula a que pueden ser reducidas o casi reducirse, todas las lecciones de moral que se dan o que pueden darse a los niños.

EL MAESTRO.— No se debe hacer eso.

EL NIÑO.— ¿Y por qué no se debe hacer eso?

EL MAESTRO.— Porque está mal hecho.

EL NIÑO.— ¡Mal hecho! ¿Qué es lo que está mal hecho?

EL MAESTRO.— Eso que se os prohíbe.

EL NIÑO.— ¿Qué mal hay en hacer eso que se me prohíbe?

EL MAESTRO.— Se os castiga por haber desobedecido.

EL NIÑO.— Yo obraré de modo que no se sepa nada.

EL MAESTRO.— Se os espiarán.

EL NIÑO.— Me ocultaré.

EL MAESTRO.— Se os preguntará.

EL NIÑO.— Mentiré.

EL MAESTRO.— No se debe mentir.

EL NIÑO.— ¿Y por qué no se debe mentir?

EL MAESTRO.— Porque está mal hecho, etcétera.

He aquí el círculo inevitable. Salid de él, el niño no os entiende. ¿No son esas instrucciones muy útiles? Tendría gran curiosidad por saber qué es lo que podría ponerse en lugar de este diálogo. A buen seguro que el mismo Locke se sentiría muy embarazado. Conocer el bien y el mal, percibir la razón de los deberes del hombre, no es asunto para un niño.

La naturaleza quiere que los niños sean niños antes de que sean hombres. Si nosotros pretendemos alterar este orden, produciremos frutos precoces, que no tendrían ni madurez, ni sabor, y no tardarán en corromperse; tendremos jóvenes doctores y viejos niños. La infancia tiene modos de ver, de pensar, de sentir, que le son propios; nada es menos sensato que el querérselos sustituir con los nuestros; yo preferiría, por el contrario, exigir que un niño tuviese cinco pies de alto, que juicio a los diez años. En efecto, ¿para qué le serviría la razón a esta edad? Ella es el freno de la fuerza y el niño no tiene necesidad de este freno.

Al intentar persuadir a vuestros alumnos del deber de la obediencia, agregáis a esta pretendida persuasión la fuerza y las amenazas, o, lo que es peor, la adulación y las promesas. De este modo, dominados por el interés u obligados por la fuerza, ellos aparentan estar convencidos por la razón. Ven muy bien que la obediencia les es ventajosa y la rebelión perjudicial, en el momento en que os deis cuenta de la una o de la otra. Pero como no exigís nada de ellos que les sea desagradable, y dado que es siempre penoso el cumplir las voluntades de los demás, se disimulan para hacer las suyas, persuadidos de que obran bien si se ignora su desobediencia, pero pronto a convenir que obran mal si son descubiertos, por temor de un daño mucho mayor. No siendo idónea a su edad la razón del deber, no existe en el mundo hombre que pueda lograr hacérsela verdaderamente perceptible; pero el temor al castigo, la esperanza del perdón, la inoportunidad, el embarazo para responder, les arrancan todas las confesiones que se les exigen; y se cree que se les ha convencido cuando únicamente se les ha molestado o intimidado.

¿Qué deriva de todo esto? Primeramente, que imponiéndoles un deber que ellos no sienten, les indisponéis contra vuestra tiranía y los desviáis de sentir amor hacia vosotros; que les enseñáis a ser disimulados, falsos, mentirosos, para arrancar recompensas o sustraerse a los castigos; que, en fin, acostumbrándoles a cubrir siempre con un motivo aparente un motivo secreto, vosotros mismos les dais el medio de que abusen de vosotros, de sustraeros el conocimiento de su verdadero carácter y de pagaros todos de vanas palabras en la ocasión. Diréis vosotros que las leyes, aunque obligatorias por la conciencia, emplean idéntico constreñimiento con los hombres ya adultos. Convengo en ello. Pero ¿qué son estos hombres sino niños maleados por la educación? He aquí precisamente lo que es necesario prevenir. Emplead

la fuerza con los niños y la razón con los hombres; tal es el orden natural; el prudente no tiene necesidad de leyes.

Tratad a vuestro alumno según su edad. Ponedle primero en su lugar, y centrarle en él de manera que no intente la salida. Entonces, antes de saber lo que es la prudencia, él practicará la lección más importante. No le mandéis jamás nada, absolutamente nada. No le dejéis siquiera imaginar que pretendéis tener autoridad alguna sobre él. Que sepa solamente que él es débil y que vosotros sois fuertes; que, por su estado y el vuestro, quede necesariamente a vuestra merced; que él lo sepa, que lo aprenda, que lo sienta; que él sienta muy pronto sobre su altiva cabeza, el duro yugo que la naturaleza impone al hombre, el pesado yugo de la necesidad, bajo el cual es necesario que acabe plegándose todo ser; que él vea esta necesidad en las cosas, nunca en el capricho de los hombres;⁶ que el freno que le retiene sea la fuerza y no la autoridad. En el caso en que deba abstenerse, no le prohibáis; impedidle que lo haga, sin explicaciones, sin razonamientos, cuanto le concedáis, concedédselo a su primera palabra, sin solicitudes, sin súplicas, sobre todo sin condiciones. Conceded con placer, y no rehuséis sino con repugnancia; pero que todas vuestras negativas sean irrevocables; que ninguna importunidad os quebrante; que el no pronunciado sea un muro de bronce, contra el cual agote cinco o seis veces sus fuerzas el niño y no intentará más el derribarlo.

Obrando de este modo, le haréis paciente, igual, resignado, pacífico, incluso cuando él no logre lo que ha deseado; pues está en la naturaleza del hombre sufrir pacientemente la necesidad de las cosas, pero no la mala voluntad de los demás. Esta palabra: "no hay nada más", es una respuesta contra la que jamás se ha sublevado un niño, a menos que no creyese que ésta era una mentira. Por lo demás, no existe punto medio en esto; es necesario no exigirle nada o someterle de principio a la más completa obediencia. La peor educación es dejarle flotando entre sus deseos y los vuestros, y disputar sin cesar entre vosotros y él quién de los dos será el maestro, estimaría cien veces más el que él lo fuese siempre.

Resulta extraño que, desde que se interviene en la educación de los niños, no se haya imaginado otro aparato para conducirlos que la emulación, los celos, la necesidad, la vanidad, la avidez, el vil temor, todas las pasiones más peligrosas, las más prontas a desbandadas, y las más a propósito para corromper el alma, incluso antes que el cuerpo esté formado. A cada prescripción precoz que se intenta hacer entrar en su cerebro, se planta un vicio en el fondo de su corazón; insensatos preceptores piensan hacer maravillas haciéndoles malos por enseñarles lo que es la bondad; y luego nos dicen gravemente: tal es el hombre. Sí, tal es el hombre que habéis formado.

Se han ensayado todos los instrumentos, excepto uno, el único precisamente que puede convenir: la libertad bien regulada. No es necesario ponerse a educar a un niño cuando no se sabe conducirlo o se quiere hacerlo mediante las leyes de lo posible y de lo imposible. Siendo igualmente desconocida la esfera del uno y del otro, se la amplía, se la reduce en derredor suyo como se quiere. Se le encadena, se le impulsa, se le retiene con el solo lazo de la necesidad, sin que él rechiste: se le hace flexible, dócil por la sola fuerza de las cosas, sin que ningún vicio tenga ocasión de germinar en él; pues jamás se animan las pasiones en tanto que ellas carecen de efecto.

No deis a vuestro alumno ninguna especie de lección verbal; él no debe recibir sino la de la experiencia: no infligirle ninguna clase de castigo, pues él no sabe lo que es cometer una falta; no le hagáis nunca pedir perdón, pues él no sabría ofenderos. Desprovisto de toda moralidad en sus acciones, no puede hacer nada que sea moralmente malo y que merezca ni castigo ni reprimenda.

Yo veo al lector asustado al considerar a este niño por los nuestros. Se equivoca. La tortura perpetua en que tenéis a vuestros alumnos irrita su vivacidad; cuanto más constreñidos están ante vosotros, más turbulentos se muestran en el momento en que se sustraen; es preciso que ellos se resarzan en cuanto puedan de la excesiva violencia en que les tenéis. Dos escolares de la ciudad harán mayores daños en un país que la juventud de toda una aldea. Encerrad en una habitación a un señorito y a un muchacho aldeano; el primero lo revolverá todo, lo romperá todo, antes que el segundo se haya movido. ¿Por qué sucede así si no es porque el uno se apresura a abusar de un momento de licencia, mientras que el otro, seguro siempre de su libertad, no se apresura jamás a hacer uso de ella? Y, sin embargo, los hijos de los villanos, con frecuencia mimados o contrariados, se encuentran todavía muy alejados del estado en que yo quiero que se les tenga.

Planteemos como máxima incuestionable que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos: no existe perversidad original en el corazón humano; no se encuentra un solo vicio del cual pueda decirse cómo y por dónde ha penetrado. La única pasión natural en el hombre es el amor de sí mismo o el amor propio tomado en un sentido amplio. Este amor propio en sí o relativamente en nosotros es bueno

⁶ Debe tenerse la seguridad de que el niño considerará como capricho toda voluntad contraria a la suya, y de la cual no percibirá la razón. Ahora bien, un niño no percibe la razón de nada cuanto choque con sus caprichos.

y útil; y como no existe punto de relación necesario a los demás, es a este respecto naturalmente indiferente; él no llega a ser bueno o malo sino por la aplicación que se hace y las relaciones que se le dan. Hasta que esa guía del amor propio, que es la razón, pueda nacer, importa que un niño no haga nada porque es visto u oído, nada en una palabra con relación a los demás, sino solamente aquello que la naturaleza le demande; y en este caso él practicará únicamente el bien.

Yo no indico que él jamás causará perjuicio, que no se herirá, que no romperá acaso un mueble valioso si lo encuentra a su alcance. Podrá hacer mucho mal sin mal hacer, dado que la mala acción depende de la intención de molestar y él jamás tendrá esta intención. Si la tuviese una sola vez, todo estaría ya perdido; él sería malo casi sin remedio.

Semejante cosa está mal a los ojos de la avaricia, y no lo está a los ojos de la razón. Dejando a los niños en plena libertad para el ejercicio de su ligereza, es conveniente apartar de ellos todo lo que pudiera hacerla costosa, y no dejar a su mano nada frágil y valioso. Que su apartamiento esté provisto de muebles bastos y sólidos; nada de espejos, nada de porcelanas, nada de objetos de lujo. En lo que se refiere a mi Emilio, al que yo educo en el campo, su habitación no tendrá nada que la distinga de la de un campesino. ¿A qué viene adornarla con tanto cuidado, dado que él debe permanecer tan poco en ella? Pero yo me equivoco; él la adornará por sí mismo y nosotros veremos en seguida cómo. En caso de que a pesar de vuestras precauciones el niño cause algún desorden, rompa alguna pieza útil, no le hagáis pagar vuestra negligencia, no le regañéis; que él no escuche ni una sola palabra de reproche; ni siquiera le dejéis entrever que os haya causado pesar; obrad como si el mueble se hubiese roto por sí mismo; finalmente, creed haber hecho mucho si no podéis hacer nada.

¿Me atreveré yo a exponer aquí la mayor, la más importante, la más útil regla de toda educación? Esto no es ganar tiempo, es perderlo. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas: es preciso caer en ellas cuando se reflexiona, y sea cual sea lo que podáis decir, yo prefiero más ser hombre de paradojas que hombre de prejuicios. El más peligroso período de la vida humana es el que va desde el nacimiento hasta la edad de doce años. Ésta es la época en que germinan los errores y los vicios, sin que todavía se posea instrumento alguno para destruirlos; y cuando el instrumento viene, son tan profundas las raíces que ya no hay tiempo para arrancarlas. Si los niños saltasen de pronto de la lactancia a la edad de la razón, la educación que se les da podría convenirles; pero, en orden al progreso natural, les es necesario una totalmente distinta. Sería preciso que ellos no se valiesen de su alma hasta que ella tuviese todas sus facultades pues es imposible que ella perciba la luz que le presentáis en tanto que está ciega, y que sigue, en el inmenso plano de las ideas, una ruta que la razón traza aún tan ligeramente para los ojos más perfectos.

La primera educación debe ser, pues, puramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en defender al corazón del vicio y del espíritu del error. Si no podéis hacer nada, dejarle hacer; si podéis conducir a vuestro alumno sano y robusto hasta la edad de doce años, sin que él sepa distinguir su mano derecha de su mano izquierda, desde vuestras primeras lecciones los ojos de su entendimiento se abrirán a la razón; sin prejuicios, sin hábitos, no existiría nada en él que pudiera contrariar el efecto de vuestros cuidados. Muy pronto llegaría a ser en vuestras manos el más prudente de los hombres; y comenzando por no hacer nada, hubierais hecho un prodigio de educación.

Actuad contra corriente, y obraréis casi siempre bien. Como no se quiere hacer de un niño un niño, sino un doctor, padres y maestros jamás habrán empezado demasiado pronto a corregir, reprimir, mimar, amenazar, prometer, instruir, razonar. Hacedlo mejor: sed razonables y no razonéis con vuestro alumno, sobre todo para hacerle que apruebe lo que le disgusta; pues tener razón respecto a las cosas desagradables, es hacerlas molestas y desacreditarlas anticipadamente en un espíritu que no se halla aún en estado de comprenderlas. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas, pero mantened su alma ociosa por tanto tiempo como sea posible. Temed mucho el juicio de quien considera los sentimientos anteriores. Retened, paralizad las impresiones extrañas: y para impedir que el mal nazca, no os apresuréis a hacer el bien; pues ello no es nunca de tanto valor como cuando la razón domina. Considerad todos los retrasos como ventajas; se gana mucho cuando se avanza hacia el término sin perder nada; dejad madurar la infancia en los niños. Finalmente, cuando alguna lección les sea necesaria, guardaos de dársela hoy, si podéis aplazarla hasta mañana sin peligro.

Otra consideración que confirma la utilidad de este método, es la del genio particular del niño, el que es preciso conocer bien para saber el régimen moral que le conviene. Cada espíritu tiene su forma propia, según la cual debe ser dirigido, e importa al éxito de los cuidados que se tomen el que sea dirigido de una forma y no de otra. Hombre prudente, espía durante mucho tiempo a la naturaleza y observa bien a tu alumno antes de decirle la primera palabra; dejad primero el germen de su carácter en plena libertad de exteriorizarse, no le constriñáis en aquello que pueda ser, a fin de que lo contempléis en su conjunto.

¿Pensáis que este tiempo de libertad se habrá perdido para él? Todo lo contrario; lo empleará mejor, pues es de esta manera como aprenderéis a no perder un solo momento de un tiempo tan valioso: en lugar de que si comenzáis a obrar antes de saber lo que se necesita hacer, obraréis al azar; sujeto de confusión, precisaréis volver sobre vuestros pasos; os encontraréis más alejados del final que si hubieseis estado menos apresurados por alcanzarlo. No hagáis como el avaro que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrificad en la primera edad un tiempo que ganaréis con usura en una edad más avanzada. El médico prudente no da aturdidamente diagnósticos a primera vista, sino que estudia primeramente el temperamento del enfermo antes de prescribirle nada; él comienza tarde a tratarle, pero le cura, en tanto que el médico demasiado presuroso le mata.

Pero ¿en dónde colocaremos a este niño para educarle de este modo como un ser insensible, como un autómatas? ¿Le tendremos nosotros en el globo de la luna, en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿No tendrá él continuamente en el mundo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones de los demás? ¿No verá nunca a otros niños de su edad? ¿No verá a sus padres, sus vecinos, su nodriza, su aya, su lacayo, su mismo preceptor, que después de todo no será un ángel?

Esta objeción es fuerte y sólida, pero ¿os he dicho yo que fuese una empresa fácil una educación natural? ¡Oh hombres!, ¿es culpa mía el que hayáis hecho difícil todo aquello que es bueno? Yo percibo estas dificultades, lo confieso: acaso ellas sean irremontables; pero siempre es seguro que aplicándonos a prevenirlas se las previene hasta cierto punto. Yo muestro el objetivo que es preciso determinarse: no digo que se pueda alcanzar, pero sí digo que el que más se acerque tendrá el mejor éxito.

Acordaos de que antes de intentar la empresa de formar un hombre, es preciso estar hecho hombre en sí mismo; es necesario encontrar en sí el ejemplo que él se debe proponer. Mientras que el niño esté todavía sin conocimiento se dispone de tiempo de preparar todo lo que le aproxime a no poner sus primeras miradas sino en los objetos que le conviene ver. Hacedos respetable a todo el mundo; comenzad por haceros amar, a fin de que cada uno busque el complacer. No seréis maestro del niño, si no lo sois de todo cuanto le rodea; y esta autoridad no será nunca suficiente si ella no está fundada en la estimación de la virtud. No se trata de agotar su bolsa y de verter el dinero a manos llenas, yo no he visto jamás que el dinero haga amar a nadie. No es necesario ser avaro y duro, ni lamentar la miseria que se puede aliviar; pero de nada os servirá abrir vuestros cofres, si no abris también vuestro corazón, pues no haciéndolo, el de los demás os quedará para siempre cerrado. Lo que es imperativo dar es vuestro tiempo, son vuestros cuidados; vuestros afectos, todo lo que sois; pues aunque lo creáis así, se comprende que vuestro dinero no os pertenece. Existen testimonios de interés y de benevolencia que causan más afectos y son realmente más útiles que todas las donaciones; ¡cuántos desgraciados, cuántos enfermos tienen más necesidad de consuelos que de limosnas!; ¡cuántos oprimidos hay a los que la protección sirve más que el dinero! Reparad en las gentes desavenidas, prevenid los procesos, conducid a los niños hacia el deber, hacia la indulgencia a los padres; favoreced los matrimonios felices; impedid las vejaciones, emplead, prodigad el crédito de los padres de vuestro alumno en favor del débil a quien se le niega justicia y que pueden acabar con él. Declaraos abiertamente el protector de los desgraciados. Sed justo, humano, bienhechor. No deis solamente limosna, ejercitad la caridad, las obras de misericordia alivian más males que el dinero, amad a los demás y ellos os amarán; servidles y os servirán; sed su hermano y ellos serán vuestros hijos.

Ésta es aun una de las razones por la cual yo quiero educar a Emilio en el campo, lejos de la canalla de los criados, los últimos hombres después de sus señores; lejos de los ennegrecidos muros de las ciudades, que el barniz de que se les cubre hace seductores y contagiosos para los niños; al lugar en donde los vicios de los campesinos, sin aparato y en toda su vastedad, son más propios para repeler que para seducir, cuando se carece de todo interés por imitarlos.

En la aldea, un preceptor será mucho más dueño de los objetos que querrá presentar al niño; su reputación, sus discursos, su ejemplo tendrán una autoridad que no lograrían alcanzar en la ciudad, siendo útil a todo el mundo, todos se apresurarán a obligarle, a ser estimados por él, a mostrarse un discípulo tal como el maestro quisiera que lo fuera en efecto; y si no se corrige del vicio, se abstendrá del escándalo; esto es todo lo que necesitamos para nuestro propósito.

Cesad de atribuir a los demás vuestras propias faltas: el mal que los niños ven les corrompe menos que el que les enseñáis. Constantes sermoneadores, moralistas y pedantes, por una idea que les facilitáis, creyéndola buena, les dais a la vez otras veinte que no valen nada: seguros de cuanto pasa en vuestro cerebro, no veis el efecto que producís en los suyos. Entre ese prolongado flujo de palabras con que incesantemente les atosigáis, ¿pensáis que no haya una que a ellos les suene a falso? ¿Pensáis que no comentan a su manera vuestras difusas explicaciones y que ellos no encuentran la manera de hacerse un sistema a su alcance, para oponerlo en la ocasión al vuestro?

Escuchad a un hombrecillo de buena fe al que se acaba de adoctrinar; dejadle que hable bastante, que pregunte, que se dé a extravagancias, y quedaréis sorprendidos del extraño giro que han tomado vuestros razonamientos en su espíritu; él lo confunde todo, lo tergiversa todo, os impacienta, os desconsuela algunas veces con objeciones imprevistas, os reduce al silencio y os obliga a hacerle callar; y ¿qué puede pensar él de este silencio que proviene de un hombre al que le gusta tanto hablar? Si jamás ha logrado esta ventaja, y de ello se ha percibido, adiós la educación; todo ha acabado desde este momento, y no busca ya el instruirse, busca el refutaros.

Celosos maestros, sed sencillos, discretos, comedidos: no os apresuréis nunca a actuar para impedir que los demás actúen; lo repetiré sin cesar: diferid, si es posible, una buena instrucción, antes de dar una mala. Sobre esta tierra, cuya naturaleza hizo el primer paraíso del hombre, temed el ejercer la misión del tentador, queriendo dar a la inocencia el conocimiento del bien y del mal; no pudiendo impedir que el niño se instruya en el exterior mediante ejemplos, limitad toda vuestra vigilancia a imprimir estos ejemplos en su espíritu bajo la imagen que le convenga.

Las pasiones impetuosas producen un gran efecto sobre el niño que es testigo de ellas, porque presentan signos muy sensibles que le impresionan y le fuerzan a prestar atención. La cólera, sobre todo, es tan ruidosa en sus manifestaciones que resulta imposible no advertirla cuando se presenta. No es necesario preguntar si ésta es ocasión para un pedagogo de lanzar un bello discurso. ¡Eh!, nada de bellos discursos; nada, ni una sola palabra. Dejad que el niño llegue: asombrado del espectáculo, no dejará de preguntaros. La respuesta es sencilla; se obtiene de los mismos objetos que impresionan sus sentidos. Él ve un rostro encendido, ojos chispeantes, un gesto amenazador, y percibe los gritos; signos todos ellos de que el cuerpo no está enquistado. Sosegadamente, sin misterio, decidle: "Este pobre hombre está enfermo, y está con un acceso de fiebre". Podéis aprovechar la ocasión para darle, en pocas palabras, una idea de las enfermedades y de sus efectos; pues esto procede también de la naturaleza, y es uno de los lazos de la necesidad a los cuales se debe sentir sujeto.

¿Es posible que sobre esta idea, que no es falsa, no produzca en su momento una determinada repugnancia a entregarse a los excesos de las pasiones, a las que mirará como enfermedades? ¿Y creéis vosotros que una noción semejante, dada a propósito, no producirá un efecto tan saludable como el más enojoso sermón de moral? Mas ved en el futuro las consecuencias de esta noción: henos autorizados a tratar a un niño rebelde como a un niño enfermo; a encerrarle en su cuarto, en su lecho si es necesario, a tenerle a régimen, a espantar por sí mismo sus vicios nacientes, a hacérselos odiosos y temibles, sin que nunca pueda considerar como un castigo la severidad que acaso os veáis forzados a emplear para curarlo. Que si os acontece a vos mismo, en algún momento de vivacidad, saliros de la sangre fría y de la moderación con que debéis hacer vuestro estudio, no tratéis de disimularle vuestra falta y decidle francamente, con aire tierno de reproche: "Amigo mío, me habéis ofendido".

Por otra parte, importa que todas las ingenuidades que pueda producir en un niño la simplicidad de las ideas de que está nutrido no sean reveladas en su presencia, ni citadas de manera que él pueda aprenderlas. Un estallido de risa indiscreta puede estropear el trabajo de seis meses, y causar un daño irreparable para toda la vida. Yo no me cansaré de decir que para ser el maestro del niño es preciso ser su propio maestro. Me represento a mi pequeño Emilio en el rigor de una riña entre dos vecinas, avanzando hacia la más furiosa y diciéndole en un tono de conmiseración: "Amiga mía, estáis enferma; me siento muy preocupado." A buen seguro que esta ingenuidad no dejará de producir efecto sobre los espectadores, ni acaso sobre las actrices. Sin reír, sin regañarle, sin alabarle, yo le dirijo sin que él pueda percibir este efecto, o al menos antes que piense en él, y me apresuro a desviarle hacia otros objetos que se lo hagan olvidar muy aprisa.

Mi propósito no es entrar en todos los detalles, sino solamente exponer las máximas generales y facilitar ejemplos en las ocasiones difíciles. Yo tengo por imposible que en el seno de la sociedad se le pueda dirigir a un niño de doce años de edad, sin darle alguna idea de las relaciones de hombre a hombre y de la moralidad de las acciones humanas. Basta con que lleguen a dársele estas nociones necesarias lo más tarde que se pueda, y que, cuando ellas lleguen a ser inevitables, se las limite a la utilidad presente, solamente para que no se crea el señor de todo y que no haga mal a los demás sin escrúpulo y sin saberlo. Existen caracteres dulces y tranquilos a los que se les puede llevar lejos sin peligro en su primera inocencia; pero existen también naturalezas violentas cuya ferocidad se desarrolla muy temprano, y a las que es preciso apresurarse a hacerlas personas, para no verse obligados a encadenarlas.

Nuestros primeros deberes deben recaer sobre nosotros; nuestros sentimientos primitivos se concentran en nosotros mismos; todos nuestros movimientos naturales se relacionan primero con nuestra conservación y a nuestro bienestar. De este modo, el primer sentimiento de justicia no se deriva de aquello

que nosotros debemos, sino de aquello que nos es debido; y es aun uno de los contrasentidos de las educaciones comunes el que, al hablar primero a los niños de sus deberes, nunca de sus derechos, se comience por decirles lo contrario de lo que es conveniente, aquello que no pueden comprender y que no les puede interesar.

Por tanto, si yo tuviera que dirigir a uno de esos que acabo de imaginar, me diría: "Un niño no ofende a las personas,⁷ sino a las cosas, y muy pronto aprende por experiencia a respetar a cualquiera que le supere en edad y en fuerza; pero las cosas no se defienden ella mismas. La primera idea que es preciso facilitarle es menos la referente a la libertad que a la propiedad; y para que él pueda poseer esta idea es necesario que tenga alguna cosa propia. Citarle sus vestidos, sus muebles, sus juguetes, es no hablarle de nada, dado que si él dispone de estas cosas, no sabe ni por qué ni cómo las tiene. Decirle que las tiene porque se las han dado no es hacerle mejor, pues para dar es preciso tener: he aquí, pues, una propiedad anterior a la suya; y éste es el principio de la propiedad que se le quiere explicar, sin tener en cuenta que el donativo es una convención, y que el niño no puede saber aún qué es lo que es una convención."⁸ Lectores: yo os ruego que observéis en este ejemplo, y en otros cien mil, cómo llenando el cerebro de los niños de palabras que no tienen ningún sentido para su comprensión se cree dejarlos bien instruidos.

Se trata, pues, de situarse en los orígenes de la propiedad, ya que es desde allí de donde debe nacer la primera idea. El niño, viviendo en el campo, habrá adquirido cierta noción de los trabajos campesinos; para ello sólo necesitará ojos y vagar, y tendrá los unos y lo otro. Es característico de toda edad, sobre todo de la suya, el querer crear, imitar, producir, dar signos de fuerza y de actividad. Sólo precisará haber visto dos veces labrar un jardín, sembrar, brotar, crecer las legumbres para que él quiera hacer de jardinero a su vez.

Por los principios que quedan establecidos aquí, yo no me opongo a su deseo; por el contrario, lo favorezco, comparto su gusto, trabajo con él, no para placer suyo, sino para el mío; al menos yo lo creo así; me convierto en su ayudante de jardinería; esperando a que él disponga de los brazos, yo labro la tierra para él; él toma posesión y planta un haba, y seguramente esta posesión es más sagrada y más respetable que la que tomaba Núñez de Balboa de la América meridional en nombre del rey de España, plantando su estandarte sobre las costas del mar del Sur.

Todos los días llega a regar las habas, y las ve crecer con transportes de alegría. Yo aumento esta alegría diciéndole: "¡Esto os pertenece!"; y explicándole entonces este término pertenecer, yo le hago comprender que él ha puesto allí su tiempo, su trabajo, su cuidado, su persona, en fin; que existe en esta tierra alguna cosa de sí mismo que él puede reclamar contra quien sea, del mismo modo que podría retirar su brazo de la mano de otro hombre que a pesar suyo quisiera retenerlo.

Un buen día él llega apresurado, regadera en mano. ¡Qué espectáculo, qué dolor!; todas las habas han sido arrancadas, todo el terreno levantado, ni el mismo lugar se reconoce ya. ¡Ah!, ¿qué ha sido de mi trabajo, de mi obra, del dulce fruto de mis cuidados y de mis sudores? ¿Quién me ha arrebatado mi bien? ¿Quién me ha cogido mis habas? Ese tierno corazón se subleva; acaba de verter su triste amargor el primer sentimiento de la injusticia; las lágrimas corren en arroyuelos; desolado, el niño llena el aire de gemidos y de gritos. Su pena es compartida, así como su indignación; se busca, se inquiere, se hacen averiguaciones. Al fin se descubre que el jardinero ha dado el golpe: se veía venir.

Pero la esencia de la cuestión se presenta de distinto modo. El jardinero, al conocer el motivo de la queja, comienza a quejarse con mayor intensidad que nosotros. "¡Cómo, señores, si sois vosotros los que me habéis estropeado mi labor! Yo tenía sembrados allí melones de Malta, cuya pepita me había sido regalada como un tesoro, y de los cuales confiaba regalarlos cuando estuviesen maduros; pero he aquí que, por plantar vuestras insignificantes habas, me habéis destrozado mis melones que ya habían salido y a los que jamás podré reemplazar. Me habéis hecho un daño irreparable, y vosotros mismos os habéis privado del placer de gustar exquisitos melones."

⁷ No se debe jamás soportar que un niño juegue con los mayores como con sus inferiores, ni siquiera como con sus iguales. Si se atreviera a pegar seriamente a alguno, fuese su lacayo, fuese el verdugo, haced que se le devuelvan con justeza sus golpes, quitándole el deseo de reincidir. Yo he visto a ayas imprudentes avivar la rebeldía de un niño, animarle a reñir, reñir ellas mismas, y reírles sus débiles golpes, sin pensar que éstos eran, sin embargo, matadores en la intención del niño furioso, y que el que se quiere corregir siendo joven querrá matar siendo grande.

⁸ He aquí la razón de que la mayoría de los niños quieran recuperar lo que han dado y lloren cuando no se les quiere devolver. Esto no les sucede sino cuando ellos han conocido bien lo que es un regalo; solamente entonces se vuelven más circunspectos para dar.

JUAN JACOBO.— Perdonadme, mi pobre Roberto. Habíais puesto allí vuestro trabajo, vuestro cuidado. Veo bien que hemos cometido un daño al estropear vuestra obra; pero haremos que nos lleguen otras pepitas de Malta y no laboraremos más la tierra sin saber si alguno ha puesto en ella la mano antes que nosotros.

ROBERTO.— Está bien, señores, pero ahora podéis descansar, pues no existe ninguna tierra sin cultivar. Yo trabajo la que mi padre me ha regalado; todos hacen otro tanto de su parte, y todas las tierras que veis están ocupadas desde hace mucho tiempo.

EMILIO.— Señor Roberto, ¿quedan a menudo perdidas pepitas de melón?

ROBERTO.— Perdonadme, pequeño mío, pero no llegan con frecuencia jovencitos tan atolondrados como vos. Nadie toca el huerto de su vecino; cada uno respeta el trabajo de los demás, a fin de que el suyo quede asegurado.

EMILIO.— Pero yo no tengo huerto.

ROBERTO.— ¿Qué me importa? Si estropeáis el mío, yo no os dejaré pasar más; además, yo no quiero perder mi tiempo.

JUAN JACOBO.— ¿No se podría proponer un arreglo al buen Roberto? Que él nos conceda, a mi amiguito y a mí, un rincón de su huerto para cultivarlo, con la condición de que recibirá la mitad de lo que produzca.

ROBERTO.— Os lo concedo sin condición. Pero recordad que iré a trabajar vuestras habas, si tocáis a mis melones.

En este ensayo de la manera de inculcar a los niños las nociones primitivas se ve cómo la idea de la propiedad remonta naturalmente al derecho del primer ocupante mediante el trabajo. Esto está claro, neto, sencillo y siempre al alcance del niño. De allí hasta el derecho de propiedad y los cambios no existe más que un paso, dado el cual es preciso detenerse de pronto.

Se ve todavía que una explicación que yo encierro aquí en dos páginas de texto pueda convertirse en la práctica en una cuestión que dure un año; pues en la carrera de las ideas morales sólo se puede avanzar muy lentamente sin detenerse a cada paso. Jóvenes maestros, yo os ruego que meditéis en este ejemplo y que os acordéis de que en cualquier cuestión vuestras lecciones deben basarse más en acciones que en discursos; pues los niños olvidan fácilmente lo que ellos dicen y lo que se les dice, pero no lo que ellos hacen y aquello que se les hace.

Como ya dije, instrucciones de esa clase se deben dar, más pronto o más tarde, según que el natural pacífico o turbulento del alumno acelere o retarde la necesidad; su uso es de una evidencia que salta a la vista; pero, para no omitir nada importante en las cosas difíciles, damos otro ejemplo.

Vuestro niño díscolo daña todo cuanto toca: no os enfadéis; poned fuera de su alcance cuanto pueda romper. Si rompe los muebles de que se sirve, no os apresuréis a darle otros: dejadle sentir el perjuicio de la privación. Si rompe las ventanas de su habitación, dejad que el viento sople sobre él noche y día, sin preocuparos por los catarros; pues vale más que esté acatarrado que loco. No os quejéis nunca de las incomodidades que os ocasiona, sino haced que él las sienta el primero. Al final haced reponer los cristales, continuando sin decir nada. ¿Él los rompe todavía?, cambiad entonces de método; decidle secamente, pero sin cólera: "Las ventanas son mías; ellas fueron puestas allí por mi decisión, quiero conservarlas." Luego lo encerraréis en la oscuridad, en un lugar sin ventana. Con este nuevo procedimiento comienza por gritar, echar pestes; nadie le escucha. No tarda en cansarse y en cambiar de tono; se queja, gime; se presenta un criado, y el revoltoso le ruega que le liberte. Sin buscar pretexto para no hacer nada, contesta el criado: "Yo tengo también cristales que conservar", y se marcha. En fin, luego de que el niño haya permanecido allí varias horas, tiempo suficiente para fastidiarse y recordar, alguien os sugerirá el que propongáis un acuerdo mediante el cual le devolveréis la libertad y él ya no seguirá rompiendo cristales. Él no os pedirá otra cosa. Os rogará que vayáis a verle: iréis; os hará su propuesta, la que aceptaréis al instante, diciéndole: "Eso está muy bien pensado; ganaremos ambos: ¡que no hayáis tenido antes esta buena idea!" Y luego, sin exigirle ni protesta ni confirmación de su promesa, le abrazaréis con alegría y le conduciréis al momento a su cuarto, considerando este acuerdo como sagrado e inviolable, lo mismo que si se hubiera obligado con juramento. ¿Qué juicio creéis que formará respecto a este procedimiento, a la fe de sus compromisos y a la utilidad de los mismos? No creo que exista en el mundo un solo niño, al que se le trate de esta manera, que se disponga, después de esto, a romper una ventana por su voluntad. Continúa la cadena de todo esto Al

hacer un hoyo para plantar su haba, no pensaba el pequeño rebelde en que disponía un calabozo en donde su conciencia no tardaría en hacerle encerrar.⁹

Henos aquí en el mundo moral, he aquí abierta la puerta al vicio. Con las convenciones y los deberes nacen el fraude y la mentira. Desde que se puede hacer lo que no se debe, se pretende ocultar lo que no se ha debido hacer. Desde que un interés obliga a prometer, un interés mucho mayor puede hacer violar la promesa; no se trata de violarla impunemente: el recurso es natural; se oculta o se miente. No habiendo podido prevenir el vicio nos vemos ya en el caso de castigarlo. He aquí las miserias de la vida humana que comienzan con sus errores.

Ya he dicho lo suficiente para dar a entender que nunca es necesario infligir a los niños el castigo como castigo, sino que siempre les debe éste llegar como una secuencia natural de su mala acción. A este respecto no declamaréis contra la mentira, ni los castigaréis precisamente por haber mentido; pero obraréis de modo que todos los perniciosos efectos de la mentira, como es el no ser creído cuando se dice la verdad, el ser acusado de una falta que no se ha cometido, se reúnen en él cuando se miente. Pero expliquemos lo que significa mentir para los niños.

Existen dos clases de mentiras: la del hecho que mira al pasado, la del derecho que mira al futuro. La primera tiene lugar cuando se niega haber hecho lo que se ha hecho, o cuando se afirma haber hecho lo que no se hizo, y, en general, cuando se habla a sabiendas contra la verdad de las cosas. La otra tiene lugar cuando se promete lo que no se tiene intención de tener, y, en general, cuando se muestra una intención contraria a la que se tiene. Estas dos mentiras pueden, en ocasiones, reunirse en una;¹⁰ pero yo las considero aquí en lo que ellas tienen de diferente.

Aquel que siente la necesidad de ser socorrido por los demás, y que no cesa de comprobar su benevolencia, carece de interés alguno para engañarles por el contrario, tiene un interés sensible en que ellos vean las cosas tales como son, por temor a que se equivoquen en perjuicio suyo. Por tanto, está claro que la mentira, de hecho, no es natural a los niños; mas es la ley de la obediencia la que engendra la necesidad de mentir porque siendo penosa la obediencia, se dispensa en secreto lo más que se puede, y el interés actual por evitar el castigo o el reproche la sitúa sobre el interés lejano de exponer la verdad. En la educación natural y libre, ¿por qué razón os había de mentir vuestro hijo? ¿Qué tiene él que ocultaros? No le reprendéis, no le castigáis, no exigís nada de él. ¿Por qué razón no habría de deciros todo cuanto hace tan ingenuamente como a su pequeño camarada? El no puede ver en esta confesión mayor peligro en una parte que en la otra.

La mentira de derecho es menos natural todavía, dado que las promesas de hacer o de abstenerse son actos convencionales, que surgen del estado de naturaleza y derogan la libertad. Hay más aún: todos los compromisos de los niños son nulos por sí mismos, dado que su limitada visión, que no puede extenderse más allá del presente, hace que al obligarse sea sin conocimiento de aquello a que se obligan. Apenas el niño puede mentir cuando él se obliga; pues, no pensando sino en salir del asunto en el momento presente, todo medio que no tenga un efecto actual es para él igual; al prometerse para un tiempo futuro, él no promete nada, y su imaginación, aún adormecida, no sabe extender su esencia sobre dos tiempos diferentes. Si él pudiese evitar el látigo u obtener un cucurucho de dulces prometiendo arrojarse mañana por la ventana, lo prometería al momento. He aquí la razón de que las leyes no tengan ninguna relación con los compromisos de los niños; y cuando los padres y los maestros más severos exigen que ellos los cumplan, es solamente respecto a lo que el niño debería hacer, aun cuando incluso aquél no lo hubiera prometido.

El niño, no sabiendo lo que hace cuando se obliga, no puede, por tanto, mentir obligándose. No es lo mismo cuando falta a su promesa, que significa una especie de mentira retroactiva: pues se recuerda muy bien de haber hecho esta promesa, pero lo que él no ve es la importancia de mantenerla. Fuera del estado de

⁹ Además cuando este deber de mantener sus compromisos no esté afirmado en el espíritu del niño por el peso de su utilidad, no tardará el sentimiento interior, comenzando a punzarle, en imponérsele como una ley de la conciencia, como un principio innato que sólo espera para desarrollarse los conocimientos a los cuales se aplica. Este primer trazo no está señalado por las manos de los hombres, sino grabado en nuestros corazones por el autor de toda justicia. Quitad la ley primitiva de las convenciones y la obligación que ella impone, y todo es ilusorio y vano en la sociedad humana. Quien no atiende nada más que a su beneficio en su promesa no está ya más obligado que el que nada ha prometido: o todo a lo más podrá violarla como la revancha de los jugadores, quienes no tardan en prevalerse para alcanzar el momento de superarse con mayor ventaja. Este principio es de mínima importancia y merece ser ampliado; pues es aquí donde el hombre comienza a situarse en contradicción consigo mismo.

¹⁰ Como cuando, acusado de una mala acción, se defiende el culpable calificándose de hombre honrado. Entonces él miente en el hecho y en el derecho.

leer en el futuro, él no puede prever las consecuencias de las cosas; y cuando viola sus compromisos él no hace nada contra la razón de su edad.

Se sigue de esto que las mentiras de los niños son todas ellas la obra de los maestros, y que querer enseñarles a decir la verdad no es otra cosa que enseñarles a mentir. En la urgencia que se siente por regularlos, gobernarlos, instruirlos, no se encuentran nunca bastantes medios para conseguir el objetivo. Se quieren lograr nuevas adquisiciones para su espíritu mediante máximas sin fundamento, preceptos carentes de razón, y se estima más que sepan sus lecciones y que mientan, que permanezcan ignorantes y veraces.

Pero nosotros, que no damos a nuestros alumnos sino lecciones prácticas, y que queremos más el que sean buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad por temor a que la disfracen, y no les hacemos prometer nada que ellos no deseen mantener. Si en mi ausencia se ha causado algún mal cuyo autor yo desconozca, me guardaré de acusar a Emilio o de decirle: "¿Fuiste tú?"¹¹ Pues obrando así, ¿haría otra cosa distinta de enseñarle a negar? Que si su natural difícil me fuerza a ultimar con él algún acuerdo, yo tomaré tan bien mis medidas que la propuesta proceda siempre de él, nunca de mí; que, cuando él se haya comprometido, tenga siempre un interés actual y sensible en cumplir su compromiso; y que si falta a él, esta mentira atraiga sobre él males que vea surgir del orden mismo de las cosas y no de la venganza de su preceptor. Pero lejos de tener necesidad de recurrir a tan crueles expedientes, estoy casi seguro de que Emilio aprenderá muy tarde en qué consiste mentir, y que al aprenderlo se mostrará tan asombrado, no pudiendo concebir para qué puede ser buena la mentira. Es muy evidente que cuanto más logre su independiente bienestar, ya sea de las voluntades, ya de los juicios de los demás, más yo corto de raíz todo interés por mentir.

Cuando se está acuciado por instruir, no se está por exigir, y se toma el tiempo necesario para no exigir nada sino con motivo. Cuando el niño se forma, él no se extravía. Pero cuando un atolondrado preceptor, no sabiendo cómo proceder, le hace a cada instante prometer esto o lo otro, sin distinción, sin elección, sin medida, el niño, molesto, sobrecargado con todas estas promesas, las desdeña, las olvida, las menosprecia, en fin, y, considerándolas como otras tantas fórmulas vanas, se crea un juego haciéndolas y violándolas. Si queréis, por tanto, que él sea fiel en mantener su palabra, sed discretos al exigirle.

El detalle en el cual acabo de entrar respecto a la mentira puede en muchos aspectos aplicarse a todos los restantes deberes que se prescriben a los niños, haciéndolos no solamente aborrecibles, sino impracticables. Aparentando predicarles la virtud, se les hace amar todos los vicios: se les dan, al prohibírseles tenerlos. Queriéndoseles hacer piadosos, se les fastidia yendo a la iglesia; haciéndoles mascullar incesantemente oraciones, se les obliga a aspirar al gozo de no seguir rezando a Dios. Para inspirarles la caridad, se les hace dar limosna, como si se desdeñasen darla por sí mismos. Y no es el niño el que debe darla, es el maestro: por poco apego que él tenga hacia su alumno debe disputarle ese honor, debe hacerle considerar que a su edad no es todavía digno. La limosna es una acción de hombre que conoce el valor de lo que da y la necesidad que de ello tiene su semejante. El niño, que no conoce nada de esto, no puede tener mérito alguno cuando da; él da sin caridad, sin beneficio, casi siempre siente vergüenza de dar, cuando, fundado en su ejemplo y en el vuestro, cree que no hay nada más que niños que den, y que no se continúa dando limosna cuando se es mayor. Observar que no se hace otra cosa que dar por el niño cosas cuyo valor ignora, monedas que él tiene en su bolsillo y que no le sirven sólo para esto. Un niño daría mucho mejor cien luises que un pastel. Mas comprometed a este pródigo para distribuir o dar las cosas que le son caras: juguetes, bombones, su merienda, y en seguida sabremos si verdaderamente le habéis hecho liberal.

Se encuentra todavía un expediente sobre este particular, y es el de avivar al niño devolviéndole todo cuanto él ha dado, de suerte que se acostumbre a dar todo aquello que él está seguro de que le ha de ser devuelto. Yo sólo he visto en los niños estas dos clases de generosidad: dar aquello que no necesitan o dar cuanto están seguros de que se les va a devolver. "Obrad de suerte —dice Locke— que ellos estén convencidos por experiencia de que el más liberal es siempre el mejor distribuido." Esto es hacer un niño liberal en apariencia y avaro en realidad. Se agrega que los niños contraerán de este modo el hábito de la liberalidad. Sí, de una liberalidad usuraria, que da un huevo para tener un buey. Pero cuando se trate de dar de veras, adiós hábito, cuando se deje de devolverles, en seguida cesarán de dar. Se impone considerar el hábito del alma sobre el de las manos. Todas las restantes virtudes que se enseñan a los niños siguen un

¹¹ Nada existe más indiscreto que una pregunta parecida, sobre todo cuando el niño es culpable: entonces, si él cree que sabéis lo que ha hecho, verá que le tendéis una trampa, y esta opinión no puede dejar de indisponerle contra vosotros. Si no cree, se dirá: "¿Por qué he de descubrir mi falta?" Y he ahí la primera tentación de la mentira, que ha derivado de vuestra imprudente pregunta.

proceso semejante a éste. Predicarles estas sólidas virtudes es ir destruyendo sus años juveniles en tristeza. ¡No existe una educación racional!

Maestros, abandonad los melindres, sed virtuosos y buenos que vuestros ejemplos se graben en la memoria de vuestros alumnos, en espera de que ellos puedan penetrar en sus corazones. En lugar de exigirme con premura actos de caridad, yo estimo más hacerlos en su presencia, e incluso quitarle el medio de imitarme en esto, como un honor que no corresponde a su edad, pues importa el que no se acostumbre a considerar los deberes de los hombres solamente como deberes de niños. Que si viéndome asistir a los pobres me pregunta sobre ello, y yo tengo tiempo de contestarle,¹² le diré: "Amigo mío, es que cuando los pobres han querido que hubiese ricos, los ricos prometieron alimentar a todos cuantos no tuviesen de qué vivir ni por su estado ni por su trabajo." "¿También habéis prometido vos esto?", replicaría él. "Sin duda; yo no soy dueño de cuanto pasa por mis manos sino con la condición que esté adherida a su propiedad."

Después de haber escuchado este discurso se ha comprendido cómo se puede situar a un niño en condición de entenderlo, y otro que no fuera Emilio estaría propicio a imitarme y a conducirse como un hombre adinerado; en un caso semejante, por lo menos yo impediría que lo hiciese con ostentación; estimaría más que me arrebatase mi derecho y se ocultase para dar. Éste es un fraude para su edad, y el único que yo le perdonaría.

Yo sé que todas esas virtudes por imitación son virtudes de mono, y que ninguna buena acción es moralmente buena sino cuando se la practica como tal, y no porque otros la hacen. Pero, en una edad en que el corazón aún no se siente, es necesario hacer que los niños imiten los actos para los cuales se quiere habituarlos, en espera de que ellos los puedan realizar por discernimiento y por amor al bien. El hombre es imitador, el animal también lo es; el gusto de la imitación es de la naturaleza bien ordenada, pero degenera en vicio en la sociedad. El mono imita al hombre a quien él teme, y no imita a los animales a quienes desprecia; considera bueno lo que hace un ser mejor que él. Entre nosotros sucede lo contrario, nuestros arlequines de todas clases imitan lo bello para degradarlo, para ridiculizarlo: en el sentimiento de su bajeza buscan el igualarse con lo que vale más que ellos; o si se esfuerzan a imitar a quienes admiran, se comprueba en la elección de los objetos el falso gusto de los imitadores: quieren mejor imponerse a los otros o hacer aplaudir su talento que hacerse mejores o más prudentes. El fundamento de la imitación entre nosotros nos llega del deseo de transportarse siempre al exterior. Si tengo éxito en mi empresa, seguramente Emilio no tendrá este deseo. Por tanto es necesario pasarnos del bien aparente que pueda producirse.

Profundizando en todas las reglas de vuestra educación, las hallaréis por este medio en contrasentido, sobre todo en lo que concierne a las virtudes y a las costumbres. La única lección de moral que conviene a la infancia, y la más importante para cualquier edad, es el no hacer mal a nadie. El mismo precepto de hacer bien, si no está subordinado a esto, es peligroso, falso, contradictorio. ¿Quién es quien no hace el bien? Todo el mundo lo hace, el malo como los otros; él hace un dichoso a expensas de cien miserables; y de esto proceden todas nuestras calamidades. Las virtudes más sublimes son negativas son también las más difíciles, porque carecen de ostentación, e incluso de ese placer tan dulce al corazón del hombre, de enviar a otro nuestro contento. ¡Oh, cuánto bien hace necesariamente a sus semejantes aquel de entre nosotros, aunque sea uno sólo, que no le hace jamás daño a nadie! ¡De cuánta intrepidez de alma, de cuánto vigor de carácter hay necesidad para esto! No es razonando sobre esta máxima, sino intentando practicarla, como se siente lo penoso y grande que supone lograrlo.¹³

He aquí algunas pequeñas ideas de las precauciones que yo desearía que se tomasen para dar a los niños las instrucciones que algunas veces no se pueden soslayar sin exponerse a dañar a ellos mismos o a los demás, y sobre todo a contraer malos hábitos, los que en seguida darían trabajo para su corrección: mas estemos seguros de que esta necesidad se presentará raramente en lo que respecta a los niños educados como deben serlo, porque es imposible que éstos lleguen a ser indóciles, malos, embusteros, codiciosos, cuando no se les haya sembrado en sus corazones los viejos que les hacen ser tales. Cuanto yo he dicho sobre este

¹² Se debe concebir por estas preguntas que yo no hago relación a lo que a él le place, sino a lo que a mí me conviene; de otro modo sería sujetarme a sus voluntades y ponerme en la más peligrosa dependencia en que un preceptor pueda estar con respecto a su alumno.

¹³ El precepto de no causar daño jamás a otro supone también el de permanecer lo menos posible en la sociedad humana; pues, en el estado social, el bien del uno ocasiona necesariamente el mal de otro. Esta relación está en la esencia de la cosa y no hay medio de cambiarla. Que se investigue sobre el principio de qué es lo mejor, el hombre social o el solitario. Un autor ilustre afirmó que sólo el malo puede estar solo, yo digo que sólo el bueno es el que está solo. Si esta proposición es menos sentenciosa, es más verdadera y está mejor razonada que la precedente. Si el malo estuviese solo, ¿qué mal causaría? En la sociedad es donde él dirige sus elementos para causar perjuicio a los demás. Si se quiere contrarrestar este argumento por el hombre de bien, yo respondo por el artículo al que pertenece esta nota.

particular, sirve más para las excepciones que para las reglas; pero estas excepciones son más frecuentes a medida que los niños tienen más ocasiones de salir de su estado y de contraer los vicios de los hombres. Se precisan, necesariamente, para aquellos que se han educado en medio del mundo, instrucciones más precoces que para cuantos se han educado en el retiro. Por tanto será preferible esta educación solitaria, aun cuando ella no hiciese otra cosa que dar a la infancia el tiempo para madurar.

Existe otro género de excepciones contrarias para aquellos a los que una condición feliz les rejuvenece. Como existen hombres que jamás salen de la infancia, existen otros, por decirlo así, que no pasan por ella, y son hombres casi de nacimiento. El mal es que esta última excepción es muy rara, muy difícil de conocer y que cada madre, imaginando que un hijo puede ser un prodigio, no duda de que el suyo no sea uno de ellos. Ellas hacen más, toman por indicios extraordinarios aquellos mismos que marcan el orden acostumbrado: la vivacidad, las agudezas, el aturdimiento, la punzante ingenuidad; todos signos característicos de la edad y que demuestran del modo más evidente que un niño no es nada más que un niño. ¿Es sorprendente que aquel a quien se le hace hablar mucho y a quien se le permite decirlo todo, que no está impedido en ningún aspecto ni por ninguna conveniencia, consiga por azar alguna feliz ocasión? Extrañaría más el que no lo lograra nunca, como extrañaría el que un astrólogo, utilizando mil mentiras, no predijese ninguna verdad jamás. "Mintieron tanto —decía Enrique IV—, que al fin dijeron verdad". El que quiera encontrar algunas palabras no tiene sino que decir muchas tonterías.

Los pensamientos más brillantes pueden caer en el cerebro de los niños, o más bien las mejores palabras en su boca, como los diamantes de precio más elevado en sus manos, sin que por ello les pertenezcan; no existe verdadera propiedad para esta edad en género alguno. Las cosas que dice un niño no son de él sino que son nuestras; no siente él las mismas ideas. Estas ideas, en tanto que las tenga, no disponen en su cerebro ni de continuidad ni de enlace; nada de fijo, nada de asegurado en todo cuanto él piensa. Examinad a vuestro supuesto prodigio. En ciertos momentos hallaréis en él un impulso de extraordinaria actividad, una claridad de espíritu capaz de penetrar las nubes. Lo más corriente es que este mismo espíritu os parezca laxo, húmedo, y como rodeado de una espesa niebla. Ya os adelanta, ya permanece inmóvil. En un momento diréis: es un genio; y un momento después: es un tonto. Os equivocáis siempre; es un niño. Es un aguilucho que hiende el aire un instante, y vuelve en seguida a su condición.

A pesar de las apariencias, tratadle con arreglo a su edad, y temed el agotar sus fuerzas por haberlas querido ejercitar demasiado. Si este joven cerebro se calienta, si veis que comienza a hervir, dejadle primero desbordarse en libertad, pero no le excitéis jamás por temor a que todo se evapore; y cuando se hayan evaporado los primeros extractos, retened, comprimid los demás hasta que con los años todo se convierta en calor vivificante y en verdadera fuerza. Obrando de modo distinto perderéis vuestro tiempo y vuestros cuidados, destruiréis vuestra propia obra; y después de haberos embriagado indiscretamente con todos estos vapores inflamables, sólo os quedará un poso sin vigor.

De niños atolondrados proceden los hombres vulgares: no conozco observación más general y más cierta que ésta. Nada existe más difícil que distinguir en la infancia la estupidez real de esa aparente y engañosa estupidez que es el anuncio de las almas fuertes. Parece en principio extraño que los dos extremos tengan signos tan semejantes: y esto sin embargo debe ser, pues, en una edad en que el hombre no posee todavía ningunas ideas verdaderas, toda la diferencia que se encuentra entre quien tiene genio y el que no lo posee es que el último sólo admite falsas ideas, y que el primero, no hallando sino éstas, no admite ninguna: se asemeja pues al estúpido en que el uno no es capaz de nada, y que nada conviene al otro. El único signo que puede distinguirlos depende de la casualidad que puede ofrecer al último alguna idea a su alcance, en lugar de que el primero se halle siempre sin alteración. El joven Catón, durante su infancia, parecía un imbécil en la casa. Era taciturno y obstinado; éste es todo el juicio que se podía hacer de él. Sólo fue en la antecámara de Sylla cuando su tío aprendió a conocerle. Si no hubiera sido porque entró en esta antecámara, acaso hubiera pasado por bruto hasta la edad de la razón. Si César no hubiese vencido, acaso hubiera sido siempre tratado como visionario este mismo Catón que penetró su funesto genio, y previó todos sus proyectos desde lo lejano. ¡Oh cuán sujetos a equivocarse están aquellos que juzgan tan precipitadamente a los niños! Con frecuencia son más niños que éstos. Yo he visto, a una edad muy avanzada, a un hombre que me honraba con su amistad pasar ante su familia y sus amigos por un espíritu limitado: este excelente cerebro se maduró en silencio. De repente se acreditó como filósofo, y yo no dudo de que la posteridad le otorgará un lugar honorable y distinguido entre los razonadores más destacados y los metafísicos más profundos de su siglo.

Respetad la infancia y no os apresuréis a juzgarla, sea para bien, sea para mal. Dejad las excepciones que se muestren, se prueben, se confirmen durante largo tiempo antes de adoptar para ella métodos particulares. Dejad bastante tiempo que obre la naturaleza, antes de mezclarlos en su desarrollo, por temor a

contrariar sus operaciones. Conocéis, decís vosotros, el valor del tiempo y no queréis perderlo. No veis que es mejor perderlo que mal emplearlo o no hacer nada, y que un niño mal instruido está más lejos de la sabiduría que aquel que no ha sido instruido del todo. Os alarmáis de verle consumir sus primeros años no haciendo nada. ¡Cómo!, ¿no hay nada más que ser dichoso? ¿No hay nada más que saltar, jugar, correr, durante toda la jornada? De su vida, él no estará tan ocupado. Platón, en su *República*, que se cree tan austero, no educa a los niños sino en fiestas, juegos, canciones, pasatiempos; se diría que lo ha hecho todo cuando les ha enseñado a regocijarse; y Séneca, hablando de la antigua juventud romana, dice: "Estaba siempre en pie, y no se le enseñaba nada que tuviese que aprender sentada." ¿Valía ella menos llegada la edad viril? Asustaos, pues, un tanto de esta ociosidad supuesta. ¿Qué diríais de un hombre que por poner toda su vida en acción, no quisiera dormir jamás? Diríais: este hombre es un insensato no goza del tiempo, se lo quita; por huir del sueño, corre a la muerte. Pensad por tanto que ésta es la misma cosa, y que la infancia es el sueño de la razón.

La aparente facilidad de aprender es causa de la pérdida de los niños. No se considera que esta misma facilidad es la demostración de que no aprenden nada. Su cerebro, liso y pulido, devuelve como un espejo los objetos que se le presentan; pero no queda nada, nada penetra. El niño retiene las palabras, las ideas reflejándose; aquellos que le escuchan las entienden, él sólo no las entiende.

Aun cuando la memoria y el razonamiento sean dos facultades esencialmente diferentes, ninguna se desarrolla sino en función de la otra. Antes de la edad de la razón, el niño no recibe ideas, sino imágenes; y existe una diferencia entre las unas y las otras, que las imágenes no son sino pinturas absolutas de objetos sensibles y las ideas nociones de los objetos, determinadas por las relaciones. Una imagen puede estar sola en el espíritu que se la representa, pero toda idea supone otras. Cuando se imagina, no se hace sino ver; cuando se concibe, se compara. Nuestras sensaciones son puramente pasivas, en lugar de que todas nuestras percepciones o ideas nacen de un principio activo que juzga. Esto será demostrado después.

Yo digo, por tanto, que los niños, no siendo capaces de juicio, carecen de verdadera memoria. Retienen los sonidos, las figuras, las sensaciones, raramente ideas, más raramente sus enlaces. Objetándome que ellos aprenden algunos elementos de geometría, parece destruirse mi tesis; y es todo lo contrario, es en beneficio mío lo que se demuestra: se evidencia que, lejos de saber razonar por sí mismos, ellos no saben ni aun retener los razonamientos de los demás; pues seguid a estos pequeños geómetras en su método, y veréis al momento que sólo han retenido la exacta impresión de la figura y los términos de la demostración. A la menor nueva objeción, se detienen; invertid la figura, y sucede lo mismo. Todo su saber está en la sensación, nada ha pasado al entendimiento. Su misma memoria no es más perfecta que sus restantes facultades, pues es necesario casi siempre cuando son mayores que vuelvan a aprender las cosas que aprendieron con las palabras de la infancia.

No obstante, estoy muy lejos de pensar que los niños no posean alguna especie de razonamiento.¹⁴ Por el contrario, veo que ellos razonan muy bien todo cuanto conocen y que se relaciona con su interés presente y sensible. Pero es respecto a sus conocimientos cuando se genera el error al prestarles aquellos que no poseen y haciéndoles razonar respecto a cuantos no acertarían a comprender. Se comete error también al querer que estén atentos a consideraciones que no les afectan de ningún modo, como el desinterés por el futuro, el de su ventura cuando hombres, el de la estimación que se sentirá por ellos cuando sean mayores; discursos que no significan absolutamente nada para ellos, cuando se dirigen a seres desprovistos de toda previsión. Luego todos los estudios forzados de estos pobres infortunados tienden hacia objetos completamente extraños a sus espíritus. Que se considere la atención que ellos pueden prestar.

Los pedagogos que nos presentan con gran aparato las instrucciones que dan a sus discípulos, se pagan por mantener un lenguaje distinto: sin embargo, se ve, por su propia conducta, que piensan exactamente como yo. Pues, ¿qué les enseñarían al fin? Palabras, más palabras, y siempre palabras. Entre las diversas ciencias que ellos se ufanan de enseñarles, se guardan bien de escoger aquellas que les serían

¹⁴ Yo he hecho cien veces la reflexión, al escribir, de que es imposible, en una obra extensa, dar siempre los mismos sentidos a las mismas palabras. No existe lengua bastante rica para facilitar tantos términos, giros y frases, como corresponde a la modificación de nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y de sustituir sin cesar la definición en lugar del definido, es bella, pero impracticable; pues, ¿cómo evitar el círculo? Las definiciones pudieran ser buenas si no se empleasen palabras para darlas. A pesar de esto, estoy persuadido de que se puede ser claro, incluso en la pobreza de nuestra lengua, no dando siempre las mismas acepciones a las mismas palabras, sino obrando de suerte, tantas veces como se emplee cada palabra, que la acepción que se le dé sea suficientemente determinada por las ideas a que se relacione, y que cada período donde esta palabra se encuentre le sirva, por decirlo así, de definición. Ya digo que los niños son incapaces de razonamiento, y ya les hago razonar con bastante delicadeza. Yo no creo por esto contradecirme en mis ideas, pero no puedo negar que a menudo me contradigo en mis expresiones.

verdaderamente útiles, porque éstas serían ciencias de las cosas y ellos no las conseguirían; sino las que se parece conocer cuando se saben los términos, el blasón, la geografía, la cronología, las lenguas, etc.; estudios todos tan lejos del hombre, y sobre todo del niño, que es una maravilla si nada de todo esto le puede ser útil una sola vez en su vida. Se sorprenderá que yo cuente el estudio de las lenguas entre el número de las inutilidades de la educación: pero se recordará que yo sólo me refiero aquí a estudios de la primera edad; y que puede decirse que yo no creo que hasta la edad de doce o quince años, ningún niño, aparte los prodigios, haya aprendido jamás dos lenguas con propiedad.

Convengo en que si el estudio de las lenguas sólo era el de las palabras, es decir, el de las figuras o los sonidos que las expresan, este estudio pudiera convenir a los niños: pero las lenguas, al cambiar los signos, modifican también las ideas que ellos representan. Los cerebros se forman sobre los lenguajes, los pensamientos toman el tinte de los idiomas. Sólo la razón es común, el espíritu posee su forma particular en cada lengua; diferencia que pudiera ser en parte la causa o el efecto de los caracteres nacionales; y lo que parece confirmar esta conjetura es que en todas las naciones del mundo, la lengua sigue las vicisitudes de las costumbres, y se conserva o se altera como ellas.

De estas formas diversas el uso da una al niño, y ésta es la única que él conserva hasta la edad de la razón. Para tener dos, sería necesario que él supiese comparar las ideas; y ¿cómo las compararía cuando está apenas en estado de concebirlas? Cada cosa puede tener para él mil signos diferentes; pero cada idea no puede tener sino una forma: por tanto, no puede aprender a hablar nada más que una lengua. Sin embargo, se me dice que aprende varias; yo lo niego. He visto a esos pequeños prodigios que creían hablar cinco o seis lenguas. Yo les he oído hablar sucesivamente alemán, en términos latinos, en términos franceses, en términos italianos; ellos se servían, a la verdad, de cinco o seis diccionarios, pero se servían continuamente del alemán. En una palabra, dad a los niños tantos sinónimos como gustéis: cambiaréis las palabras, no la lengua; ellos no sabrán jamás nada más que una.

Es con el propósito de ocultar en este aspecto su inaptitud por lo que se les ejercita de preferencia en las lenguas muertas, en las que no existen jueces que se puedan recusar. El uso familiar de estas lenguas, perdido ya desde hace mucho tiempo, se contenta con imitar lo que está escrito en los libros; y a esto se llama hablarlas. Si ése es el griego y el latín de los maestros, ¿cómo habrá de ser considerado el de los niños! Apenas han aprendido de memoria su rudimento, del que no han comprendido absolutamente nada, cuando en seguida, se les enseña a hacer un discurso francés con palabras latinas; luego, cuando han avanzado algo más se les cosen en prosa frases de Cicerón y en verso centones de Virgilio. Cuando ellos creen que hablan latín, ¿qué se podrá conseguir con contradecirles?

En cualquier estudio que se emprenda, sin la idea de las cosas representadas, no sirven de nada los signos representados. Por tanto, se limita siempre a los niños a estos signos, sin poderles hacer comprender jamás ninguna de las cosas que representan. Creyendo enseñarles la descripción de la tierra, no se les enseña otra cosa que a conocer los mapas; se les enseñan los nombres de ciudades, de países, de ríos, de tal modo que él no concibe que éstos puedan existir en parte distinta que sobre el papel en que se les muestran. Yo recuerdo haber visto en alguna parte una geografía que comenzaba de este modo: "¿Qué es el mundo? Es un globo de cartón." Tal es precisamente la geografía de los niños. Yo planteo el hecho de que después de dos años de esfera y de cosmografía, no existe un solo niño de diez años que, sobre las reglas que le han sido dadas, sepa guiarse de París a Saint-Denis. Yo planteo el hecho de que no existe ninguno que, sobre un plano del jardín de su padre, se halle en condiciones de seguir las revueltas sin extraviarse. He aquí a estos doctores que saben, al instante fijado, en dónde se encuentran Pekín, Ispahan, México y todos los países de la tierra.

Alguna vez he oído decir que conviene ocupar a los niños en estudios en los que sólo se precisen ojos: esto podría ser así si hubiese algún estudio en que el elemento único fuesen los ojos; pero yo no conozco que exista ninguno.

Por un error aún más ridículo, se les hace estudiar la historia: se imaginan que la historia está a su alcance porque ella es sólo una colección de hechos. Pero ¿qué se entiende por esta palabra hechos? ¿Se cree que las relaciones que determinan los hechos históricos sean tan fáciles de penetrar, que las ideas se formen sin trabajo en el espíritu de los niños? ¿Se cree que el verdadero conocimiento de los hechos sea separable del de sus causas, del de sus efectos, y que lo histórico se relacione tan poco con la moral que se pueda conocer el uno sin la otra? Si no veis en las acciones de los hombres nada más que los movimientos externos y puramente físicos, ¿qué aprendéis en la historia? Absolutamente nada; y este estudio, carente de todo interés, ni os da placer ni instrucción. Si queréis apreciar estas acciones por sus relaciones morales, intentad hacer comprender estas relaciones a vuestros alumnos, y entonces veréis si la historia guarda correspondencia con su edad.

Lectores, tened presente siempre que quien os habla no es ni un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amigo de la verdad, sin partidos, sin sistema; un solitario que, viviendo poco con los hombres, dispone de menos ocasiones para imbuirse con sus prejuicios, y más tiempo para reflexionar respecto a lo que le afecta cuando él trata con ellos. Mis razonamientos están menos fundados sobre los principios que sobre los hechos; y creo que no puedo situaros en forma mejor para poderlos juzgar, que presentándoos con frecuencia algún ejemplo de las observaciones que me los sugieren.

Yo había pasado algunos días en el campo en casa de una buena madre de familia que tomaba gran interés por sus hijos y por su educación. Una mañana en que yo estaba presente en las lecciones del mayor, su preceptor, que le había instruido muy bien la historia antigua, al hacer referencia a la de Alejandro, trató del conocido hecho del médico Filipo, porque seguramente merecía la pena de hacerlo. El preceptor, hombre de mérito, hizo varias apreciaciones respecto a la intrepidez de Alejandro que no me agradaron, pero que yo evité criticar para no desacreditarle ante su alumno. En la mesa, y según el método francés, no se omitió el hacerle hablar mucho al monigote. La vivacidad natural de su edad y la espera de un aplauso seguro, le hicieron lanzar mil tonterías, a través de las cuales, de cuando en cuando, surgían algunas palabras acertadas que hacían olvidar el resto. Llegó al fin la historia del médico Filipo: él la contó muy exactamente y con mucha gracia. Luego del acostumbrado tributo de elogios que exigía la madre y esperaba el hijo, se razonó respecto a cuanto había dicho. La gran mayoría combatió la temeridad de Alejandro, algunos a ejemplo del preceptor, admiraron su firmeza y su valor: lo que me hizo comprender que ninguno de los que estaban presentes veía en qué consistía la verdadera belleza de este caso. Para mí, les dije me parece que si existe el menor valor, la menor firmeza de la acción de Alejandro, ella no pasa de ser una extravagancia. Entonces todo el mundo coincidió y convino que era una extravagancia. Iba a contestar y a encolerizarme, cuando una mujer que estaba a mi lado, y que no había abierto la boca, se inclinó hacia mi oreja y me dijo muy bajo: "Cállate, Juan Jacobo; no te comprenderán". Yo la miré, me sorprendí y me callé.

Después de la comida, sospechando por algunos indicios que mi joven doctor no había comprendido nada de la historia que él tan bien había contado, le tomé de la mano y fui con él a dar una vuelta por el parque, y habiéndole preguntado a mi gusto, comprobé que él admiraba más que nadie el valor tan pregonado de Alejandro: pero ¿sabéis en dónde veía él este valor? Únicamente en el ingerir de un solo trago un brebaje de mal sabor sin titubear, sin mostrar la menor repugnancia. El pobre niño, al que se le había hecho tomar una medicina hacía unos quince días, y que la había tomado con un trabajo enorme, tenía aún el mal gusto en la boca. La muerte, el envenenamiento, se convertían para él en sensaciones desagradables, y no concebía otro veneno que el del sem. Sin embargo, es preciso confesar que la firmeza del héroe había causado una enorme impresión en su tierno corazón, y que a la primera medicina que necesitase ingerir estaba resuelto a ser un Alejandro. Sin entrar en aclaramientos que evidentemente estaban a su alcance yo le confirmé en estas disposiciones loables, y me volví riéndome para mí de la gran sabiduría de los padres y de los maestros que pretenden enseñar historia a los niños.

Es fácil poner en sus bocas las palabras reyes, imperios, guerras, conquistas, revoluciones, leyes; pero cuando sea ocasión de agregar a estas palabras ideas claras, se estará alejado de la conversación del jardinero Roberto en todas estas explicaciones.

Algunos lectores, descontentos del "Cállate, Juan Jacobo", solicitarán, según creo, que yo encuentre al fin algo bello en la acción de Alejandro. ¡Desgraciados! Si necesito decíroslo, ¿cómo lo vais a comprender? Es que Alejandro creía en la virtud y creía en ella por encima de todo, sobre su propia vida; es que su gran alma estaba hecha para creer. ¡Oh, cómo esta medicina ingerida fue una bella profesión de fe! No, jamás mortal alguno realizó una tan sublime. Si existe algún moderno Alejandro, que se me demuestre.

Si no existe ciencia de las palabras, no existe estudio propio de los niños. Si ellos no poseen verdaderas ideas, carecen de verdadera memoria; pues yo no califico de tal a la que sólo retiene sensaciones. ¿De qué sirve inscribir en su cerebro un catálogo de signos que no representan nada para ellos? Al aprender las cosas, ¿no aprenderán los signos? ¿Para qué darles el inútil trabajo de aprenderlas dos veces? Y sin embargo, ¡cuántos peligrosos prejuicios no comienzan a inspirárseles haciéndoles tomar por ciencia palabras que no tienen ningún sentido para ellos! La pérdida del juicio del niño deriva de la primera palabra de que se ufana, de la primera cosa que aprende basado en la palabra de los demás, sin comprender su utilidad por sí mismo: tendrá mucho tiempo para brillar a los ojos de los necios antes que repare en semejante pérdida.¹⁵

¹⁵ La mayor parte de los sabios lo son al modo de los niños. La vasta erudición resulta menos de una multitud de ideas que de un conjunto de imágenes. Las fechas, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados o carentes de ideas, únicamente se retienen por la memoria de los signos, y raramente se recuerda alguna de estas cosas sin ver al mismo tiempo el "recto" o el "verso" de la página en donde se las ha leído, o la figura bajo la cual se las vio la primera

No, si la naturaleza concede al cerebro de un niño esta flexibilidad que le faculta para percibir toda clase de impresiones, no es para que en él se graben nombres de reyes, fechas, términos de heráldica, de esfera, de geografía y todas esas palabras carentes de sentido para su edad y sin utilidad alguna para cualquier otra, con los que se abrumba su triste y estéril infancia; lo está para que todas las ideas que él puede concebir y que le son útiles, todas las que se relacionan con su felicidad y deben un día iluminar sus deberes, se tracen lo más pronto posible en caracteres indelebles, sirviéndole para conducirse durante toda su vida de una manera de acuerdo con su manera de ser y facultades.

Sin estudiar en los libros, la especie de memoria que puede poseer un niño no permanece por ello ociosa; todo cuanto ve, todo lo que entiende le interesa y de ello se recuerda; él registra en sí mismo acciones, discursos de los hombres; y todo cuanto le rodea es el libro en el que, sin pensarlo, va enriqueciendo continuamente su memoria en espera de que su juicio pueda obtener provecho. Es en la elección de esos objetos, es en el cuidado de presentarles sin cesar los que puede conocer y de ocultarle los que debe ignorar, en lo que consiste el verdadero arte de cultivar en él esta primera facultad, y es mediante este proceso por el que es necesario procurar formarle un almacén de conocimientos que sirvan a su educación durante su juventud y a su conducta en todos los tiempos. Cierto es que este método no forma pequeños prodigios y no hace que brillen las ayas y los preceptores; pero forma hombres juiciosos, robustos, sanos de cuerpo y de entendimiento, que, sin estar hechos para admirar siendo jóvenes, se hacen honrar siendo mayores.

Jamás aprenderá nada Emilio de memoria, ni aun las fábulas —incluso las de La Fontaine—, por ingenuas y encantadoras que sean pues las palabras de las fábulas no son las fábulas ni las palabras de la historia la historia misma. ¿Cómo se puede estar tan ciego para considerar las fábulas como moral de los niños, sin pensar que el apólogo, al divertirles, abusa de ellos; que, seducidos por la mentira, dejan escapar la verdad, y que intentando darles una instrucción agradable les impiden aprovecharse de ella? Las fábulas pueden instruir a los hombres; pero es necesario decir la verdad desnuda a los niños: en el momento en que se la cubre con un velo, no se toman ya el trabajo de levantarlo.

Se hace aprender a todos los niños las fábulas de La Fontaine, y no hay ni uno sólo que las comprenda. Si los mismos las comprendieran, sería todavía peor; pues la moral está de tal modo mezclada y tan desproporcionada para su edad, que les conduciría más al vicio que a la virtud. Diréis que éstas continúan siendo paradojas. Sea; pero veamos si son verdades.

Yo digo que un niño no comprende las fábulas que se le hace aprender, porque aunque se esfuercen en presentárselas como algo sencillo, la instrucción que se quiere obtener obliga a hacer que entren ideas que él no puede comprender, y que el mismo giro de la poesía, al hacerlas más fáciles para la retención, las hace más difíciles de concebir, de suerte que se compra el placer a expensas de la claridad. Sin citar esa multitud de fábulas que no tienen nada de inteligible ni de útil para los niños, y que se les hace aprender indiscretamente en unión de las otras, porque con ellas se encuentran mezcladas, limitémosnos a las que el autor parece haber escrito especialmente para ellos.

Yo no conozco en todo el acervo de La Fontaine sino cinco o seis fábulas en donde brille eminentemente la ingenuidad pueril; de estas cinco o seis yo tomo como ejemplo la primera de todas,¹⁶ porque ella es con su moral la más apta para todas las edades, la que los niños prefieren mejor, la que aprenden con mayor placer; en fin es la que por el mismo autor ha sido colocada en lugar preferente, al frente de su libro, dando por descontado que sería comprendida por los niños al satisfacerles e instruirles; es seguramente esta fábula su obra maestra: permítaseme, por tanto, seguirla y examinarla en breves palabras.

EL CUERVO Y EL ZORRO (Fábula)

El señor cuervo, sobre un árbol encaramado

(¡Señor!, ¿qué significa en sí misma esta palabra? ¿Qué significación tiene delante de un nombre propio? ¿Qué sentido tiene en esta ocasión?

vez. Tal era casi la ciencia a la moda de los siglos últimos. La de nuestro siglo es otra cosa: no se estudia más, no se observa más; se sueña y se nos da gravemente para la filosofía los sueños de algunas malas noches. Se me dirá que yo también sueño; lo acepto: pero obrando de modo distinto a los demás, yo doy mis sueños por sueños, dejando que el lector busque si en ellos existe alguna cosa útil para las gentes despiertas.

¹⁶ Es la segunda, y no la primera, como lo ha hecho notar muy bien Formey.

¿Qué es un cuervo?

¿Qué es un *árbol encaramado*? No se dice *sobre un árbol encaramado*, se dice *encaramado sobre un árbol*. Por consiguiente, es preciso hablar de las inversiones de la poesía; decir lo que es prosa y lo que es verso.)

tenía en su pico un queso.

(¿Qué queso? ¿Era un queso de Suiza, de Brie, o de Holanda? Si el niño no ha visto un cuervo ¿qué conseguís con hablarle de él? Si lo ha visto, ¿cómo concebirá que ellos tengan un queso en su pico? Construyamos siempre las imágenes con arreglo a la naturaleza.)

El señor zorro, por el olor atraído

(¡Otro señor! Pero para éste el título es bueno: es señor en todos los aspectos de su oficio. Es necesario decir lo que es un zorro, y distinguir su verdadera condición del carácter convencional con que figura en las fábulas. *Atraído*. Esta palabra no resulta de uso frecuente. Es necesario explicarla y decir que sólo se utiliza en verso. El niño preguntará la razón de que se hable de modo distinto en verso que en prosa. ¿Qué le responderéis? ¡*Atraído por el olor de un queso!* Este queso, tenido por un cuervo encaramado en un árbol, debía tener mucho olor para ser percibido por el zorro en un cabezo o en su madriguera. ¿Es de esta forma como ejercitáis a vuestro alumno en ese espíritu de crítica juiciosa que no se deja subyugar sino por las buenas enseñanzas, y sabe discernir la verdad de la mentira en las narraciones de los demás?)

le dijo más o menos estas palabras:

(¡*Estas palabras!* ¿Hablan los zorros, pues? ¿Hablan el mismo lenguaje que los cuervos? Sabio preceptor, ten cuidado: piensa bien tu respuesta antes de darla, porque importa más de lo que tú crees.)

"¡Eh, buenos días, señor del cuervo!

(¡*Señor!* Título que el niño ve cambiar con facilidad, incluso antes de saber que es un título de honor. Cuantos dicen *señor del cuervo* se verán muy comprometidos para explicar este *del*.)

¡Qué donoso estáis, qué lindo me parecéis!

(Ripio, redundancia inútil. El niño, al ver repetida la misma cosa en otros términos, aprende a hablar de modo impropio. Si le decís que esta redundancia es un arte del autor, que ella entra en las intenciones del zorro que desea multiplicar los elogios por medio de palabras, esta excusa será buena para mí, pero no para mi alumno.)

Sin mentir, si vuestro ramaje

(¡*Sin mentir!* ¿Entonces se miente algunas veces? ¿Cómo quedará el niño si le enseñáis que el zorro sólo dice *sin mentir* porque él miente?)

responde a vuestro plumaje

(¡*Responde!* ¿Qué significa esta palabra? Enseñad al niño a comparad cualidades tan diversas como la voz y el plumaje: veréis como os entenderá.)

seréis el fénix de los huéspedes de este bosque."

(¡*El Fénix!* ¿Qué es un fénix? Aquí estamos ya lanzados a la mentirosa antigüedad, casi a la mitología. Los *huéspedes de este bosque!* ¡Qué lenguaje figurado! ¡El adulator ennoblece su lenguaje dándole más dignidad para hacerlo más seductor! ¿Entenderá un niño esta sutileza? ¿Sabe él siquiera, puede saber lo que es un estilo noble y un estilo vulgar?)

A estas palabras, el cuervo, colmado de gozo,

(Es necesario haber experimentado pasiones muy vivas para percibir esta expresión proverbial.)

Y para mostrar su bella voz,

(No olvidéis que, para entender este verso y toda la fábula, el niño debe saber lo que es la bella voz del cuervo.)

abre un amplio pico, deja caer su presa.

(Lo admirable de este verso es su armonía hecha imagen. Yo veo un enorme pico feo abierto, oigo caer el queso a través de las ramas: pero estos matices de belleza se pierden para los niños.)

Cogiólo el zorro y dijo: "Mi buen señor,

(He aquí la bondad transformada en estupidez. Seguramente no se pierde el tiempo en instruir a los niños.)

aprended que todo adulator

(Máxima general que no necesita explicación.)

vive a expensas de aquel que le escucha."

(Jamás entiende este verso un niño de diez años.)

No hay duda que esta lección vale bien un queso.

(Esto se comprende, y el pensamiento es muy bueno. Sin embargo habrá muy pocos niños que acierten a comparar una lección con un queso, y que no prefieran el queso a la lección. Es necesario, por tanto, hacerles comprender que este propósito sólo es una broma. ¡Cuánta finura hace falta para tratar a los niños!)

El cuervo, avergonzado y confuso,

(Otro pleonasma; pero este es inexcusable.)

jura, aunque tarde, que no le ocurrirá esto más.

(¡Jura! ¿Qué maestro es tan bobo para explicar a un niño qué cosa es un juramento?)

Aquí tenemos numerosos detalles, mucho menos desde luego de los que se precisarían para analizar todas las ideas de esta fábula y para reducirlas a las ideas sencillas y elementales de que cada una de ellas está compuesta. Pero ¿quién es aquel que cree tener necesidad de este análisis para hacerse comprender de la juventud? Ninguno de entre nosotros es bastante filósofo para saber colocarse en el lugar de un niño. Pasemos ahora a la moral.

Yo pregunto, ¿necesitamos enseñar a niños de diez años que existen hombres adutores y mentirosos en su propio beneficio? Se podría todo lo más enseñarle que existen burlones que se rechiflan de los muchachos, y se mofan en secreto de su necia vanidad; pero el queso estropea todo; se les enseña menos a no dejarle caer de su pico, que a hacerle caer del pico de otro. Ésta es mi segunda paradoja a este respecto, y no es la menos importante.

Seguid enseñándoles fábulas a los niños, y veréis que cuando ellos estén en estado de aplicarlas, hacen casi siempre lo contrario de lo intentado por el autor, y que en lugar de meditar sobre el defecto de que se les quiere curar o preservar, se inclinan a estimar el vicio con que se saca partido de los defectos de los demás. En la fábula precedente, los niños se mofan del cuervo, pero se aficionan todos al zorro; en la fábula siguiente creéis darle como ejemplo a la cigarra y es desde luego a la hormiga a la que escogerán. No

gustan de humillarse y tomarán siempre el papel más bello; es ésta una lección de amor propio, una lección muy natural. Ahora bien, ¡qué horrible lección para la infancia! El más odioso de todos los monstruos sería un niño avaro y duro, que supiese qué era lo que se pedía y lo que él negaba. La hormiga hace más aún, le enseña a burlarse en sus negativas.

En todas las fábulas en que el león es uno de los personajes lógicamente el más brillante, el niño no desdeña hacerse león y cuando él preside alguna distribución tiene gran cuidado de apoderarse de todo, bien instruido por su modelo. Pero cuando el mosquito molesta al león, la cuestión es distinta; entonces el niño ya no es el león, sino el mosquito. Y aprende a matar un día a golpes de agujón a aquellos a quienes no se atrevería a atacar a pie firme.

En la fábula del lobo flaco y del perro grueso, en lugar de la lección de moderación que se pretende darle, él percibe una de licencia. Jamás olvidaré haber visto llorar de modo abundante a una niña a la que se había desolado con esta fábula, predicándole siempre la docilidad. Se tomaron el trabajo de averiguar la causa de sus lágrimas; y al fin se supo. La pobre niña, fastidiada con la cadena, sentía su cuello pelado; y lloraba por no ser lobo.

De este modo la moral de la primera fábula citada es para el niño una lección de la más baja adulación; la de la segunda una lección de inhumanidad; la de la tercera, una lección de injusticia, la de la cuarta, una lección de sátira; la de la quinta, una lección de independencia. Esta última lección, por ser superflua para mi alumno, no es tampoco conveniente para los vuestros. Cuando les dais preceptos que se contradicen, ¿qué fruto esperáis de vuestros cuidados? Mas puede ser acaso que toda esta moral que me sirve de objeción contra las fábulas facilite, sin embargo, razones para conservarlas. Es necesario una moral de palabras y otra de acciones en la sociedad; morales ambas que en nada se asemejan. La primera está en el catecismo, en donde se la deja; la otra en las fábulas de La Fontaine para los niños, y en sus cuentos para las madres. El mismo autor sirve para todo.

Concretemos, señor de La Fontaine. Por lo que a mi se refiere, yo prometo leerlos con cuidado, amaros e instruirme en vuestras fábulas; porque yo confío en no confundirme respecto a su propósito; mas en lo que a mi alumno afecta, permitidme que no le deje estudiar una sola hasta que me hayáis demostrado que es útil para él aprender cosas de las que no comprenderá la cuarta parte; que, en las que pudiera comprender, no percibirá jamás el trueque, y que en lugar de corregirse respecto al engaño, no me saldrá un engañador,

Apartando así todos los deberes de los niños, yo quito los instrumentos de su máxima miseria, saber los libros. La lectura es la plaga de la infancia, y casi la única ocupación que se les sabe dar; apenas tenga doce años sabrá Emilio lo que es un libro. Pero me diréis, que al menos será necesario que él sepa leer. Yo convengo: es necesario que él sepa leer cuando la lectura le sea útil; hasta entonces la misma sólo es buena para aburrirle.

Después de deducir que no se puede exigir nada a los niños por obediencia, se deduce que no pueden aprender aquello de lo que no perciban la ventaja actual y presente, sea de placer o de utilidad; de otra forma ¿qué motivo les llevaría a aprender? El arte de hablar con los ausentes y escucharlos, el arte de comunicarles a lo lejos sin mediador nuestros sentimientos, nuestras voluntades, nuestros deseos, es un arte cuya utilidad puede hacerse sensible en todas las edades. ¿Por qué prodigio este arte tan útil y tan agradable se ha convertido en un tormento para la infancia? Porque se la obliga a aplicarlo a pesar suyo y se la somete a usos de los cuales no comprende nada. Un niño no se muestra muy curioso por perfeccionar el instrumento con el que se le atormenta; pero haced que este instrumento sirva para sus placeres, y muy pronto se aplicará a él a pesar vuestro.

Se hace una cuestión fundamental buscando los mejores métodos para aprender a leer; se idean despachos, mapas; se procura que la habitación de un niño se parezca a un taller de imprenta. Locke quiere que se enseñe a leer con dados. ¿No vemos en esto una intuición importante? ¡Qué lástima!; un medio más seguro que todo esto, y que siempre se olvida, es el deseo de aprender. Dad al niño este deseo, luego dejad allí vuestros despachos y vuestros dados, y todo método les será factible.

El interés actual, he aquí el gran móvil, el único que conduce con seguridad y lejos. Algunas veces recibe Emilio de su padre, de su madre, de sus familiares, de sus amigos, invitaciones para una comida, para un paseo, para un paseo en barca, para presenciar alguna fiesta pública. Estos billetes son breves, claros, netos, bien escritos. Es preciso encontrar alguien que se los lea; esto implica o que no se encuentra siempre al lector, o que se devuelve al niño la escasa complacencia que se tuvo la víspera con él. De este modo se pasa la ocasión, el momento. Al fin se lee el billete; pero ya es tarde. ¡Ah si lo hubiera sabido leer por sí mismo! Se reciben otros: ¡son tan breves!, ¡es tan interesante el sujeto! que se querría intentar descifrarlos; se encuentra tan pronto la ayuda como la negativa. Se esfuerza, se descifra al fin la mitad de un billete: se

trata de ir mañana a comer natillas... no se sabe dónde ni con quien... ¡Cuántos esfuerzos se hacen para leer el resto! Yo no creo que Emilio tenga necesidad del despacho. ¿Hablaré ahora de la escritura? No; yo siento rubor de divertirme con estas niñerías en un tratado de educación.

Añadiré esta sola palabra que hace una importante máxima: de ordinario, se obtiene muy seguramente y muy de prisa lo que no apremia conseguir. Yo estoy casi seguro de que Emilio sabrá leer y escribir perfectamente antes de la edad de diez años, precisamente porque me importa muy poco que él sepa hacerlo antes de los quince; pero preferiría más que no supiese leer nunca, que adquiriese esta ciencia al precio de todo cuanto pudiese hacerla útil. ¿De qué le servirá la lectura, habiéndola rechazado para siempre? *Id imprimis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformited.*¹⁷

Cuanto más insisto sobre mi método inactivo, más presiento las objeciones. Si vuestro alumno no aprende nada de vosotros, lo aprenderá de los demás. Si no prevenís el error mediante la verdad, él aprenderá mentiras; los prejuicios que temáis darle, los recibirá de todos cuantos le rodean, y penetrarán por todos sus sentidos, o ellos corromperán su razón, incluso antes de que ésta esté formada, o su espíritu, embotado por una prolongada inacción, se absorberá en la materia. La falta de costumbre de pensar en la infancia disminuye esta facultad durante el resto de la vida.

Creo que yo podría fácilmente responder a esto, pero ¿por qué siempre respuestas? Si mi método responde por sí mismo a las objeciones, él es bueno; si no responde, no vale nada. Prosigo.

Si sobre el plan que yo he comenzado a trazar seguís reglas directamente contrarias a las que quedan establecidas, si, en lugar de conducir a lo lejos el espíritu de vuestro alumno; si, en lugar de extraviarle sin cesar por otros lugares, por otros climas, por otros siglos, a las extremidades de la tierra y hasta los cielos, os aplicaseis a mantenerle siempre en sí mismo y atento a cuanto le afecta inmediatamente, entonces le hallaríais capaz de percepción, de memoria, e incluso de razonamiento; éste es el orden de la naturaleza. A medida que el ser sensitivo va siendo activo, adquiere un discernimiento proporcional a sus fuerzas; y sólo es con la fuerza superabundante de la que él tiene necesidad para conservarse, como se desarrolla su facultad especulativa propia para emplear en otros usos este exceso de fuerza. Si queréis pues cultivar la inteligencia de vuestro alumno, cultivad las fuerzas que él debe manejar. Ejercitad continuamente su cuerpo; hacédle robusto y sano, para hacerle sabio y razonable; que él trabaje, que actúe, que corra, que grite, que esté en continuo movimiento; que sea hombre por el vigor, y muy pronto lo será por la razón.

Es cierto que le embruteceréis, por este método, si vais siempre dirigiéndole, diciéndole de continuo: ve, ven, permanece, haz esto, no hagas aquello. Si vuestro cerebro conduce siempre sus brazos, el suyo llegará a serle inútil. Mas recordad nuestras advertencias: si sólo sois un pedante, no vale la pena que me leáis.

Es un error muy lamentable el imaginar que el ejercicio del cuerpo perjudica a las operaciones del espíritu; ¡como si estas dos acciones no debieran marchar concertadas, y como si la una no debiese siempre dirigir a la otra!

Existen dos clases de hombres cuyos cuerpos están en continuo ejercicio, y que seguramente piensan tan poco los unos como los otros cultivar su espíritu; a saber, los campesinos y los salvajes. Los primeros son palurdos, vulgares, torpes; los otros, distinguidos por su gran sentido, lo son también por la sutilidad de su espíritu, generalmente no existe nada más torpe que un campesino, ni nada más fino que un salvaje. ¿De dónde procede esta diferencia? Radica en que el primero, haciendo siempre lo que se le manda, o lo que ha visto hacer a su padre, o lo que él mismo hace desde su juventud, sólo actúa por rutina; y, en su vida casi autómatas, ocupado sin cesar en los mismos trabajos, el hábito y la obediencia ocupan el lugar de la razón.

Para el salvaje la cosa es distinta: no estando adscrito a ningún lugar no teniendo tarea prescrita ni obedeciendo a nadie, sin otra ley que su voluntad, está formado a razonar cada acción de su vida; no realiza un movimiento, no da un paso, sin haber de antemano considerado las consecuencias. Así, cuanto más se ejercita su cuerpo, más se ilumina su espíritu; su fuerza y su razón crecen a la vez y se extienden la una mediante la otra.

Sabio preceptor, veamos cuáles de nuestros alumnos se parecen al salvaje y cuáles al campesino. Sometidos en todo a una autoridad siempre enseñante, el vuestro no hace nada sino mediante palabras, no se atreve a comer cuando siente hambre, ni reír cuando está alegre, ni llorar cuando está triste, ni presentar una mano por otra, ni mover el pie sino como se le ha prescrito; no tardará en no atreverse a respirar sino con arreglo a vuestras reglas. ¿Para qué queréis que piense cuando todo lo pensáis por él? Asegurado con vuestra previsión, ¿qué necesidad sentirá? Convencido de que os encargáis de su conservación, de su bienestar, se

¹⁷ Ante todo convendrá evitar que no odie los estudios, y que cuando esto ocurra no tema los difíciles años venideros.

siente libertado de este cuidado; su juicio descansa sobre el vuestro; todo lo que no le prohibís, lo hace sin reflexión conociendo bien que él lo realiza sin riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender a prever la lluvia, si sabe que miráis al cielo por él? ¿Qué necesidad tiene de regular su paseo si él no teme que le dejéis que se pase la hora de la comida? En tanto que no le prohibáis el comer, come; cuando se lo prohibís, ya no come, no escucha los avisos de su estómago, sino los vuestros. Tenéis buen cuidado de debilitar su cuerpo en la inacción, no procuráis que sea más flexible su entendimiento. Todo lo contrario, termináis por desacreditar la razón en su espíritu, haciéndole utilizar lo poco que él conoce respecto a las cosas que le parecen más inútiles. No conociendo jamás lo que ella tiene de bueno, considera en fin que ella no es buena para nada. Lo peor que puede derivarle del mal razonar será el ser reincidente, y a menudo lo es si deja de pensar; un peligro tan común no le asusta.

Sin embargo, hallaréis en él espíritu; y lo tiene para charlatanear con las mujeres, en el tono a que me he referido; ahora bien, si se encuentra en el caso de tener que valerse de su persona, tomar un partido en alguna ocasión difícil, le veréis cien veces más estúpido y más animal que el hijo del mayor patán.

Para mi alumno, o mejor dicho para el de la naturaleza, ejercitado desde muy temprano a bastarse a sí mismo en tanto le sea posible, no cuenta el acostumbrarse a recurrir sin cesar a los demás y aún menos a ostentarse con su gran saber. Por el contrario, él considera, prevé, razona en todo cuanto se relaciona inmediatamente con él. Él no habla demasiado, actúa; no sabe una palabra de cuanto se hace en el mundo, pero sabe hacer muy bien aquello que le conviene. Como está sin cesar en movimiento, se ve obligado a observar muchas cosas, a conocer muchos efectos; adquiere muy pronto una gran experiencia: toma sus lecciones de la naturaleza y no de los hombres; se instruye tanto más cuanto que no ve en parte alguna la intención de instruirle. Obrando de este modo se ejercitan a la vez su cuerpo y su espíritu. Obrando siempre según su pensamiento y no según el de otro, él une continuamente dos operaciones; cuanto más fuerte y robusto se hace, más exacto y juicioso llega a ser. Por este procedimiento se posee un día lo que se cree incompatible, y es lo que casi todos los grandes hombres han reunido, la fuerza del cuerpo y la del alma, la razón de un sabio y el vigor de un atleta.

Joven preceptor, os predico un arte difícil, y éste es el de dirigir sin preceptos y hacerlo todo no haciendo nada. Este arte, convengo en ello, no es para vuestra edad; no es propicio hacer brillar en principio vuestros talentos, ni haceros valer cerca de los padres pero es lo único propicio para conseguir el éxito. No conseguiréis jamás hacer sabios si antes no hacéis pilluelos; ésta era la educación de los espartanos: en lugar de pegarlos a los libros, se comenzaba por enseñarles a robar su comida. ¿Eran por esto los espartanos groseros siendo tan grandes? ¿Quién no conoce la fuerza y la agudeza de sus dichos? Hechos siempre para vencer, aplastaban a sus enemigos en todo género de guerra y los charlatanes atenienses temían igualmente sus palabras como sus golpes.

En las educaciones más selectas, el maestro ordena y cree gobernar: y en realidad es el niño quien dirige. Él se sirve de cuanto exigís de él para conseguir de vosotros lo que a él le place; y siempre sabe haceros pagar una hora de asiduidad por ocho días de complacencia. A cada instante se impone el pactar con él. Estos tratados, que proponéis a vuestro modo y que él cumple al suyo, derivan siempre en provecho de sus caprichos, sobre todo cuando se tiene la torpeza de poner como condición para beneficio suyo cuanto él está muy seguro de lograr, cumpla o no la condición que se le ha impuesto en cambio. De ordinario, el niño lee mucho mejor en el espíritu de sus maestros que el maestro en el corazón del niño. Y esto debe ser: pues toda la sagacidad que hubo empleado el niño entregado a sí mismo para proveer a la conservación de su persona, la emplea en salvar su libertad natural de las cadenas de su tirano; en lugar de que éste, no teniendo interés alguno tan apremiante para penetrar en el otro, encuentre algunas veces más conveniente para su cálculo el dejarle su pereza o su vanidad.

Tomad una ruta opuesta con vuestro alumno; que él crea ser siempre el maestro y que siempre lo seáis vosotros. No existe sujeción tan perfecta como la que conserva la apariencia de la libertad; se cautiva así la misma voluntad. El pobre niño que no sabe nada, que no puede nada, que no conoce nada, ¿no está a vuestra merced? ¿No disponéis, con relación a él, de todo cuanto le rodea? ¿No sois el maestro para conducirlo como os plazca? Sus trabajos, sus juegos, sus placeres, sus penas, todo, ¿no están en vuestras manos sin que él lo sepa? Sin duda él no debe hacer lo que quiere, sino que debe querer lo que vosotros queréis que haga; no debe dar un paso que no lo hayáis previsto; no debe abrir la boca sin que sepáis lo que va a decir.

Entonces será cuando él podrá entregarse a los ejercicios del cuerpo que le solicita su edad; sin abotargar su espíritu; entonces es cuando en lugar de avivar su astucia para eludir un incómodo imperio, le veréis ocuparse únicamente en sacar de todo cuanto le rodea el partido más ventajoso para su bienestar

actual; entonces es cuando quedaréis asombrados de la sutilidad de sus invenciones para conseguirse todos los objetivos a los cuales puede llegar, y para gozar verdaderamente de las cosas sin la ayuda de la opinión.

Al dejarle de esta manera dueño de sus voluntades, no fomentaréis sus caprichos. No haciendo siempre sino lo que a él le conviene, hará muy pronto cuanto deba hacer; y, aunque su cuerpo esté en un movimiento continuo, en tanto que se trate de su interés presente y sensible, veréis toda la razón de que él es capaz, desenvolverse mucho mejor y de una manera mucho más apropiada para él, que en los estudios de mera especulación.

Así, no viendoos atento a contrariarle, no desconfiando de vos, no teniendo nada que ocultaros, no os engañará ni os mentirá; se mostrará tal cual es sin temor; podréis estudiarlo muy a vuestro placer y disponer en torno de él las lecciones que queráis darle, sin que él piense nunca recibir alguna.

No espiaré ya vuestras costumbres con curiosa envidia, y no sentiré un secreto placer sorprendiéndoo en falta. Este inconveniente que prevenimos es muy importante. Uno de los primeros cuidados de los niños es, como ya lo he dicho, descubrir la debilidad de aquellos que le gobiernan. Esta inclinación conduce a la maldad, pero no siempre viene de ella: procede de la necesidad de eludir una autoridad que les importuna. Sobrecargados con el yugo que se les impone, buscan el sacudírselo; y las faltas que ellos encuentran en los maestros les facilitan buenos medios para esto. Sin embargo, se adquiere el hábito de observar a las gentes mediante sus defectos, y complacerse en encontrárselos. Está claro que existe aún una fuente de vicios obstruyendo el corazón de Emilio; careciendo de interés por encontrarme defectos, él no los buscará y estará poco tentado de buscarlos en los demás.

Todas estas prácticas parecen difíciles, porque no se advierten, pero en el fondo no deben serlo. Se tiene derecho a suponerlos con las luces necesarias para ejercer la profesión que habéis escogido, se debe presumir que conocéis la marcha natural del corazón humano, que sabéis estudiar al hombre y al individuo; que conocéis de antemano a qué se plegará la voluntad de vuestro alumno con ocasión de todos los objetos interesantes para su edad que haréis pasar ante sus ojos. Ahora bien, poseer los instrumentos y saber usarlos, ¿no es ser el dueño de la operación?

Objetaréis los caprichos del niño, y estaréis errados. El capricho de los niños no es nunca la obra de la naturaleza, sino de una perniciosa disciplina: ésta es la que ellos han obedecido o mandado; ya he dicho cien veces que no es preciso ninguna de ellas. Vuestro alumno sólo tendrá pues los caprichos que le habréis dado: es justo que carguéis con la pena de vuestras culpas. Pero, diréis. ¿cómo remediarlo? Esto se puede conseguir aun con una mejor conducta y mucha paciencia.

Durante algunas semanas, estuve encargado de un niño acostumbrado no solamente a hacer sus caprichos, sino más aún a hacérselos hacer a todo el mundo, y por consecuencia lleno de fantasía. Desde el primer día, para poner a prueba mi complacencia, quiso levantarse a media noche. En lo más pesado de mi sueño saltó de su cama, cogió su ropa y me llamó. Yo me levanté, encendí la vela, él no quería otra cosa, al cabo de un cuarto de hora le ganó el sueño, y él se volvió a acostar contento con su prueba. Dos días después, él la reiteró con el mismo éxito y sin el menor signo de impaciencia de parte mía. Como él me abrazaba al acostarse de nuevo, yo le dije muy sosegadamente: amiguito mío, esto está muy bien, pero no volváis a hacerlo. Esta frase excitó su curiosidad, y a partir del día siguiente, queriendo ver un tanto como yo osaba desobedecerle, no soslayó el levantarse a la misma hora y llamarme. Yo le pregunté qué es lo que quería. Me dijo que no podía dormir. "Tanto peor", repliqué yo, y me estuve quieto. Él me rogó que encendiese la candela; ¿para qué? Y permanecí quieto. Este tono lacónico comenzaba a embarazarle. A tientas fue a buscar el fusil dispuesto a manejarlo, y yo no pude contener la risa al oír que se golpeaba los dedos. Al fin, bien convencido de que él no conseguiría su propósito, trajo el eslabón a mi cama; yo le dije que no tenía nada que hacer y me volví del otro lado. Entonces se puso a correr atolondradamente por la habitación, gritando, cantando, haciendo mucho ruido y dándose contra la mesa y las sillas golpes que tenía gran cuidado de moderar, y no dejando de gritar muy fuerte, esperando provocar la inquietud en mí. Pero todo esto no era decisivo; y yo comprendí que, tanto con elevadas reconvenciones como con cólera, él no era idóneo para mi posición.

Sin embargo, resuelto a vencer mi paciencia a fuerza de obstinación, continuó su escándalo con tal éxito que al fin me irrité; y presintiendo que iba a estropearlo todo por una actitud excesiva, tomé partido de una manera distinta. Me levanté sin decir nada y fui hacia el fusil, que no encontré; se lo pedí y me lo dio, rebosando de alegría por haber triunfado. Yo manejé el fusil, encendí la candela, tomé por la mano a mi hombrecito y lo llevé tranquilamente a un gabinete vecino cuyos postigos estaban cerrados, y en donde no había nada que romper: le dejé a oscuras; luego, cerrando la puerta con llave, me volví a acostar sin decirle una sola palabra. No es necesario que se pregunte si primero hubo escándalo, como yo me esperaba: no me conmoví. Al fin cesó el ruido; escuché, y comprendí que se sosegaba y me tranquilicé. Al día siguiente entré

al amanecer en el gabinete; encontré a mi pequeño rebelde echado sobre una cama durmiendo con un sueño profundo, del que luego de tanta fatiga debía tener gran necesidad.

No acabó aquí el asunto. la madre supo que el niño había pasado los dos tercios de la noche fuera de su lecho. Al momento todo se perdió, y el niño se mostraba como muerto. Viendo la ocasión propicia para vengarse, se fingió enfermo, sin prever que no ganaría nada con ello. Se llamó al médico. Desgraciadamente para la madre, este médico era un guasón, que, para burlarse de sus sustos, se dispuso a aumentarlos. Sin embargo me dijo al oído: dejadme hacer, yo os prometo que el niño quedará curado por algún tiempo del capricho de sentirse enfermo. En efecto, fueron prescritas la dieta y el reposo, e intervino el boticario. Yo suspiraba al ver a esta pobre madre burlada de este modo por cuantos le rodeaban, excepto yo, a quien ella tomó ojeriza, precisamente porque no la engañaba.

Luego de reproches muy duros, ella me dijo que su hijo estaba delicado, que era el heredero único de su familia y que precisaba conservarlo al precio que fuera, y que no quería que se le contrariase. En esto yo estaba de completo acuerdo, salvo que ella entendía por contrariarle el no obedecerle en todo. Comprendí que era necesario emplear con la mano el mismo tono que con el hijo. "Señora —le dije muy fríamente—, yo no sé cómo se educa a un heredero, y, más aún, no quiero aprenderlo, podéis resolver lo que os parezca". Se tenía necesidad de mí durante algún tiempo más: el padre lo aplacó todo; escribió la madre al preceptor que apresurase su regreso, y el niño, viendo que no ganaba nada con perturbar mi sueño ni estar enfermo, tomó al fin el partido de dormir lo suficiente y de comportarse bien.

No podría imaginarse a cuántos caprichos del mismo género había sometido este pequeño tirano a su desventurado preceptor; pues la educación se desarrollaba en presencia de la madre, quien no soportaba que el heredero fuese desobedecido en nada.

A cualquier hora que él quisiera salir, era necesario estar a punto para llevarlo, o más aún para seguirle, y él tenía siempre gran cuidado en escoger el momento en que veía más ocupado a su preceptor. Él quiso emplear conmigo el mismo método, y a vengarse un día del descanso a que estaba obligado a tener por la noche. Yo me presté gustoso a todo, y comencé por demostrar a sus propios ojos el placer que sentía en complacerle; después de esto, cuando llegó la ocasión de curarle de su capricho, procedí de manera distinta.

Se precisaba primero hacerle comprender su sinrazón, y esto no fue difícil. Sabiendo que los niños no piensan nunca sino en el presente, tomé sobre él la fácil ventaja de la previsión; cuidé de procurarle en la casa una diversión que yo sabía era en extremo de su gusto; y, en el momento en que le vi más infatuado, le propuse dar un paseo; me rechazó; insistí, y no me escuchó, se imponía el rendirme y él notó precisamente en sí mismo este signo de sujeción.

Al día siguiente llegó mi turno. Como había previsto, él se aburría; yo, por el contrario, parecía profundamente ocupado. No se precisaba mucho para determinararlo. No soslayó el venir a arrancarme de mi trabajo para llevarle lo más pronto a pasear. Yo me negué; él se obstinó. "No —le dije—; al hacer vuestra voluntad me habéis enseñado a hacer la mía yo no quiero salir". "Muy bien —replicó vivamente—, yo saldré solo". "Como queráis". Y reanudé mi trabajo.

Él se vistió con inquietud al ver que yo le dejaba hacer y que no le imitaba. Dispuesto a salir, se acercó a saludarme; yo le saludé, trató de alarmarme mediante el relato de las carreras que iba a dar; oyéndole, se hubiese creído que él iba al fin del mundo. Sin conmoverme, le deseé un buen viaje. Aumentó su embarazo. Sin embargo, aparentó sosiego y, a punto de salir ordenó a su lacayo que le siguiera. El lacayo, ya prevenido, respondió que no tenía tiempo, y que, obediente a mis órdenes, él debía obedecerme antes que a él. El impacto le anonadó. ¿Cómo concebir que se le dejase salir solo a él que se creía el ser importante sobre los demás, y que pensaba que el cielo y la tierra estaban interesados en su conservación? No obstante, comenzó a sentir su debilidad; comprendió que se iba a encontrar solo en medio de gentes que no le conocían; previó los riesgos que iba a correr; la obstinación le sostuvo aún; descendió lentamente la escalera muy sobrecogido. Finalmente llegó a la calle consolándose un poco del mal que le podía acarrear la esperanza de que de él me haría responsable.

Esto era lo que yo esperaba; todo estaba preparado de antemano y como se trataba de una especie de escena pública, yo había conseguido previamente el consentimiento del padre. Apenas había dado algunos pasos, cuando oyó a derecha e izquierda diversas alusiones a su conducta. "Vecino, el encantador niño ¿adónde va así solo? Va a perderse; quiero suplicarle que se quede con nosotros". "Vecina, guardaos bien de hacerlo. ¿No veis que es un pequeño libertino al que se ha echado de la casa de su padre porque él no quería hacer nada?" "No es preciso apartar a los libertinos; dejadle ir a donde quiera." "Hagámoslo así que Dios le guíe; me disgustaría que le sucediese una desgracia". Un poco más lejos encontró pilluelos de casi su edad que le abordaron y se mofaron de él. Cuanto más avanzaba, más aumentaba su embarazo. Solo y sin

protección se veía juguete de todo el mundo, y comprobó con gran sorpresa que sus charreteras y su paramento de oro no le hacían demasiado respetable.

Entre tanto, uno de mis amigos, al que él no conocía, y al que yo había encargado de vigilarle, le seguía paso a paso sin que él lo advirtiese, y le abordó cuando llegó el momento. Este papel, que se asemejaba al de Sbrigani en *Pourceaugnac*, exigía un hombre fuerte, y fue perfectamente desempeñado. Sin obligar al niño a timideces ni a temores, causándole demasiada preocupación, le hizo comprender la imprudencia de su calaverada, de tal modo que al cabo de una media hora me lo trajo manejable, confuso y sin atreverse a levantar los ojos.

Para completar el desastre de su expedición, precisamente en el momento en que él entraba. descendía su padre para salir, y lo encontró en la escalera. Era necesario decir de dónde venía y por qué no estaba yo con él.¹⁸ El pobre niño hubiese querido hallarse cien pies bajo tierra. Sin entretenerse en largarle una extensa reprimenda, le dijo el padre más secamente que yo hubiera esperado: "Cuando queráis salir solo, sois dueño de hacerlo; pero, como yo no quiero un bigardo en mi casa, cuando esto ocurra, tened cuidado para no volver a entrar".

En cuanto a mí, le recibí sin reproche y sin mofa, sino con un poco de gravedad; y por temor a que él sospechase que todo lo que había ocurrido era sólo un juego, yo no quise llevarle a pasear el mismo día. Al día siguiente yo vi con gran placer que él pasaba conmigo con aire de triunfo por delante de las mismas gentes que de él se mofaron la víspera al encontrarle solo. Se comprende perfectamente que no volviera a amenazarme más con salir sin mí.

Fue, por tanto, empleando estos medios y otros semejantes como, durante el poco tiempo que estuve con él, conseguí hacerle ejecutar todo lo que yo quise sin prescribirle nada, sin prohibirle nada, sin sermones, sin exhortaciones, sin cansarle con lecciones inútiles. En tanto que yo hablaba, él se mostraba contento; pero mi silencio le imponía el temor; comprendía que alguna cosa no estaba bien, y siempre la lección derivaba para el de la cosa misma. Pero prosigamos.

No solamente estos continuos ejercicios, confiados de tal forma a la única dirección de la naturaleza, fortifican el cuerpo, sino que no embotaban el espíritu; por el contrario, forman en nosotros la sola especie de razón de que es susceptible la primera edad, y la que es más necesaria en cualquiera de las edades. Ellos nos enseñan a conocer bien el empleo de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos circundantes, el uso de los instrumentos naturales que están a nuestro alcance y que convienen a nuestros órganos. ¿Existe alguna estupidez semejante a la de un niño criado siempre en la habitación y bajo la mirada de su madre, que, ignorando lo que es peso y lo que es resistencia, quiere arrancar un árbol corpulento o mover una roca? La primera vez que yo salí de Ginebra, quise seguir a un caballo al galope, y arrojé piedras contra la montaña de Salève, que se hallaba a dos leguas de mí; juguete de todos los niños del poblado, yo era un verdadero idiota para ellos. A los dieciocho años se aprende en filosofía lo que es una palanca: no existe un pequeño aldeano de doce años que no sepa servirse de una palanca mejor que el primer mecánico de la academia. Las lecciones que los escolares adquieren entre sí en el patio del colegio les son cien veces más útiles que todo cuanto se les pueda decir jamás en la clase.

Ved un gato entrar por primera vez en un cuarto; él visita, mira, olfatea, no queda un minuto en reposo, y no se fía de nadie sino después de haberlo examinado todo, conocido todo. Del mismo modo hace un niño comenzando a caminar y, entrando por así decirlo en el espacio del mundo. Toda la diferencia es que a la vista, común al niño y al gato, el primero une para observar las manos que le dio la naturaleza, y el otro el olfato sutil con que ella le ha dotado. Esta disposición, bien o mal cultivada, es la que hace a los niños ligeros o pesados, lentos o dispuestos, atolondrados o prudentes.

Estando los primeros movimientos naturales del hombre en disposición de medirse con todo lo que le rodea, y de comprobar en cada objeto todas las cualidades sensibles que con él pueden relacionarse, su primer estudio es una especie de física experimental relativa a su propia conservación y de la cual se le deriva hacia estudios especulativos antes de que él haya reconocido su lugar aquí. En tanto que sus órganos delicados y flexibles pueden ajustarse a los cuerpos sobre los que deben actuar, en tanto que sus sentidos puros aún queden exentos de ilusión, se está a tiempo de ejercitar los unos y los otros para las funciones que les son propias; se está a tiempo de enseñar a conocer las relaciones sensibles que tienen las cosas con nosotros. Como todo cuanto penetra en el entendimiento humano viene por los sentidos, la primera razón del hombre es una razón sensitiva; es la que sirve de base a la razón intelectual: nuestros primeros profesores de filosofía son nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos. Sustituir con libros todo esto no es enseñarnos a

¹⁸ En caso semejante, se puede sin riesgo exigir la verdad de un niño, pues él sabe bien que entonces no acertaría a disimularla, y que, si se atreviese a decir una mentira, al instante se le descubriría.

razonar, es enseñarnos a servirnos de la razón de los demás; es enseñarnos a creer mucho, y a no saber nunca nada.

Para cultivar un arte, es necesario comenzar por procurarse los instrumentos indispensables; para poder emplear útilmente estos instrumentos, es preciso hacerlos bastante sólidos para resistir a su uso. Para aprender a pensar, es preciso, pues, ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos, nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia y para obtener todo el partido posible de estos instrumentos, es necesario que el cuerpo, que los facilita, sea robusto y sano. De este modo, lejos de que la verdadera razón del hombre se forme independientemente del cuerpo, es la buena constitución de éste la que hace fáciles y seguras las operaciones del espíritu.

Al demostrar en qué debe ser empleada la prolongada ociosidad de la infancia, yo entro en un detalle que parecerá ridículo. Agradables lecciones se me dirán, que, recayendo bajo vuestra propia crítica, se limitan a enseñar aquello que no hay necesidad alguna de aprender. ¿Por qué consumir el tiempo en instrucciones que derivan siempre de sí mismas y no cuestan ni trabajos ni cuidados? ¿Qué niño de doce años no conoce todo cuanto queréis enseñarle al vuestro, y, además, lo que sus maestros le han enseñado?

Os equivocáis: yo enseñé a mi alumno un arte muy extenso, muy penoso, y que seguramente no poseen los vuestros; este arte es el de ser ignorante: pues la ciencia de cualquiera que cree saber lo que sabe se reduce a muy poca cosa. Vosotros dais la ciencia muy temprano; yo me ocupé del instrumento propio para adquirirla. Se cuenta que un día los venecianos, al enseñar con gran pompa su tesoro de san Marcos a un embajador de España, éste, por todo cumplimiento, dijo después de haber contemplado lo expuesto: *Qui non c'e la radise*.¹⁹ Yo no veo jamás a un preceptor resaltar el saber de su discípulo, sin estar tentado de decir otro tanto.

Todos cuantos han reflexionado sobre la manera de vivir de los antiguos atribuyen a los ejercicios de la gimnástica ese vigor de cuerpo y alma que les distingue muy sensiblemente de los modernos. La forma en que Montaigne apoya este sentimiento demuestra que estaba intensamente penetrado de él; e insiste en ello sin cesar y de mil maneras. Hablando de la educación de un niño, para fortalecer el alma es preciso decirle que él debe endurecer los músculos; acostumbándole al trabajo se le acostumbra al dolor; es necesario adiestrarle en la aspereza de los ejercicios para rehacerlo en lo agudo de la dislocación, del cólico y de todos los males. El prudente Locke, Rollin el bueno, el sabio Fleury y el pedante de Crouzas, tan diferentes entre sí en todo lo demás, concuerdan en un solo punto: el de ejercitar mucho el cuerpo de los niños. Este es el más juicioso de sus preceptos; y el que será más descuidado siempre. He hablado ya suficientemente de su importancia, y como no se puede dar mejores razones ni reglas más sensatas que cuantas se encuentran en el libro de Locke, yo me contentaré con remitirme a él, después de haberme tomado la libertad de agregar algunas observaciones a las suyas.

Los miembros de un cuerpo en crecimiento deben estar todos ellos vestidos ampliamente; nada debe impedir su movimiento ni su crecimiento; nada ha de estar demasiado justo, nada debe plegarse a su cuerpo, el que debe estar exento de ligaduras. El vestuario francés, molesto y malsano para los hombres, es pernicioso sobre todo para los niños. Los humores estancados, detenidos en su circulación, encenagados en un descanso que aumenta la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y ocasionan el escorbuto, enfermedad cada día más común entre nosotros, y casi ignorada de los antiguos, a los que preservaba de ella su manera de vestirse y de vivir. La vestimenta del húsar, lejos de remediar este inconveniente, lo aumenta, y para salvar a los niños de algunas ligaduras, los presiona por todo el cuerpo. Lo que se debe hacer mejor es dejarlos en faldones tanto tiempo como sea posible, pues se les facilita una ropa muy amplia y no preocuparse por marcar su talle, lo que no sirve sino para deformarle. Los defectos del cuerpo y del espíritu proceden casi todos de la misma causa, se les quiere hacer hombres antes de tiempo.

Existen colores alegres y colores tristes: los primeros son más del gusto de los niños y les sientan mejor también; yo no veo el porqué no se consulta en esta cuestión las conveniencias tan naturales; pero desde el momento en que prefieren una tela porque es valiosa, sus corazones están ya entregados al lujo, a todos los caprichos de la opinión; y este gusto no deriva seguramente de ellos mismos. No se podría decir en qué forma la elección de las ropas y los motivos de esta elección influyen en la educación. No solamente existen madres ciegas que prometen a sus hijos adornos como recompensas, sino que se ve también insensatos preceptores amenazar a sus alumnos con un traje más burdo y más sencillo, como si se tratase de un castigo. "Si no estudiáis más, si no conserváis mejor vuestros vestidos, se os vestirá como a este pequeño aldeano". Es como si les dijese: "Sabed que el hombre no es nada sino es por sus ropas, que vuestro premio

¹⁹ Aquí no existe raíz.

esté todo en las vuestras." ¿Cómo hemos de asombrarnos, si tan sabias lecciones influncian a la juventud, que ésta sólo estime los adornos, y que no considere el mérito sino por su exterior?

Si yo tuviese que intervenir en el cerebro de un niño así mimado, cuidaría de que sus ropas más valiosas fuesen las más incómodas, que él fuese siempre molesto, siempre constreñido, siempre sujeto de mil maneras, y haría que la libertad y la alegría huyesen ante su magnificencia; si él deseara mezclarse en los juegos de los otros niños más sencillamente puestos, todo cesaría, todo desaparecería al momento. Finalmente, yo le molestaría, yo le saciaría de tal modo con su lujo, le convertiría de tal manera en esclavo de su traje dorado, que haría de todo ello el azote de su vida y él vería con menos susto el calabozo más oscuro que los componentes de sus galas. En tanto que no se ha sujetado el niño a nuestros prejuicios, su primer deseo es siempre el de encontrarse a su gusto y libre; el traje más sencillo, el más cómodo, el que menos le aprisione, es siempre el más valioso para él.

Existe un hábito del cuerpo conveniente para los ejercicios y otro más conveniente a la inacción. Éste, dejando a los humores un curso igual y uniforme, debe garantizar al cuerpo de las alteraciones del aire; el otro, haciéndole pasar sin cesar de la agitación al reposo y del calor al frío, debe acostumbrarle a las mismas alteraciones. De todo esto se deduce que las personas hogareñas y sedentarias deben vestirse cálidamente en todo tiempo, a fin de conservar el cuerpo en una temperatura uniforme, casi la misma en todas las estaciones y a todas las horas del día. Por el contrario, cuantos van y vienen, al viento, al sol, a la lluvia, que actúan mucho y pasan la mayor parte de su tiempo *sub dio*²⁰ deben estar siempre ligeramente vestidos, a fin de habituarse a todas las vicisitudes del aire y a todos los grados de temperatura, sin que les trastornen. Yo aconsejaría a unos y a otros que no cambien la ropa según las estaciones, y ésta será la práctica constante de mi Emilio; para ello decidiré que no lleve en el verano sus ropas de invierno, como las gentes sedentarias, sino que lleve en invierno sus ropas de verano, como las gentes laboriosas. Este último uso fue el del caballero Newton durante toda su vida y vivió ochenta años.

Poco o ningún cuidado del pelo en toda estación: los antiguos egipcios llevaban siempre la cabeza desnuda; los persas la cubrían con grandes tiaras, y todavía las cubren con grandes turbantes, cuyo uso según Chardin lo hace necesario el aire del país. Yo he subrayado en otro lugar la distinción que hizo Herodoto sobre un campo de batalla entre los cráneos de los persas y los de los egipcios. Como interesa que los huesos de la cabeza se hagan más duros, más compactos, menos frágiles y menos porosos, para armar mejor al cerebro, no solamente contra las heridas, sino contra los catarros, las fluxiones, y todas las impresiones del aire, acostumbrad a vuestros hijos a permanecer con la cabeza desnuda siempre, día y noche, invierno y verano. Que si para la limpieza y para tener sus cabellos en orden le queréis dar un tocado durante la noche, que éste sea un gorro ligero, visible y semejante a una red como la que emplean los vascos para envolver sus cabellos. Yo sé bien que la mayoría de las madres, más partidarias de la observación de Chardin que de mis razones, creerán hallar por todas partes el viento de Persia; pero no he escogido a mi alumno europeo para hacer de él un asiático.

En general, se viste demasiado a los niños, y sobre todo durante la primera edad. Sin embargo, convendría más endurecerles al frío que al calor: el mucho frío no les incomoda nunca, cuando a él se les deja expuestos muy pronto; pero el tejido de su piel demasiado tierno y demasiado flexible aún, al dejar libre con exceso el paso a la transpiración, les conduce con el calor extremo a un agotamiento inevitable. Por ello subrayamos que mueren más en el mes de agosto que en ningún otro mes. Además parece comprobarse, por la comparación de los pueblos del norte con los del mediodía, que se es más robusto soportando el exceso del frío que el exceso del calor. Pero a medida que el niño crece y que sus fibras se fortifican, acostumbrarle poco a poco a desafiar los rayos del sol; caminando por grados, le endureceréis sin peligro para los ardores de la zona tórrida.

Locke, entre los preceptos enérgicos y sensatos que nos da, recae en contradicciones que no esperarían de un razonador tan exacto. Este mismo hombre, que quiere que los niños se bañen en verano en agua helada, no quiere, cuando ellos están calientes, que beban cosas frescas, ni que se echen en la tierra en los lugares húmedos.²¹ Pero puesto que él quiere que los zapatos de los niños se empapen de agua en todos los tiempos, ¿por qué se opone a que el niño la tome cuando siente calor? ¿Y no puede hacer con el cuerpo, con relación a los pies las mismas inducciones que hace de los pies con relación a las manos y del cuerpo

²⁰ Al aire libre.

²¹ Como si los pequeños campesinos escogiesen la tierra bien seca para sentarse y para acostarse, o como si se hubiera oído decir nunca que la humedad de la tierra hubiese hecho daño a cualquiera de ellos. Teniendo en cuenta las opiniones de los médicos, podría creerse que los salvajes están todos baldados por los reumatismos.

con relación al rostro? Si queréis, le diría yo, que el hombre sea todo rostro, ¿por qué me criticáis el querer que sea todo pies?

Para impedir beber a los niños cuando tienen calor, él prescribe acostumbrarles a comer previamente un trozo de pan antes de beber. Es casi extraño que, cuando el niño tiene sed, haga falta darle de comer. Por lo mismo, yo preferiría, cuando él tenga hambre, darle de beber. Jamás se me persuadirá de que nuestros primeros apetitos sean tan desordenados, que no se pueda satisfacerlos sin exponernos a perecer. Si esto fuese así, el género humano se hubiera destruido cien veces antes de aprender todo lo necesario para su conservación.

Siempre que Emilio siente sed, quiero que se le dé de beber; deseo que se le dé agua pura y sin ninguna preparación, incluso hacérsela beber aunque estuviese empapado en sudor o se estuviese en el rigor del invierno. El único cuidado que yo recomiendo es el de distinguir la cualidad de las aguas. Si es agua de río, dádsela sobre el mismo lugar en que surja del río; si es agua de fuente, es necesario dejar que se airee antes que se la beba. En las estaciones cálidas, los ríos están calientes; no sucede lo mismo en cuanto a las fuentes, que no han recibido el contacto del aire; es necesario esperar a que estén a la temperatura de la atmósfera. Por el contrario, en el invierno el agua de fuente es a este respecto menos peligrosa que el agua de río. Pero no es natural ni frecuente que se tenga sudor en invierno, sobre todo al aire libre; pues el aire frío, actuando incesantemente sobre la piel, repliega el sudor al interior e impide a los poros abrirse lo suficiente para darle paso libre. Además, yo no pretendo que Emilio se ejercite en invierno junto a un buen fuego, sino al exterior, en pleno campo, en medio de los hielos. En tanto que él sólo se caliente haciendo y lanzando bolas de nieve, dejémosle beber cuando tenga sed; que continúe ejercitándose después de haber bebido y no temamos accidente alguno. Que si por otro ejercicio suda y tiene sed, que beba frío, incluso en este tiempo. Únicamente obrar de modo que vaya lejos y a pasos lentos a buscar su agua. Dado el frío que se supone, estará suficientemente refrescado para beberla al llegar sin ningún peligro. Sobre todo tomad estas precauciones sin que él se dé cuenta. Preferiría más que estuviese alguna vez enfermo que atento de continuo a su salud.

Los niños necesitan un sueño prolongado, porque hacen un ejercicio extraordinario. El uno sirve de correctivo al otro; así se ve que ellos tienen necesidad de ambos. El tiempo de descanso es el de la noche y está marcado por la naturaleza. Es una observación constante que el sueño es más tranquilo y más dulce en tanto que el sol está bajo el horizonte, y que el aire caliente de sus rayos no mantiene nuestros sentidos en una calma tan grande.

Así el hábito más saludable es ciertamente levantarse y acostarse con el sol. Deduciéndose que en nuestros climas el hombre y todos los animales tienen, en general, necesidad de dormir mucho más tiempo en invierno que en verano. Pero la vida civil no es tan sencilla, natural, tan exenta de revoluciones, de accidentes, para que se deba acostumbrar el hombre a esta uniformidad, hasta el punto de hacerla necesaria. No hay duda que es necesario someterse a las reglas, pero la primera es poder infringirla sin riesgo cuando lo quiere la necesidad. No vayáis, por tanto, a debilitar indiscretamente a vuestro alumno en la continuidad de un sueño pacífico, que no sea interrumpido jamás. Someterle primero sin trabas a la ley de la naturaleza, pero no olvidéis que entre nosotros debe estar por encima de esta ley; que debe poder acostarse tarde, levantarse temprano, ser despertado bruscamente, pasar las noches en pie, sin que por ello sea incomodado. Operando con cautela, caminando siempre despacio y por grados, se forma el temperamento para las mismas cosas que lo destruyen cuando se le somete ya formado del todo.

Importa acostumbrarse desde el principio a dormir mal acostado; es el medio de no encontrar mala ninguna cama. En general, la vida dura, una vez convertida en hábito, multiplica las sensaciones agradables; la vida muelle, prepara para una infinidad de disgustos. Las gentes criadas demasiado delicadamente no duermen sino sobre plumas, las gentes acostumbradas a dormir sobre tablas, duermen siempre.

Un lecho blando, en el que uno se entierra en la pluma o en el edredón, destruyen y disuelven el cuerpo, por decirlo así. Los riñones envueltos demasiado cálidamente se irritan. De esto resultan a menudo la piedra u otras molestias, e infaliblemente una complexión delicada que les afecta.

La mejor cama es la que procura un sueño mejor. Esto es para lo que nos preparamos Emilio y yo durante la jornada. No tenemos necesidad de que nos traigan esclavos de Persia para hacer nuestras camas; labrando la tierra, mullimos nuestros colchones.

Conozco por experiencia que, cuando un niño está sano, es posible hacerle dormir y despertar casi a voluntad. Cuando el niño está acostado, y con su charla molesta a su ama, ella le dice: "Dormid". Es como si le dijera: "¡Portaos bien!", cuando está enfermo. El verdadero medio de hacerle dormir es cansarle a él mismo. Hablad tanto que él se vea obligado a callarse, y muy pronto se dormirá: los sermones son siempre

buenos para algo; tanto significa predicarle como acunarle; pero si empleáis por la noche ese narcótico, libraos de emplearlo durante el día.

Yo despertaré algunas veces a Emilio, menos por temor a que tome el hábito de dormir mucho tiempo como para acostumbrarle a todo, incluso a ser despertado bruscamente. Además, yo tendría muy poco talento para mi cargo si no supiese forzarle a despertarse por sí mismo y a levantarse, por decirlo así, a voluntad mía, sin decirle una sola palabra.

Si él no duerme lo suficiente, le doy a entender que la mañana del día siguiente será complicada, para que él mismo considere como ganado todo lo que pueda robar al sueño. Si él duerme demasiado, yo le brindo al despertar una diversión de su gusto. Si quiero que él se despierte en el momento preciso, yo le digo: "Mañana a las seis se sale para la pesca, se va a pasear hasta tal lugar; ¿queréis ser uno de ellos?" Él consiente y me suplica que le despierte; yo prometo, o no, según la necesidad; si se despierta demasiado tarde, ve que he marchado. Y tendrá pesar si no aprende muy pronto a despertarse por sí mismo.

Aparte de esto, si aconteciera, lo que es raro, que algún niño indolente tuviese inclinación a aniquilarse en la pereza, no es necesario librarle de esa inclinación, en la que él se mantendría de todos modos, sino administrarle algún estimulante que le despierte. Se concibe que no es cuestión de hacerle obrar por la fuerza, sino de avivarle mediante algún apetito; y este apetito escogido en el orden de la naturaleza nos lleva a la vez a dos fines.

Yo no imagino nada que pueda impedir que con un poco de destreza evite inspirar el gusto, incluso el furor, a los niños sin vanidad, sin emulación, sin celos. Su vivacidad, su espíritu imitador, bastan; sobre todo su alegría natural, instrumento cuyo manejo es seguro y del cual no debe olvidarse un preceptor. En todos los juegos en que están bien persuadidos de que sólo se trata de un juego, ellos sufren sin quejarse, incluso riendo, lo que no soportarían jamás de otro modo sin verter torrentes de lágrimas. Los prolongados ayunos, los golpes, las quemaduras, las fatigas de toda clase, son las diversiones de los jóvenes salvajes; prueba de que el mismo dolor tiene su tratamiento que puede quitarle la amargura; pero no corresponde a todos los maestros el saber poner a punto este guiso, ni suelen todos los discípulos saborearlo sin regateo. Heme aquí de nuevo, si no me pongo en guardia, extraviado con las excepciones.

Sin embargo, lo que no se sufre es la sujeción del hombre al dolor, a los males de su especie, a los accidentes, a los peligros de la vida, a la muerte, en fin cuanto más se le familiarice con estas ideas, más se le curará de la importuna sensibilidad que agrega al mal la impaciencia de sufrirlo cuanto más se le familiarice con los sufrimientos que pueden afectarle, más se le quitará, como dice Montaigne, la picadura de la extravagancia, y más se le hará invulnerable y dura su alma; su cuerpo será la coraza que rechazará todos los dardos que pudieran alcanzarle en lo vivo. La misma proximidad de la muerte no siendo la muerte, apenas la sentirá como tal; y no morirá, por decirlo así, y estará vivo o muerto, nada más. Es de él de quien el mismo Montaigne pudo decir, como dijo de un rey de Marruecos, que ningún hombre ha vivido a menos que antes no haya muerto. La constancia y la firmeza son así como las restantes virtudes, aprendizajes de la infancia pero no enseñándoles sus nombres a los niños a quienes se les enseña, es hacérselas gustar, sin que sepan lo que son.

Pero a propósito del morir, ¿cómo nos conduciremos con nuestro alumno por lo que se refiere al peligro de la viruela? ¿Le inyectaremos en edad temprana o esperaremos a que le ataque naturalmente? La primera decisión, más de acuerdo con nuestra práctica, evita el peligro en el momento en que la vida es más valiosa, al riesgo de aquella en que lo es menos, caso de que se pueda dar el nombre de riesgo a la inoculación bien administrada.

Pero la segunda está más de acuerdo con nuestros principios generales de dejar obrar a la naturaleza en todo lo que prefiere hacer sola, y que abandona tan pronto como el hombre quiere intervenir en ella. El hombre de la naturaleza está preparado siempre: dejémosle atacar por esta maestra, y él escogerá mejor que nosotros el momento preciso.

No vayáis a deducir de todo lo dicho que yo repruebo la inoculación; pues el razonamiento sobre el cual yo eximo a mi alumno cuadraría mal para los vuestros. Vuestra educación los prepara para no escapar a la viruela en el momento en que sean atacados por ella; si dejáis que llegue por azar, es probable que ellos perezcan. Yo veo que en los diversos países donde más se resiste la inoculación, se hace ésta más necesaria y la razón se percibe fácilmente. Apenas si yo me dignaría tratar esta cuestión con referencia a mi Emilio. Éste será inoculado, o no lo será, según los tiempos, los lugares, las circunstancias: cosa indiferente para él. Si le atacara la viruela, se tendría la ventaja de prever y conocer su mal de antemano; esto significa ya alguna cosa; pero si le prende naturalmente, le habremos preservado del médico, que es todavía más importante.

Una educación exclusiva, que solamente tiende a distinguir del pueblo a aquellos que la han recibido, prefiere siempre las instrucciones más costosas a las más comunes, e incluso a las más útiles. Por ello, los jóvenes educados con cuidado aprenden todos a montar a caballo, porque resulta caro; pero casi ninguno de ellos aprende a nadar, porque esto no cuesta nada, y porque un artesano puede saber nadar tan bien como cualquier otro. Sin embargo, sin haber hecho aprendizaje, un viajero monta a caballo y en él se mantiene y de él se sirve bastante cuando lo necesita; pero en el agua, si no se nada se ahoga, y no se nada sin haber aprendido. Además, no se está obligado a subir a caballo bajo pena de la vida, y en cambio nadie está seguro de evitar un peligro al cual se está expuesto tan a menudo. Emilio estará en el agua como en la tierra. ¡Que pueda vivir en todos los elementos! Si se le pudiera enseñar a volar por los aires, yo haría de él un águila; y haría de él una salamandra, si se le pudiera endurecer al fuego.

Se teme que un niño se ahogue aprendiendo a nadar; que se ahogue aprendiendo o por no haber aprendido, será siempre culpa vuestra. Es la única vanidad que nos hace temerarios; no se es cuando nadie nos ve: Emilio no lo sería, aun cuando fuese visto por todo el universo. Como el ejercicio no depende del riesgo, en un canal del parque de su padre aprendería a atravesar él el Helesponto; pero es necesario familiarizarse con el riesgo mismo, para aprender y no confundirse; ésta es una parte esencial del aprendizaje a que me vengo refiriendo. Además, atento a medir el peligro y sus fuerzas y a compartirlo siempre con él, no tendría ninguna imprudencia que temer, dado que yo regularía el cuidado de su conservación por el que yo debo a la mía.

Un niño es menos grande que un hombre; carece de fuerza y de razón, pero ve y oye tan bien como él o casi como él; tiene el gusto tan sensible, aun cuando lo tenga menos delicado, y distingue tan bien los olores aunque no ponga en ello la misma sensualidad. Las primeras facultades que se forman y se perfeccionan en nosotros son los sentidos. Por tanto, éstos son los primeros que habría que cultivar; son los únicos que se olvidan o los que se descuidan más. Ejercitar los sentidos no es solamente hacer uso de ellos, es aprender a manejarlos bien, es aprender, por decirlo así, a sentir; pues no sabemos ni tocar, ni ver, ni oír, sino en la medida que lo hemos aprendido.

Existe un ejercicio puramente natural y mecánico que sirve para robustecer el cuerpo sin dar ninguna participación al juicio: nadar, correr, saltar, desgastar unos zuecos, tirar piedras. Todo esto está muy bien, pero, ¿no tenemos nada más que brazos y piernas? ¿No tenemos también ojos y oídos? ¿Y estos órganos son tan superfluos para el uso de los primeros? No ejercitéis solamente las fuerzas, ejercitar todos los sentidos que las dirigen; obtened de cada uno de ellos todo el partido posible, comprobando después la impresión del uno en el otro. Medid, contad, pesad, comparad. No empleéis la fuerza sino después de haber calculado la resistencia; obrad siempre de modo que la estimación del efecto preceda al uso de los medios. Interesad al niño para que jamás haga esfuerzos insuficientes o superfluos. Si de este modo le acostumbráis a prever el efecto de todos sus movimientos, y a corregir sus errores por la experiencia, ¿no es evidente que cuanto más actúe más juicioso se hará?

Se trata de quebrantar una masa; si toma una palanca demasiado larga, producirá demasiado movimiento; si la toma corta, no tendrá bastante fuerza; la experiencia le puede enseñar a escoger precisamente el instrumento que necesite. Esta sabiduría no está por encima de su edad. Si se trata de llevar un fardo, si quiere tomarlo tan pesado que pueda llevarlo sin haber comprobado que lo levanta, no estará obligado a calcular con la vista el peso. Si sabe comparar masas de la misma materia y de diferentes grosores, que escoja entre las masas del mismo grueso y de diferentes materias; convendrá que se aplique a comparar sus pesos específicos. Yo he visto un joven muy bien educado que no quería creer, hasta comprobarlo, que un cubo lleno de grandes astillas de encina fuese menos pesado que el mismo cubo lleno de agua.

No somos igualmente dueños del uso de todos nuestros sentidos. Existe uno, a saber, el tacto, cuya acción no se suspende jamás cuando se está despierto; él ha sido distribuido sobre toda la superficie de nuestro cuerpo, como una guardia continua para advertirnos de todo cuanto pueda perjudicarlo. Es también por el cual de bueno o mal grado adquirimos lo más pronto posible la experiencia para este ejercicio continuo y al que, en consecuencia, tenemos menos necesidad de dar un cultivo particular. No obstante, observamos que los ciegos tienen el tacto más seguro y más fino que nosotros, porque no siendo guiados por la vista, se ven obligados a aprender a obtener únicamente del primer sentido las sensaciones que nos proporciona el otro. ¿Por qué, pues, no nos ejercitamos en caminar, como ellos, en la oscuridad, a conocer los cuerpos que no podemos alcanzar, a considerar los objetos que nos rodean, a hacer, en una palabra, de noche y sin luz todo lo que ellos hacen de día y sin ojos? En tanto que el sol luce tenemos ventajas sobre ellos: en las tinieblas, ellos son nuestros guías, por el contrario. Somos ciegos la mitad de la vida; con la diferencia de que los verdaderos ciegos saben siempre conducirse, y de que nosotros no nos atrevemos a dar

un paso en plena noche. Se me dirá que tenemos la luz. ¡Y qué! ¡Siempre máquinas! ¿Quién os asegura que las tendréis en el momento que os sean necesarias? En cuanto a mí, prefiero más que Emilio tenga ojos en la punta de sus dedos que en la tienda de un candelero.

Si estáis encerrados en un edificio en plena noche, palmotear; por la resonancia del lugar os daréis cuenta si el espacio es grande o pequeño, si estáis en medio o en un rincón. A medio pie de muro, el aire, menos circulante y más acordado, os dará una sensación distinta en el rostro. Permaneced en el lugar y volved sucesivamente hacia todos los lados; si existe una puerta abierta, os lo indicará una ligera corriente de aire. Si os encontráis en un barco conoceréis, según el aire os azote, no solamente el rumbo, sino también si la corriente del río os lleva lentamente o aprisa. Estas observaciones, y mil otras parecidas, no pueden hacerse bien sino de noche; se nos escapan, a pesar de la atención que queramos prestarle en pleno día, en que seremos ayudados o distraídos por la visión. No obstante, no hay todavía aquí ni manos ni palos. ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, sin que tengamos que tocar del todo!

Abundan los juegos nocturnos. Esta advertencia es más importante de lo que parece. La noche asusta naturalmente a los hombres, y algunas veces a los animales.²² La razón, los conocimientos, el espíritu, el valor, libertan a pocas personas de este tributo. Yo he visto a razonadores, espíritus fuertes, filósofos, militares intrépidos, en pleno día, temblar de noche como mujeres por el ruido de una hoja de árbol. Se atribuye este miedo a los cuentos de las nodrizas; es un error: existe una causa natural. ¿Cuál es esta causa? La misma que hace que los sordos sean desconfiados y el pueblo supersticioso: la ignorancia de las cosas que nos rodean y de cuanto sucede en torno nuestro.²³ Acostumbrado a percibir de lejos los objetos y a prever de antemano sus impresiones, ¿cómo, no viendo nada más que lo que me rodea, no he de descubrir

²² Este miedo se pone de manifiesto en los grandes eclipses de sol.

²³ Damos aquí otra causa, bien explicada por un filósofo, al que yo cito con frecuencia en este libro y de cuya amplia visión me valgo muy a menudo:

"Cuando, por circunstancias particulares, no podemos poseer una idea justa de la distancia, y no podemos juzgar los objetos sino por la amplitud del ángulo, o, mejor aún, de la imagen que ellos forman a nuestra vista, nos equivocamos entonces necesariamente respecto a la grandeza de estos objetos. Todo el mundo ha comprobado que viajando de noche se toma un arbusto próximo por un gran árbol que esté lejos, o bien se toma un árbol corpulento alejado por un arbusto que se encuentra cerca; del mismo modo, si no se conocen los objetos sino por su forma, y no se puede poseer por este medio idea alguna de la distancia, nos seguiremos confundiendo necesariamente todavía. Una mosca que pasara con rapidez a algunas pulgadas de distancia de nuestros ojos, nos parecería en este caso que era un pájaro que se encontraría a una enorme distancia; un caballo que estuviese sin movimiento en medio de un campo, y que conservara una actitud semejante, por ejemplo, a la de un carnero, no nos parecería más que un enorme carnero, en tanto que no comprobáramos que era un caballo; pero, desde que lo hubiéramos reconocido, nos parecería al momento del tamaño de un caballo, y rectificariamos al momento nuestro primer juicio. Todas las veces que nos encontremos por la noche en lugares desconocidos en donde no se pueda apreciar la distancia, y donde no se pueda reconocer la forma de las cosas a causa de la oscuridad, se estará en peligro de caer en todo momento en error respecto a los juicios que sean formulados sobre los objetos que se nos presenten. De aquí es de donde procede el miedo y la especie de temor interior que la oscuridad de la noche hace sentir a casi todos los hombres, es en esto sobre lo que se funda la aparición de espectros y de figuras gigantes y espantables que tantas personas dicen haber visto. Generalmente se les responde que estas figuras estaban en su imaginación, sin embargo, ellas podían estar realmente en sus ojos, y es muy posible que, en efecto, hayan visto aquello que dicen haber visto; pues debe necesariamente suceder, todas las veces en que sólo se pueda juzgar de un objeto por el ángulo que él forma en el ojo, que este objeto desconocido se ampliará y crecerá a medida que esté más cercano; y que si primero se apareció al espectador que no puede conocer lo que ve ni considerar a qué distancia lo ve; que si él apareció, digo yo primero de altura de algunos pies, cuando estaba a la distancia de veinte o treinta pasos, debe aparecer alto de varias toseas cuando se encuentre sólo alejado varios pies; esto que, en efecto, debe asombrarle y asustarle, hasta que al fin acabe por tocar el objeto y reconocerlo, pues en el instante mismo en que reconozca lo que es este objeto, que le parecía gigantesco, disminuirá de pronto y no le parecerá ya que tiene sino su real magnitud; pero si se le huye o no osamos aproximarnos a él, es seguro que no se tendrá de este objeto otra idea que la de la imagen que él formaba en el ojo, y se habrá visto realmente una figura gigantesca y espantable por el tamaño y por la forma. Por tanto, el prejuicio de los espectros está fundamentado en la naturaleza y estas apariciones no dependen, como lo creen los filósofos, únicamente de la imaginación." (*Historia natural*, t. VI, p. 22, infolio 12.)

Yo he tratado de demostrar en el texto cómo depende siempre en parte, y en cuanto a la causa explicada en este pasaje, que el hábito de marchar de noche debe enseñarnos a distinguir las apariencias que la semejanza de las formas y la diversidad de las distancias hacen tomar a los objetos ante nuestra vista en la oscuridad; pues, aun cuando el aire esté lo bastante claro para dejarnos percibir los contornos de los objetos, como hay más aire interpuesto en un mayor alejamiento, debemos ver siempre estos contornos menos marcados cuando el objeto esté más lejano de nosotros; lo que es suficiente a fuerza de hábito para garantizarnos del error que explica aquí Buffon. Sea cualquiera la explicación que se prefiera, mi método es, pues, siempre eficaz, y es el que la experiencia confirma perfectamente.

mil seres, mil, movimientos que pueden molestar y contra los cuales me es imposible garantizarme? Yo comprendo bien que me encuentro seguro en el lugar donde estoy, y no lo sabría nunca tan bien como viéndolo actualmente: continúo teniendo un tanto de temor que no lo tendría en pleno día. Sé, y es cierto, que un cuerpo extraño no puede actuar sobre el mío sin anunciarse por algún ruido, además, ¡cuán alerta tengo yo el oído constantemente! Al menor ruido del que no puedo discernir la causa, el interés de mi conservación me hace suponer primero todo lo que debo sospechar para mantenerme en guardia, y, por consecuencia, todo lo que es más propio para asustarme.

Aun cuando no oiga absolutamente nada, no por esto quedo tranquilo; pues sin ruido pueden sorprenderme todavía. Es necesario que yo suponga las cosas tales y como eran antes, tales y como deben continuar siéndolo, y que yo vea lo que no veo. De este modo, obligado a poner en juego mi imaginación, no tardaré en perder mi dominio, y cuanto he realizado para asegurarme no servirá sino para alarmarme más. Si oigo ruido, oigo ladrones; si no oigo nada, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el cuidado de conservarme sólo me facilita causas de temor. Todo cuanto debe tranquilizarme está sólo en mi razón; más fuerte que ella, el instinto me habla de manera opuesta. ¿A qué viene pensar que no se tiene nada que temer porque no se tiene nada que hacer?

La causa del mal hallado indica el remedio. En toda cosa, el hábito mata la imaginación; sólo los objetos nuevos son los que la reavivan. En cuantos se ven a diario, no es la imaginación la que actúa, es la memoria; y he aquí la razón del axioma: *Ab assuetis non fit passio*,²⁴ pues no es sino al fuego de la imaginación como las pasiones se encienden. No razonéis, pues, con aquel a quien queráis curar del horror de las tinieblas, llevadle con frecuencia a ellas, y estad seguros de que todos los argumentos de la filosofía no valdrán como esta práctica. Los albañiles no pierden la cabeza cuando están sobre los tejados, y no se sabe que tengan miedo en la oscuridad los que tienen la costumbre de estar en ella.

He aquí, por tanto, para nuestros juegos nocturnos, otra ventaja que agregar a la primera; pero para que estos juegos tengan éxito, insistiré en recomendar la alegría. Nada es tan triste como las tinieblas; no encerréis a vuestro hijo en un calabozo. Que ría al penetrar en la oscuridad: y que le vuelva la risa antes de que salga de ella; mientras él esté allí, la idea de las diversiones que deja y de las que volverá a encontrar le preserven de las imaginaciones que podrían venir a buscarle.

Existe un momento en la vida, pasado el cual se retrocede avanzando. Comprendo que he pasado ya este momento. Recomienzo, por decirlo así, una carrera distinta. El vacío de la edad madura, que se ha hecho sentir en mí, me retrotrae al dulce tiempo de la primera edad. Envejeciendo, yo vuelvo a ser niño y recuerdo con más gusto lo que hice a los diez años que a los treinta. Lectores, perdonadme el utilizar a veces mis ejemplos, pero para hacer bien este libro es necesario que lo haga con gusto.

Me encontraba en el campo como pensionista, en casa de un pastor llamado Lambercier. Tenía por compañero a un primo mío más rico que yo y que era presunto heredero, en tanto que, alejado de mi padre, yo era sólo un pobre huérfano. Mi primo Bernardo era sumamente cobarde, sobre todo de noche. Yo me burlaba tanto de su miedo, que el señor Lambercier, molesto por mis balandronadas, quiso poner a prueba mi valor. Una noche de otoño, que estaba muy oscura, me dio la llave del templo y me dijo que fuese a buscar la Biblia que se había dejado en el púlpito. Para estimular mi amor propio añadió algunas palabras que me impidieron retrocediese.

Marché sin luz; si la hubiese tenido, hubiera sido acaso peor todavía. Se precisaba pasar por el cementerio: yo lo atravesé gallardamente, pues, en tanto que me encontraba al aire libre, jamás tuve temores nocturnos.

Al abrir la puerta, percibí en la bóveda un cierto sonido parecido a voces, que empezó a quebrantar mi firmeza romana. Abierta la puerta, me dispuse a entrar, pero apenas hube dado algunos pasos me detuve. Al percibir la profunda oscuridad que reinaba en este vasto lugar, fui dominado por un terror que me puso los cabellos de punta: retrocedí, salí y me puse a huir todo tembloroso. En el patio encontré un perrito llamado Sultán, cuyas caricias me confortaron. Avergonzado de mi temor, volví sobre mis pasos, procurando sin embargo llevar conmigo a Sultán, que no quiso seguirme. Franqueé bruscamente la puerta y penetré en la iglesia. Apenas hube entrado el miedo volvió a dominarme, pero tan fuertemente que perdí la cabeza y aun cuando el púlpito estuviese a la derecha, y yo lo supiese muy bien, habiendo girado sin darme cuenta, lo busqué durante bastante tiempo a la izquierda, me desconcerté en los bancos, y no supe ya dónde estaba, y, no pudiendo encontrar ni el púlpito ni la puerta, quedé completamente trastornado. Al fin divisé la puerta, me hallé en condiciones de salir del templo, y me alejé de él como la primera vez, muy resuelto a no volver a entrar nunca solo como no fuera de día.

²⁴ La pasión no nace del hábito.

Llegué hasta la casa. Dispuesto a entrar, percibí la voz del señor Lambercier, quien reía a carcajadas. Yo comprendí en seguida que eran por mí, y confuso por ellas, dudé en abrir la puerta. Durante este intervalo, escuché a la señorita Lambercier que se inquietaba por mí, decir a la sirvienta que tomase la linterna, y el señor Lambercier se disponía a ir a buscarme, escoltado por mi intrépido primo al que nadie hubiera olvidado atribuirle todo el honor de la expedición. Al instante cesaron todos mis temores y no me dejaron sino el de ser sorprendido en mi fuga: corrí, volé al templo; sin extraviarme, sin andar a tientas, llegué al púlpito; subí, tomé la Biblia y bajé; en tres saltos me encontré fuera del templo, del que olvidé incluso cerrar la puerta; entré en la habitación sin aliento, lancé la Biblia sobre la mesa, azorado, pero palpitante de gozo por haber previsto la ayuda que me estaba destinada.

Se me preguntará si yo doy este ejemplo como modelo a seguir y como un testimonio de la euforia que exijo en estas clases de ejercicios. No; pero lo doy como prueba de que nada es capaz de tranquilizar a quien esté asustado por las sombras de la noche, como escuchar en una habitación vecina a varias personas reunidas reír y conversar tranquilamente. Yo quisiera que en lugar de entretenerse sólo con su alumno, se reunieran por las noches muchos niños de buen humor; que primero no se les enviase separadamente, sino varios a la vez y que no se dejase a ninguno completamente solo, sino cuando se estuviese bien asegurado de que no se asustaría demasiado.

Yo no imagino nada tan placentero y de tanta utilidad como esos juegos, por poca destreza que se ponga en ordenarlos. Yo formaría en una gran sala una especie de laberinto con mesas, sillones, sillas, biombos. En las inextricables tortuosidades de este laberinto yo colocaría, en medio de ocho o diez cajas de trampas, otra caja casi igual, bien provista de bombones; designaría en términos claros, pero sucintos, el lugar preciso en donde se encuentra la buena caja; daría las reseñas suficientes para distinguirla a gentes más atentas y menos atolondradas que los niños;²⁵ luego, después de haber hecho entrar en suerte a los pequeños concurrentes, los enviaría a todos, uno tras otro, hasta que la caja buena fuese hallada: esto habría yo cuidado de hacerlo difícil en proporción con su habilidad.

Figuraos un pequeño Hércules llegando con una caja en la mano, muy orgulloso de su expedición. La caja se coloca sobre la mesa, se la abre con ceremonia. Yo oigo desde ahora las carcajadas, los gritos del bando alegre, cuando, en lugar de las confituras que esperaban se encuentre, graciosamente colocados sobre el musgo o sobre algodón, un saltamontes, un caracol, carbón, bellotas, un nabo o alguna otra mercancía semejante. Otras veces en una habitación recientemente blanqueada se suspenderá cerca del muro, algún juguete, algún mueblecito, el que se tratará de ir a buscar sin tocar el muro. A penas regrese el que lo traiga, por leve que sea su falta a la condición, el borde de su sombrero blanqueado, la punta de sus zapatos, el faldón de su traje, testimoniarán su torpeza por la mancha, que en ellos se acusa. Esto es suficiente, quizá demasiado, para hacer comprender el espíritu de estas clases de juegos. Si fuera necesario explicarlo por completo, no me leáis.

¿Qué ventajas no tendría un hombre así educado sobre los demás hombres durante la noche? Sus pies acostumbrados a afirmarse en las tinieblas, ejercitadas sus manos en aplicarse fácilmente a todos los cuerpos cercanos, le guiarían sin trabajo en la más compacta oscuridad. Su imaginación, llena de los juegos nocturnos de su juventud se volvería difícilmente sobre objetos inquietantes. Si él cree percibir carcajadas, en lugar de las de los espíritus locos, serán las de sus antiguos camaradas; si él se figura una reunión, ésta no será para él la del aquelarre, sino la habitación de su preceptor. La noche al no recordarle sino ideas gozosas, no le resultaría horripilante; en lugar de temerla, la amará. Si se trata de una expedición militar, estará dispuesto a cualquier hora, tanto solo como con su tropa. Penetrará en el campamento de Saúl, lo recorrerá sin extraviarse, e irá hasta la tienda del rey sin despertar a nadie regresando sin ser percibido. Si se precisa robar los caballos de Rhesus, dirigiós a él sin temor. Entre las gentes educadas de otra forma, difícilmente encontraréis un Ulises.

Yo he visto gentes deseosas de acostumbrar a los niños mediante sorpresas a no asustarse de nada durante la noche. Este método es muy malo; produce un efecto opuesto al que se busca y no sirve para otra cosa que para hacernos cada vez más temerosos. Ni la razón ni el hábito pueden reafirmar sobre la idea de un peligro, presente del que no se pueden conocer ni el grado ni la especie, ni sobre el temor de sorpresas que se han experimentado con frecuencia. Sin embargo ¿cómo asegurarse de mantener siempre a vuestro alumno exento de semejantes accidentes? He aquí el mejor aviso, a mi parecer, con que se puede prevenir todo esto. Os halláis en esta ocasión diré yo a mi Emilio, en el caso de una justa defensa pues el agresor no

²⁵ Para ejercitarles la atención, no les digáis jamás sino cosas que ellos tengan un interés sensible y actual de comprenderlas bien; sobre todo nada profuso, nunca una palabra superflua; pero también no dejéis ni oscuridad ni equívoco en vuestro discurso.

os permite considerar si os quiere causar mal o miedo, y, como él ha tomado sus precauciones, la huida misma no es un refugio para vos. Coged pues ardientemente a aquel que os sorprenda durante la noche, no importa sea hombre o animal, estrechadle, apresadlo con toda vuestra fuerza; si él luchad, pegadle, no escatiméis los golpes; y sea cual sea lo que él pueda decir o hacer, y no soltéis nunca la presa que no sabéis bien lo que es. El esclarecimiento os mostrará probablemente que ella no tenía mucho que temer, y esta manera de tratar a los chistosos debe naturalmente impedirles que insistan en ello.

Aun cuando el tacto sea de todos nuestros sentidos aquel que ejercitamos más, sus juicios permanecen, sin embargo, como ya lo he indicado, imperfectos y vulgares, más que los de ningún otro, dado que nosotros entreveramos continuamente en su uso el de la vista y que, alcanzando el ojo al objeto más pronto que la mano, en revancha, los juicios del tacto son los más seguros, precisamente porque son los más limitados; pues, no extendiéndose sino hasta tan lejos como nuestras manos pueden alcanzar, ellos rectifican el aturdimiento de los demás sentidos, los que se enlazan a lo lejos con los objetos que apenas sí perciben, en tanto que todo lo que percibe el tacto, lo percibe bien. Agregad que, juntando, cuando nos place, la fuerza de los músculos a la acción de los nervios, unimos, por una sensación simultánea, al juicio de la temperatura, los tamaños de las figuras, el juicio de los pesos y de la solidez. De este modo el tacto, siendo de todos los sentidos el que mejor nos transmite la impresión que los cuerpos extraños pueden causar sobre el nuestro, es aquel cuyo uso es el más frecuente, y nos facilita más inmediatamente el conocimiento necesario para nuestra conservación.

Dado que el ejercicio del tacto suple a la vista ¿por qué no podría suplir también hasta cierto punto al oído, puesto que los oídos excitan en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Posando una mano sobre el cuerpo de un violoncello se puede, sin la ayuda de los ojos ni de los oídos, distinguir por la sola manera como la madera vibra y se estremece si el sonido que produce es grave o agudo, si es producido por la prima o del bordón. Si se ejercita el sentido en estas diferencias, no dudo que con el tiempo no se pueda llegar a adquirir una sensibilidad capaz de hacer percibir un aire completo por los dedos. Ahora bien; aceptando lo dicho, está claro que se podría fácilmente hablar a los sordos mediante la música, pues los tonos y los tiempos, no siendo menos susceptibles de combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden ser tomados también por los elementos del discurso.

Existen ejercicios que embotan el sentido del tacto y lo hacen más ciego; otros por el contrario le afinan y le vuelven más delicado y fino. Los primeros, agregando mucho movimiento y fuerza a la continua impresión de los cuerpos duros, hacen la piel ruda, callosa, y le quitan la sensación natural; los segundos son los que varían esta misma sensación por un tacto ligero y frecuente, de suerte que el espíritu, atento a las impresiones repetidas incesantemente, adquieren la facilidad de juzgar todas sus modificaciones. Esta diferencia es sensible en el uso de los instrumentos musicales: el tocar duro y magullante del violoncello, del contrabajo, del mismo violín, al hacer los dedos más flexibles, endurece sus extremidades. El tocar ligero y pulido del clavecín, los hace también flexibles y más sensibles a la vez. En este sentido es preferido el clavecín.

Importa que la piel se endurezca al contacto con el aire y puede desafiar sus alteraciones, pues es ella la que defiende todo el resto. A este respecto, yo no desearía que la mano, demasiado servilmente aplicada a los mismos trabajos, acabase por endurecerse, ni que su piel convertida casi en huesuda perdiese ese sentimiento exquisito que da a conocer cuales son los cuerpos que acaricia, y, según la especie de contacto, nos hace algunas veces en la oscuridad estremecernos de diferentes maneras.

¿Por qué es necesario que mi alumno esté forzado a tener siempre bajo sus pies una piel de buey? ¿Qué mal habría en que la suya propia pudiese servirle de suela cuando fuese necesario? Está claro que en esta parte la delicadeza de la piel no puede ser nunca útil para nada y con frecuencia puede perjudicar mucho. Despertados a media noche en el rigor del invierno por el enemigo en su ciudad, los ginebrinos encontraron más pronto sus fusiles que sus zapatos. Si ninguno de ellos hubiese sabido andar con los pies descalzos, ¿sabe alguien si Ginebra no hubiese sido tomada?

Armemos siempre al hombre contra los accidentes imprevistos. Que Emilio corra por las montañas descalzo, en cualquier estación, por la habitación, por la escalera, por el jardín; lejos de reconvenirle, le imitaré; solamente tendré cuidado de apartar los vidrios. Yo me referiré en seguida a los trabajos y a los juegos manuales. Por lo demás, que él aprenda a dar todos los pasos que favorezcan todas las evoluciones del cuerpo, a tomar en todas las actitudes una posición cómoda y sólida; que él sepa saltar a lo ancho y a lo alto, que sepa trepar por un árbol, saltar un muro; que encuentre siempre su equilibrio; que todos sus movimientos, sus gestos sean ordenados según las leyes de la ponderación, mucho tiempo antes de que la estática intervenga para explicarlo. Según se pose su pie en tierra y su cuerpo descansa sobre su pierna, él debe percibir si está bien o mal. Una postura asegurada posee gracia siempre, y una prestancia firme es

también la más elegante. Si yo fuese maestro de danza, no haría todas las monadas de Marcel,²⁶ buenas para el país donde las hace, sino que, en lugar de entretener continuamente a mi alumno con zapatetas, le llevaría al pie de un roquedo; allí le demostraría cual era la actitud que precisaba tomar, como debía mover el cuerpo y la cabeza, qué movimiento precisaba realizar, de qué manera tenía que colocar ya el pie ya la mano para seguir con ligereza los escarpados senderos, llenos de asperezas, y rudos, y lanzarse de punta a punta tanto al ascender como al descender. Haría que fuese émulo de un corzo más que de un danzarín de la ópera.

En la misma medida en que el tacto concentra sus sensaciones en torno al hombre, así extiende las suyas por otro lado; esto es lo que hace a éstas tan engañosas: con una mirada abraza el hombre la mitad de su horizonte. En esta multitud de sensaciones simultáneas y de juicios excitadas por las mismas, ¿cómo no confundirse respecto a alguna de ellas! Teniendo esto en cuenta vemos que la vista es de todos nuestros sentidos el más defectuoso precisamente porque es el más extenso, y porque precediendo en mucho a todos los demás, sus sensaciones son rápidas y demasiado vastas para poder ser rectificadas por sí. Más aún, las mismas ilusiones de perspectiva nos son necesarias para llegar a conocer la extensión y comparar sus partes. Sin las falsas experiencias, no veríamos nada en la lejanía; sin las gradaciones de tamaño y de luz, no podríamos calcular ninguna distancia, o más bien no existiría para nosotros. Si de dos árboles iguales el que está a cien pasos de nosotros nos pareciese tan grande y tan distinto como el que está a diez, los colocaríamos uno al lado del otro. Si percibiéramos todas las dimensiones de los objetos bajo su verdadera medida no veríamos ningún espacio, y todo nos parecería estar sobre nuestro ojo.

Para considerar el tamaño de los objetos y su distancia, el sentido de la vista no tiene sino una misma medida, a saber, la apertura del ángulo que ellos forman en nuestro ojo; y como esta apertura es un efecto sencillo de una causa compuesta, el juicio que produce en nosotros nos deja cada causa particular indeterminada, o deviene necesariamente defectuoso. Pues, ¿cómo distinguir a simple vista si el ángulo bajo el cual yo veo un objeto más pequeño que otro es así porque ese primer objeto es en efecto más pequeño o porque está más alejado?

Se impone pues seguir en esto un método contrario al precedente, en lugar de simplificar la sensación, doblarla, compararla siempre con otra, no meter el órgano visual al órgano táctil, y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por la marcha lenta y regulada del segundo. No pudiendo sujetarnos a esta práctica, nuestras medidas por apreciación son muy inexactas. No tenemos ninguna precisión en la ojeada para considerar las alturas, las longitudes, las profundidades, las distancias, y la demostración de que no consiste esto tanto en la falta del sentido como en la de su uso, está en que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles, los pintores, tienen, en general, el golpe de ojo mucho más seguro que nosotros, y aprecian con más justeza las medidas de la extensión, porque su profesión dándoles en esta cuestión la experiencia que nosotros no adquirimos por descuido, deshace el equívoco del ángulo por las apariencias que le acompañan, y que determinan más exactamente a sus ojos la relación de las dos causas de este ángulo.

Todo lo que da movimiento al cuerpo sin constreñirle es siempre fácil de conseguir en los niños. Existen mil medios de interesarles en medir, en conocer, en calcular las distancias. Vemos un cerezo muy elevado. ¿Cómo haremos para recoger las cerezas? ¿Es útil para esto la escalera de la granja? Tenemos un arroyo muy ancho, ¿cómo le cruzaremos? Una de las planchas del patio, ¿alcanzará a los dos lados? Quisiéramos desde nuestras ventanas pescar en los fosos del castillo, ¿cuántas brazas debe tener el hilo? Desearía hacer un columpio entre estos dos árboles, ¿basta para ello una cuerda de dos toesas? Se me dice que en la otra casa nuestra habitación tendrá veinticinco pies cuadrados; ¿creéis que nos conviene? ¿Será mucho mayor que ésta? Sentimos mucha hambre; he aquí dos poblados; ¿en cual de ellos podremos comer más pronto?, etc.

Si se tratase de ejercitar para la carrera a un niño indolente y perezoso, que por su voluntad no se dispusiese a este ejercicio ni a ningún otro, aunque se le destinase al estado militar; que estuviese persuadido, en cierto modo, de que un hombre de su rango no debía hacer ni saber nada y que su nobleza debía sustituir a sus brazos, sus piernas, así como a cualquier clase de mérito. Apenas hubiera podido soportar tal gentilhomme el que de él se hiciera un Aquiles de pie ligero ni que se le comunicase la destreza de Chiron. La dificultad era tanto mayor cuanto que yo no quería prescribirle absolutamente nada; yo había

²⁶ Célebre maestro de danza de París que, conociendo bien su mundo se hacía el extravagante por astucia y daba a su arte una importancia por demás ridícula, mediante la cual conseguía el mayor respeto. En otro arte no menos frívolo, se sigue viendo hoy día a un cómico representar así el importante y el loco, y obtener el mismo éxito. Este método es siempre seguro en Francia. El verdadero talento, más sencillo y menos charlatán, no hace fortuna, La modestia es la virtud de los tontos.

desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulación, el deseo de brillar; ¿cómo darle el de correr sin decirle nada? El mismo correr hubiese sido un medio poco seguro y sometido a inconveniente. Además se trataba también de sacar de este ejercicio algún objetivo de instrucción para él, a fin de acostumbrar las operaciones de la máquina y las del juicio a marchar siempre de acuerdo. He aquí como procedí yo: es decir, quien habla en este ejemplo.

Paseando con él por las tardes, ponía algunas veces en mi bolsillo dos pasteles que le gustaban mucho; nos comíamos uno cada uno durante el paseo²⁷ y regresábamos muy contentos. Un día se dio cuenta que tenía tres pasteles; él hubiera podido comer seis sin molestarle, y despachó rápidamente el suyo para pedirme el tercero. No, le dije yo: yo lo comería gustoso o nos lo repartiríamos, pero prefiero más verlo disputar a la carrera por esos dos muchachitos que vemos ahí. Los llamé, les enseñé el pastel y les propuse el asunto. Ellos aceptaron. El pastel fue colocado sobre una gran piedra que servía de objetivo; fue determinada la carrera: nosotros fuimos a sentarnos; a una señal dada, los pequeños partieron; el victorioso cogió el pastel, y lo comió inmisericorde ante las miradas de los espectadores y del vencido.

Esta distracción valía más que el pastel pero no lo comprendió de principio y no produjo efecto; yo no me desanimé ni me apresuré: la instrucción de los niños es una misión en la que es preciso saber perder el tiempo para ganarlo. Continuamos nuestros paseos; con frecuencia yo tomaba tres pasteles, algunas veces cuatro, y de cuando en cuando destinaba uno, incluso dos, para los corredores. Si el premio no era importante, los que lo disputaban no se mostraban ambiciosos: el que lo lograba era alabado, festejado, todo se hacía con aparato. Para dar lugar a los movimientos y aumentar el interés, yo determiné una carrera más larga, y en ella admití varios participantes. Apenas comenzaba la misma, todos los viandantes se detenían para verlos, las aclamaciones, los gritos, las palmadas, les animaban; yo veía algunas veces a mi hombrecito estremecerse, levantarse, gritar, cuando uno de ellos estaba próximo a alcanzar o a pasar al otro; para él éstos eran los juegos olímpicos.

Sin embargo, los concurrentes se valían a veces de la superchería, se retenían mutuamente, o se zancadilleaban o ponían piedras al paso de los demás. Esto me incitó a separarlos, y a hacer que partieran de diferentes términos, aunque alejados igualmente del objetivo: se verá muy pronto la razón de esta precaución; pues yo debo tratar esta importante cuestión con el máximo detalle.

Fastidiado por ver siempre comer ante sus ojos los pasteles que le causaban mucha envidia, el caballero comenzó a sospechar que correr podía tener algún interés y viendo que poseía también dos piernas, comenzó a ejercitarse en secreto. Yo hice como que no veía nada; pero comprendí que mi estratagema había triunfado. Cuando él se creyó bastante fuerte, y yo le comuniqué su pensamiento, trató de importunarme para conseguir el pastel restante. Yo me opuse, él se obstinó, y con aire despechado me dijo al fin: "Pues bien, ponadlo sobre la piedra, señalad el campo y veremos." "¡Bien!, le dije yo riendo; ¿es que un caballero sabe correr? Conseguirás tener más apetito y no sabrás cómo satisfacerlo". Picado con mi chanza, se animó y consiguió el premio tanto más fácilmente cuanto que yo había hecho más reducido el campo y tuve cuidado de apartar al mejor corredor. Se comprende como, dado este primer paso, me fue fácil mantenerle alentado. En seguida tomó tal gusto por este ejercicio, que sin ayuda estaba casi seguro de vencer a los pilluelos en la carrera por larga que ésta fuese.

Lograda esta ventaja, se produjo otra en la que yo no había pensado. Cuando raramente lograba el premio, él lo comía casi siempre solo, de idéntico modo a como hacían sus rivales; pero al acostumbrarse a la victoria, llegó a ser generoso y a compartirla con frecuencia con los vencidos. Esto me proporcionó una observación moral y por ella aprendí cual era el verdadero principio de la generosidad.

Continuando marcando en diferentes lugares los términos de donde cada uno de ellos debía partir a la vez, hice, sin que él se diese cuenta, desiguales las distancias, de suerte que el uno, teniendo que hacer más recorrido que el otro para llegar al mismo objetivo tenía una visible desventaja; pero aun cuando yo dejaba la elección a mi discípulo, no acertaba a prevalerse de ella. Sin embarazarse con la distancia, él prefería siempre el mejor camino; así, previendo fácilmente su elección, yo era dueño de hacerle perder o ganar el pastel a voluntad mía; y esta dirección era idónea también para más de un fin. Sin embargo, como mi deseo era que él se diese cuenta de la diferencia, procuraba hacérsela sensible; pero aunque indolente cuando estaba tranquilo, era tan vivo en sus juegos y desconfiaba tan poco de mí, que yo hubiese pasado todos los trabajos del mundo para hacerle comprender que le engañaba. Al fin, y a pesar de su

²⁷ Paseo campestre, como se verá en seguida; los paseos públicos de las poblaciones son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. En ellos es donde comienzan a hacerse vanos y a querer ser mirados: en el Luxemburgo, en las Tullerías, sobre todo en el Palais Royal, es donde la bella juventud de París va a adquirir ese aire impertinente y fatuo que la hace tan ridícula, y silbar y detestar en toda Europa.

atolondramiento, se dio cuenta y me lo reprochó. Yo le dije: ¿de qué os quejáis? ¿En una broma que yo quiero gastarte, no soy dueño de fijar mis condiciones? ¿Qué nos obliga a correr? ¿Os he prometido yo campos iguales, no habéis elegido vos mismo? Tomad el más corto, que nadie os lo impide. ¿Cómo no visteis que os he favorecido y que la desigualdad que tanto criticáis ha sido toda para vuestra ventaja en el caso de que supiéseis aprovecharos de ella? Esto estaba claro; él lo comprendió y para escoger precisó considerar más de cerca el caso. Primero se intentó contar los pasos; pero la medida de los pasos de un niño es lenta y confusa; además yo traté de multiplicar las carreras en un mismo día; y entonces, la diversión llegó a convertirse en una especie de pasión, y se tuvo temor de perder en medir los campos el tiempo destinado a recorrerlos. La vivacidad de la infancia se acomoda mal a estas lentitudes; se ejercita por tanto mejor en ver, en estimar una distancia mediante la visión. Entonces no sentí el extender y mantener este gusto. Finalmente, algunos meses de prueba y de errores corregidos, le formaron de tal modo el compás visual, que cuando yo le colocaba imaginativamente un pastel sobre algún objeto lejano, lanzaba una mirada casi tan segura como la cadena del agrimensur.

Como la visión es de todos los sentidos el que menos se puede separar de los juicios del espíritu, es necesario mucho tiempo para enseñar a ver; es necesario haber comparado durante mucho tiempo la visión con el tacto para acostumbrar al primero de estos dos sentidos a darnos una relación fiel de las figuras y de las distancias; sin el tacto, sin el movimiento progresivo los ojos más penetrantes de la gente no acertarían a darnos idea alguna de la extensión. El universo entero no debe ser sino un punto para una ostra y seguiría pareciéndole aún cuando un alma humana le informase. No es sino a fuerza de andar, de palpar, de numerar, de calcular las dimensiones, como se aprende a estimarlas; pero, además, si se continuara midiéndolas, el sentido, reposándose sobre el instrumento, no adquiriría justeza alguna. De ningún modo es necesario que el niño pase de golpe de la medida a la estimación; es necesario primero, que, continuando la comparación parcialmente de lo que no acertaría a comparar de pronto, sustituya a las alícuotas precisas las alícuotas por apreciación, y que en lugar de aplicar siempre la medida con la mano, se acostumbre a aplicarla únicamente con los ojos. A este respecto, yo desearía que verificase sus primeras operaciones mediante medidas reales, a fin de que corrigiese sus errores y de que, si en algún sentido le quedase alguna falsa apariencia, aprendiese a rectificarla por un juicio más certero. Existen medidas naturales que son casi las mismas en todos los lugares: los pasos de un hombre, la extensión de sus brazos, su estatura. Cuando el niño calcula la altura de un pino, su preceptor puede servirle de toesa: si calcula la altura campanario, que él las mida con las casas; si quiere conocer las leguas de camino, que cuente las horas de marcha; y sobre todo que no se haga nada de todo esto para él, sino que él lo efectúe por sí mismo.

No se acertaría a aprender a juzgar con exactitud la extensión y el tamaño de los cuerpos, no aprendiendo a conocer también sus figuras e incluso imitándolas; pues en el fondo esta imitación sólo se atiende completamente a las leyes de la perspectiva; y no se puede calcular la extensión mediante sus apariencias a menos que no se tenga algún sentido de estas leyes. Los niños, grandes imitadores, intentan dibujarlo todo: yo quisiera que el mío cultivase este arte, no precisamente por el arte mismo, sino para conseguir un ojo preciso y una mano flexible; y, en general, importa muy poco que él haga tal o cual ejercicio dado que él adquiera la perspicacia del sentido y el buen hábito del cuerpo que se gana mediante este ejercicio. Yo me guardaría bien de darle un profesor de dibujo, que sólo le hiciera imitar imitaciones y no le obligara a otra cosa que a dibujar sobre dibujos: quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza, ni otro modelo que los objetos. Quiero que tenga bajo los ojos el mismo original y no el papel que lo representa, que él dibuje una casa ante una casa, un árbol frente un árbol, un hombre cerca de un hombre, a fin de que se acostumbre a observar bien los cuerpos y sus apariencias, y no a confundir imitaciones falsas y convencionales por verdaderas imitaciones. Yo le disuadiría incluso de trazar nada de memoria en ausencia de los objetos, hasta que por medio de frecuentes observaciones, se imprimiese bien en su imaginación sus figuras exactas, por temor a que, sustituyendo la verdad de las cosas mediante figuras raras y fantásticas, no pierda el conocimiento de las proporciones y el gusto de las bellezas de la naturaleza.

Yo sé bien que de esta manera emborronará durante bastante tiempo sin lograr nada que sea reconocible, que adquirirá tarde la elegancia de los contornos y el trazo ligero de los dibujantes, y acaso nunca el discernimiento de los efectos pictóricos y el buen gusto del dibujo; en compensación, contraerá seguramente una mirada más justa, una mano más segura, el conocimiento de las verdaderas relaciones del tamaño y de la figura existentes entre los animales, las plantas, los cuerpos naturales, y una más rápida experiencia del juego de la perspectiva. Esto es precisamente lo que yo he querido hacer, y mi intención no es tanto que él sepa imitar los objetos como conocerlos. Prefiero mejor que me presente una planta de acanto, y que trace menos bien el follaje de un capitel.

Además en este ejercicio, así como en todos los demás, no pretendo que mi alumno encuentre sólo diversión. Quiero hacerle aún más agradable el trabajo compartiéndole sin cesar con él. No quiero que tenga otro émulo que yo, pero seré su rival sin descanso ni riesgo; esto pondrá interés en sus ocupaciones, sin engendrar celos entre nosotros. Tomaré el lápiz a ejemplo suyo; lo emplearé primero tan torpemente como él. Seré un Apeles aunque no pareciera nada más que un embadurnador. Comenzaré por trazar un hombre como los lacayos lo dibujan en los muros; una línea por cada brazo, una barra por cada pierna, y dedos más grandes que el brazo. Al cabo del tiempo nos daremos cuenta el uno o el otro de esta desproporción, observaremos que una pierna tiene espesor, que este espesor no es idéntico en todas las partes; que el brazo tiene su longitud determinada en relación al cuerpo, etc. En esta progresión, yo caminaré todo lo más unido a él, o yo le alentaré tan poco que a él le será fácil alcanzarme y a menudo adelantarme. Tendremos colores, pinceles; nos afanaremos por imitar el colorido de los objetos y su total apariencia así como también su figura. Colorearemos, pintaremos, embadurnaremos; pero en todos nuestros embadurnamientos no cesaremos de aspirar a la naturaleza; no haremos jamás nada sustraídos a los ojos del maestro.

Inquietos por los adornos de nuestra habitación, los hemos dispuesto todos. He hecho encuadrar nuestros dibujos; los he mandado cubrir con bellos cristales a fin de que no se los toque y que viéndolos permanecer en el estado en que nosotros los hemos puesto, todos tengan interés en no menospreciar los suyos. Yo los coloco por orden alrededor de la habitación, repetido cada dibujo veinte, treinta veces, mostrando en cada ejemplar el progreso del autor, desde el momento en que la casa es sólo un cuadrado casi informe hasta aquel en que su fachada, su perfil, sus proporciones, sus sombras evocan la más exacta realidad. Estas gradaciones no pueden dejar de ofrecernos sin cesar cuadros interesantes para nosotros, curiosos para otros y excitar cada vez más nuestra emulación. A los primeros, a los más vulgares de estos dibujos, les pongo cuadros muy brillantes, muy dorados que los realcen; pero cuando la imitación consigue ser más exacta y el dibujo es verdaderamente bueno, entonces yo no utilizo nada más que un reborde negro muy sencillo; él no tiene necesidad de otro adorno, y sería perjudicial que el marco compartiese la atención que merece el objeto.

De este modo cada uno de nosotros aspira al honor del cuadro en sí; y cuando se quiere diferenciar un dibujo del otro, se le condena a un marco dorado. Puede ser que algún día estos cuadros dorados pasen entre nosotros como una sentencia; admiraremos cuantos hombres se hacen justicia haciéndose encuadrar de esta manera.

Ya he afirmado que la geometría no estaba al alcance de los niños; pero esto es culpa nuestra. No percibimos que su método no es el nuestro, y lo que para nosotros es el arte de razonar sólo debe ser para ellos el arte de ver. En lugar de darles nuestro método, obraríamos mejor tomado el suyo; pues nuestra manera de enseñar la geometría es más bien una cuestión de imaginación que de razonamiento. Cuando la proposición es enunciada, es necesario imaginar la demostración, es decir, hallar cuál proposición ya conocida debe tener una consecuencia, y, de todas las consecuencias que se pueden sacar de esta misma proposición, elegir precisamente aquella que hace al caso.

De esta manera, el razonador más exacto, si no es inventivo, debe quedarse corto. De todo esto, ¿qué se deriva? Que en lugar de hacernos buscar las demostraciones, se nos dictan; que en lugar de enseñarnos a razonar, razona por nosotros el profesor y no ejercita nada más que nuestra memoria.

Trazad figuras exactas, combinadlas, colocadlas la una sobre la otra, examinad sus relaciones; hallaréis toda la geometría elemental marchando de observación en observación, sin que sea cuestión ni de definiciones, ni de problemas, ni de ninguna otra forma demostrativa sino de simple superposición. En lo que a mí se refiere no pretendo enseñar la geometría a Emilio, es él quien me la enseñará; yo buscaré las relaciones y él las hallará; pues yo les buscaré la manera de hacérselas encontrar. Por ejemplo, en lugar de servirme de un compás para trazar un círculo, lo trazaré con una punta al final de un hilo girando sobre un pivote. Hecho esto, en el momento en que quisiera comparar los radios entre ellos, e mofaría Emilio de mí, y me haría comprender que el mismo hilo siempre tenso no podría haber trazado distancias desiguales.

Si yo quiero medir un ángulo de sesenta grados, describo en la parte superior de este ángulo, no un arco, sino un círculo entero; pues con los niños no se debe jamás sobreentender nada. Yo compruebo que la porción del círculo comprendida entre ambos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Hecho esto, describo desde la misma altura otro círculo mayor, y compruebo que este segundo arco continúa siendo la sexta parte de su círculo. Describo un tercer círculo concéntrico sobre el cual realizo la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que Emilio extrañado de mi estupidez me advierta que cada arco, grande o pequeño, comprendido por el mismo ángulo, será siempre la sexta parte de su círculo, etc. Hemos dispuestos en todo instante al uso del aparato correspondiente.

Para demostrar que los ángulos continuos son iguales a dos rectos, se describe un círculo; yo por el contrario, opero de suerte que Emilio observa esto primeramente en el círculo, y luego le digo: "Si se quitara el círculo y las líneas rectas, los ángulos habrían cambiado de tamaño, etc.

Se descuida la justeza de las figuras, se la supone, y se la adscribe a la demostración. Entre nosotros, por el contrario, jamás será cuestión de demostración; nuestra más importante operación será trazar líneas muy derechas, muy justas, muy iguales; hacer un cuadrado muy perfecto, trazar un círculo muy redondo. Para verificar la justeza de la figura la examinaremos por todas sus propiedades sensibles y esto nos dará ocasión de descubrir a diario nuevas propiedades. Plegaremos por el diámetro los dos semicírculos; por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras para ver cuáles de sus límites convienen más exactamente, y en consecuencia la mejor hecha; discutiremos si esta igualdad de división debe tener siempre lugar en los paralelogramos, en los trapecios, etc. Se intentará algunas veces prever el éxito de la experiencia antes de generarla; se intentará encontrar razones, etc.

Para mi alumno la geometría no es otra cosa que el arte de servirse bien de la regla y del compás; él no debe confundirla con el dibujo y no empleará ni uno ni otro de estos instrumentos. La regla y el compás quedarán encerrados bajo llave y sólo raramente se le permitirá el uso y esto por poco tiempo, a fin de que no se acostumbre a emborronar; podremos algunas veces llevar al paseo a nuestras figuras y conservar respecto a lo que habremos hecho o a lo que intentemos hacer.

No olvidaré nunca haber visto en Turín a un joven al que, en su infancia, se le habían enseñado las relaciones de los contornos y de las superficies dándole a elegir a diario entre las figuras geométricas, panales isoperímetros. El goloso había agotado el arte de Arquímedes para hallar en él lo que él prefería comer.

Cuando un niño juega al volante, ejercita el ojo y el brazo con precisión; cuando él lanza una peonza, aumenta su fuerza al actuar pero sin aprender nada. Yo he preguntado algunas veces por qué no se ofrecía a los niños los mismos juegos de destreza que tienen los hombres: la pelota, el mallo, el billar, el arco, el balón, los instrumentos de música. Se me ha contestado que algunos de estos juegos eran superiores a sus fuerzas, y que sus miembros y sus órganos no estaban bastante formados para otros. Yo encuentro inconvenientes estas razones. Un niño no tiene la talla de un hombre, y no deja de llevar un vestido hecho como el suyo. No quiero decir que él juegue con nuestras mesas sobre un billar de tres pies de altura ni que vaya a jugar a la pelota en nuestros trinquetes, ni que se cargue su manecita con una raqueta de frontón; sino que él juegue en una sala en donde se hayan asegurado las ventanas; que de principio no se sirva sino de pelotas blandas; que sus primeras raquetas sean de madera, luego de pergamino y finalmente de cuerda de tripa en tiras en proporción con su progreso. Preferís el volador, porque cansa menos y está exento de peligro. Os equivocáis por dos razones. El volador es un juego de mujeres; pero no existe ninguna a la que no se le escape una pelota en movimiento. Sus blancas pieles no se deben endurecer con cardenales, y no son contusiones las que merecen sus rostros. Pero nosotros, hechos para ser vigorosos, ¿creemos conseguirlo sin trabajo? ¿Y de qué defensa seremos capaces, si jamás somos atacados? Se juega siempre flojamente los juegos en que se puede ser torpe sin riesgo: un volador que cae no causa daño a nadie; pero nada desentumece el brazo como el tener que cubrir la cabeza, y nada hace tan precisa la mirada como el tener que garantizar los ojos. Lanzarse de un extremo a otro de la sala, calcular el rebote de una pelota aún en el aire, devolverla con una mano fuerte y segura, tales juegos convienen menos al hombre porque no sirven para formarle.

Se dice que las fibras de un niño están demasiado flojas, ellas tienen menos fuerza, pero son más flexibles; su brazo es débil, pero al fin es un brazo; se debe hacer, conservando la proporción, todo cuanto se hace con otra máquina semejante. Los niños no tienen en las manos destreza alguna, y ésta es la razón de que yo quiero que se les dé: un hombre tan poco ejercitado como ellos no tendría una mayor ventaja; no podemos conocer el empleo de nuestros órganos, sino después de haberlos utilizado. Sólo existe una experiencia afirmada que nos enseña a obtener partido de nosotros mismos, y esta experiencia es el verdadero estudio al cual no podemos aplicarnos con continuidad.

Todo cuanto se hace es hacedero. Ahora bien nada existe más corriente que ver a niños diestros e individualizados poseer en los miembros la misma agilidad que puede tener un hombre. En casi todas las ferias se contempla hacer equilibrios, andar sobre las manos, danzar, saltar sobre la cuerda. Durante muchos años conjuntos de niños han llamado la atención de los espectadores de la comedia italiana con sus ballets; ¿quién es el que no ha oído hablar en Alemania y en Italia de la compañía Pantomímica del célebre Nicolini? ¿Quién ha comprobado jamás en estos niños movimientos menos desarrollados, actitudes menos graciosas, un oído menos preciso, una danza menos ligera que en los danzantes completamente formados? El que se tengan dedos gruesos, cortos, poco móviles, las manos regordetas y poco capaces de empuñar nada,

¿impide el que varios niños sepan escribir o dibujar a la edad en que otros no saben aún tener el lapicero ni la pluma? Todo París se sigue acordando aún de la pequeña inglesa que hacía, a los diez años, prodigios en el clavecín.²⁸ Yo he visto en casa de un magistrado a un hijo suyo, hombrecito de ocho años que se situaba ante la mesa al postre, como una estatua en medio de su plataforma, tocar el violín casi tan grande como él y sorprender a los mismos artistas con su ejecución.

Todos estos ejemplos y cien mil más me parecen que demuestran, que la ineptitud que se supone a los niños para nuestros ejercicios es imaginaria, y que si en algunos no se les ve progresar, es porque no se han ejercitado nunca.

Se me dirá que con relación al cuerpo yo caigo aquí en el defecto de la cultura prematura que condeno en los niños con relación al espíritu. La diferencia es muy grande pues uno de estos progresos sólo es aparente, mientras que el otro es real. Yo he demostrado que el espíritu que parecen poseer, no lo tienen ellos, aunque todo cuanto parecen hacer lo hacen. Por otra parte se debe pensar siempre que todo esto no es, o no debe ser, sino un juego, dirección fácil y voluntaria de los movimientos que la naturaleza les exige, arte de variar sus diversiones para hacerlas más agradables, sin que nunca les cambie en trabajo el más leve constreñimiento; pues en fin ¿cómo se divertirían ellos con lo que no pudiera convertirse en motivo de instrucción? Y cuando yo no lo consiguiera, dado que ellos se entretienen sin inconveniente, y que el tiempo pasa, no importa su progreso total en cuanto al presente, en vista de que cuando precisa necesariamente enseñarle esto o aquello, de la manera que ello se consigue, es siempre imposible que se lleve a cabo sin violencia, sin enfado y sin tedio.

Cuanto llevo dicho respecto a los dos sentidos cuyo uso es más continuado y más importante, puede servir de ejemplo respecto a la forma de ejercitar los demás. La vista y el tacto se aplican igualmente sobre los cuerpos en reposo y sobre los cuerpos en movimiento; pero como no existe alteración del aire que pueda agitar el sentido del oído, no existe sino un cuerpo en movimiento que haga ruido o produzca sonido; y, si todo permaneciese en reposo, no oiríamos nada jamás. Pues en la noche, en que no nos movemos sino en tanto que nos place, sólo tenemos que temer a los cuerpos en movimiento, y nos importa tener el oído alerta y poder juzgar por la sensación que recibimos, si el cuerpo que la ocasiona es grande o pequeño, lejano o próximo, si su conmoción a violenta o débil. El aire alterado está sujeto a repercusiones que lo reflejan, las que produciendo los ecos, repiten la sensación y hacen que pueda escucharse el cuerpo ruidoso o sonoro, en otro lugar distinto a aquel en donde se sitúa. Si en una llanura o en un valle se coloca el oído sobre la tierra, se perciben la voz de los hombres y el paso de los caballos desde mucho más lejos que permaneciendo de pie.

Como hemos comparado la vista al tacto, es bueno compararla también con el oído y saber cuál de las dos impresiones, partiendo a la vez del mismo cuerpo, alcanzarán más pronto a su órgano. Cuando se divisa el fuego de un cañón, todavía se puede poner uno al abrigo del disparo; pero al momento en que se escucha el sonido, ya no hay tiempo, el proyectil está allí ya. Se puede considerar la distancia a que se produce el trueno por el intervalo de tiempo que transcurre desde el relámpago hasta que se oye el ruido. Obrad de esta suerte que el niño conozca todas estas experiencias; que haga cuantas estén a su alcance y que halle las otras por inducción; pero yo estimo cien veces más el que las ignore que el que necesite que vosotros se las deis.

Poseemos un órgano que responde al oído, a saber, el de la voz, no poseemos lo mismo en cuanto a la vista, y no percibimos los colores como los sonidos. Éste es un medio más para cultivar el primer sentido, ejercitando el órgano activo y el órgano pasivo, el uno por el otro.

El hombre tiene tres clases de voz, a saber, la voz parlante o articulada, la voz cantante o melodiosa y la voz patética o acentuada, que sirve de lenguaje a las pasiones y que anima el canto y la palabra. El niño tiene, lo mismo que el hombre, estas tres clases de voces, sin saberlas aliar por sí mismo; posee como nosotros la risa, los gritos, las quejas, la exclamación, los gemidos, pero no sabe mezclar las inflexiones con las otras dos voces. Una música perfecta es la que reúne del mejor modo estas tres voces. Los niños son incapaces de esta música, y su canto jamás posee alma. Así mismo en la voz parlante, su lenguaje carece de acento; ellos gritan, pero no acentúan, y como en su discurso existe poco acento, hay poca energía en su voz. Nuestro alumno tendrá el hablar más unido, más sencillo aún, porque sus pasiones, no estando despiertas, no mezclarán su lenguaje con el suyo. Por tanto, no se le dará a que recite papeles de tragedia y de comedia, ni se pretenderá enseñarle, como se dice, a declamar. Tendrá demasiado sentido para saber dar un tono a las cosas que no puede entender, y expresión a sentimientos que él no experimentará jamás.

²⁸ Un pequeñito de siete años ha hecho, desde esa época, prodigios más asombrosos todavía.

Enseñadle a hablar lisa y llanamente, a articular bien, a pronunciar exactamente y sin afectación, a conocer y a seguir el acento gramatical y la prosodia, a hacerlo siempre con bastante voz para ser oído, pero a no dar nunca más de la que sea necesaria, defecto general en los niños educados en colegios: en toda cosa nada de superfluo.

Del mismo modo, dadle su voz justa, igual, flexible, sonora en el canto su oído, sensible a la medida y a la armonía, pero nada más. La música imitativa y teatral no corresponde a su edad; incluso yo no querría que él cantase las palabras; si él deseara cantar, yo procuraría componerle canciones expresas, interesantes para su edad y tan sencillas como sus ideas.

Se piensa con acierto que estando tan poco decidido a hacerle aprender a leer la escritura, no estaría de más hacerle aprender a leer la música. Apartemos de su cerebro toda atención demasiado penosa, y no nos apresuremos a fijar su espíritu sobre signos convencionales. Confieso que esto parece tener su dificultad; pues si el conocimiento de las notas no parece en principio más necesario para saber cantar que el de las letras para saber hablar, existe, sin embargo, esta diferencia, que hablando nosotros lanzaremos nuestras propias ideas, y que cantando no emitimos sino aquellas que pertenecen a los demás. Ahora bien, para lanzarlas, es necesario leerlas.

Pero, primeramente, en lugar de leerlas se pueden oír, y un canto se capta por el oído más fácilmente que por los ojos. Además, para conocer bien la música, no basta con hacerla, es necesario componerla, dominar lo uno y lo otro, sin lo cual no se sabe nunca bien. Ejercitad primero a vuestro pequeño músico en formar frases muy regulares, bien cadenciadas: a continuación ligarlas mediante una modulación sencillísima, a fin de marcar sus diferentes reglas mediante una puntuación correcta; esto es lo que se hace para la buena elección de las cadencias y de los silencios. Sobre todo nunca el canto raro, jamás patético ni de expresión. Una melodía siempre cantable y sencilla, derivada siempre de las cuerdas esenciales del tono, e indicando siempre de tal manera la base que él la sienta y la acompañe sin trabajo; pues, para formarse la voz y el oído no debe cantar jamás sino al clavecín.

Para marcar mejor los sonidos, se les articula al pronunciarlos; de aquí el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, es necesario dar nombres a estos grados y a sus diferentes términos fijos; de aquí los nombres de los intervalos, y también las letras del alfabeto con que se marcan las teclas del teclado y las notas de la escala. C y A designan sonidos fijos e invariables, dados siempre por las mismas teclas. *Do* y *la* son otra cosa; *do* es constantemente la tónica de un modo mayor, o la mediantes de un modo menor. *La* es constantemente la tónica de un modo menor, o la sexta nota de un modo mayor. De este modo las letras marcan los términos inmutables de las reglas de nuestro sistema musical, y las sílabas marcan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos. Las letras indican las teclas del teclado, y las sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han involucrado de un modo raro estas distinciones; han confundido el sentido de las sílabas con el sentido de las letras; y, doblando inútilmente los signos de las teclas, no han dejado de expresarse las cuerdas de los tonos; de suerte que para ellos *do* y C son siempre idénticos, esto no es ni debe ser pues entonces ¿de qué serviría C? También su manera de solfear es de excesiva dificultad sin ser de alguna utilidad, sin llevar ninguna idea precisa al espíritu, puesto que, por este método, estas dos sílabas *do* y *mi*, por ejemplo pueden significar igualmente una tercera mayor, menor, superflua o disminuida. ¡Por qué extraña fatalidad el país del mundo en donde se han escrito los libros más bellos sobre música, es precisamente aquel en donde se la enseña más difícilmente?

Sigamos con nuestro alumno una práctica más sencilla y más clara; que él no tenga para sí sino dos modos, cuyas relaciones sean siempre las mismas e indicadas de modo constante por las mismas sílabas. Ya que él cante o que toque un instrumento, que él sepa establecer su modo sobre cada uno de los doce tonos que pueden servirle de base, y que, sea que se module en D, en C, en G, etc., el final sea siempre *la* o *do*, según el modo. De esta manera, os convencerá siempre; las reglas esenciales del modo para cantar y tocar con precisión, estarán siempre presentes en su espíritu, será más limpia su ejecución y más rápido su progreso. No existe nada más extraño que lo que los franceses llaman *solfear al natural*; esto es, alejar las ideas del programa para sustituirlas con rarezas que no hacen otra cosa que confundir. No hay nada más natural que solfear por transposición, cuando el modo está transportado. Pero todo esto es demasiado respecto a la música: enseñadla como os parezca con tal que no constituya nunca más que una diversión.

Estamos bien informados respecto al estado de los cuerpos extraños por relación al nuestro, de sus pesos, de su figura, de su color, de su solidez, de su tamaño, de su distancia, de su temperatura, de su reposo, de su movimiento. Estamos instruidos respecto a lo que nos conviene acercarnos o alejarnos de nosotros, de la manera en que es necesario que actuemos para vencer su resistencia, o para oponerles una que nos preserve de ser ofendidos, pero esto no es bastante; nuestro propio cuerpo se agota sin cesar, y tiene necesidad de estar siendo renovado continuamente. Aunque poseamos la facultad de transformar la de los demás en

nuestra propia sustancia, no es indiferente la elección: todo no es alimento para el hombre; y de las sustancias que pueden serlo, las hay más o menos convenientes, según la constitución de su especie, según el clima en donde habite, según su temperamento particular y según la manera de vivir que le prescribe su estado.

Moriríamos hambrientos o envenenados, si fuese necesario esperar, para escoger los alimentos que nos convienen, que la experiencia nos hubiese enseñado a conocerlos y a escogerlos; pero la suprema bondad, que ha hecho del placer de los seres sensibles el instrumento de su conservación, nos advierte de lo que agrada a nuestro paladar, de lo que conviene a nuestro estómago. No existe naturalmente para el hombre médico más seguro que su propio apetito; y al considerarle en su estado primitivo, no dudo que los alimentos que considere más agradables, sean para él los más sanos.

Más aún, el autor de las cosas no prevee solamente a las necesidades que nos dio, sino también a las que nos damos nosotros mismos; y es por habernos puesto siempre el deseo al lado de la necesidad, por lo que hace que nuestros gustos cambien y se alteren con nuestros modos de vivir. Cuanto más nos alejamos del estado de naturaleza, más perdemos nuestros gustos naturales; o más bien el hábito nos crea una segunda naturaleza con la que de tal modo sustituimos a la primera, que nadie de entre nosotros la reconoce.

De lo dicho se deduce que los gustos más naturales deben ser también los más sencillos, pues éstos son los que se transforman más fácilmente; en lugar de agudizarse, irritándose por nuestros caprichos, adquieren una forma imperturbable. El hombre que no pertenece aún a ningún país, se acostumbrará sin trabajo a los usos de cualquiera en que esté; pero el hombre de una nación no pasa a ser ya el de otra.

Esto me parece cierto en todos los sentidos, y mucho más aún aplicado al gusto propiamente dicho. Nuestro primer alimento es la leche, a los sabores fuertes no nos acostumbramos sino por grados, pues al principio nos repugnan. Las frutas, legumbres, hierbas, y en fin algunas carnes asadas, sin condimento y sin sal, constituyeron los festines de los primeros hombres.²⁹ La primera vez que un salvaje bebió vino, hizo una mueca y lo rechazó, y también entre nosotros, cualquiera que ha vivido hasta los veinte años sin probar licores fermentados ya no puede acostumbrarse a ellos; todos seríamos abstemios si no se nos hubiese dado vino en nuestros años jóvenes. En fin, cuantos más sencillos son nuestros gustos, más universales son; las repugnancias más compartidas recaen siempre sobre los platos compuestos. ¿Se vio jamás a una persona tener aversión al agua ni al pan? He aquí la huella de la naturaleza, he aquí también nuestra regla. Conservemos en el niño su gusto primitivo cuanto más sea posible; que su alimentación sea común y sencilla, que su paladar sólo se familiarice con sabores poco complicados, y no se forme un gusto exclusivo.

Yo no examino aquí si esta manera de vivir es más sana o no, no es así como yo lo enfoco. Me basta con saber, para preferirla, que es la más de acuerdo con la naturaleza, y la que puede plegarse más fácilmente a toda otra. Me parece que no razonan bien aquellos que afirman que es necesario acostumbrar a los niños a los alimentos que ellos utilizarán cuando mayores. ¿Por qué ha de ser su alimentación la misma, en tanto que su manera de vivir es tan diferente? Un hombre agotado por el trabajo, los cuidados, las preocupaciones, tiene necesidad de alimentos succulentos que le lleven al cerebro nuevos elementos; un niño que acaba de ejercitarse, y cuyo cuerpo crece, tiene necesidad de una alimentación abundante que le forme mucho kilo. Además el hombre formado posee ya su estado, su empleo, su domicilio; pero ¿quién es el que puede estar seguro de los que la fortuna reserva al niño? En todo caso no le demos una forma tan determinada, que le cueste demasiado el cambiarla en caso de necesidad. No hagamos que él muera de hambre en otros países, ni que tenga que ser seguido por todas partes de un cocinero francés, ni que diga un día que no se sabe comer nada más que en Francia. ¡He aquí entre paréntesis un elogio gracioso! En lo que a mí se refiere yo diría por el contrario, que son sólo los franceses quienes no saben comer, porque se precisa un arte muy particular para hacer comestibles sus platos.

De nuestras diversas sensaciones, el gusto genera las que generalmente nos afectan más. Por ello estamos más interesados en considerar mejor las sustancias que deben formar parte de la nuestra, que de aquellas que no hacen otra cosa que cercarla. Mil cosas son indiferentes al tacto, al oído y a la vista; pero no hay casi ninguna indiferente al gusto.

Además, la actividad de este sentido es toda física y material; es el único que no dice nada a la imaginación, al menos aquel cuyas sensaciones entran menos en ella, en tanto que la imitación y la imaginación impregnan con frecuencia de moral la impresión de todos los restantes. De este modo los corazones tiernos y voluptuosos, los caracteres apasionados y verdaderamente sensibles, fáciles de conmover por los otros sentidos, son generalmente bastante tibios respecto a éste. De esto mismo que parece poner el gusto debajo de aquello, y hacer más despreciable la inclinación que nos genera, concluiré por el

²⁹ Ved *La Arcadia*, de Pausanias; también el pasaje de Plutarco que transcribiremos después.

contrario que el medio más conveniente para dirigir a los niños es el de conducirlos por su boca. El móvil de la gula es sobre todo preferible al de la vanidad, puesto que la primera es un apetito de la naturaleza, atendida inmediatamente al sentido, y la segunda resulta una obra de la opinión, sujeta al capricho de los hombres y a toda clase de abusos. La gula es la pasión de la infancia, esta opinión no está influenciada por ninguna otra, desaparece a la menor concurrencia. Y creedme, el niño no tardará en cesar de pensar en lo que come y cuando su corazón esté demasiado ocupado, no le preocupará nada su paladar. Cuando sea mayor, mil impetuosos sentimientos verificarán el cambio de la gula y le harán superar la vanidad; pues esta última pasión crece beneficiándose de las demás, y al final las devora a todas. Yo he examinado algunas veces a esas gentes que dan importancia a las buenas tajadas, que al despertarse piensan en lo que comerán durante la jornada, y describen una comida con más exactitud que la que presenta Polibio al describir un combate; yo he comprobado que estos supuestos hombres no eran sino niños de cuarenta años, sin vigor y sin consistencia, *fruges consumere nati*.³⁰ La gula es el vicio de los corazones que carecen de vigor. El alma de un glotón está toda en su paladar; el sólo está hecho para comer; en su estúpida incapacidad, él no se considera centrado sino ante la mesa, y no sabe juzgar sino de platos; dejémosle sin pesar este empleo; más le vale éste que otro, tanto para nosotros como para él.

Temer que la gula se enraíce en un niño capaz de progresar es una precaución de espíritu débil. En la infancia no se piensa más que en lo que se come; en la adolescencia no ocurre lo mismo todo nos interesa y se tienen otras preocupaciones. Yo no quisiera, sin embargo, que se llegase a hacer un uso indiscreto de un recurso tan bajo ni apuntalar con una buena tajada el honor de realizar una bella acción. Pero no veo el porqué no ha de tener un premio material y sensible la infancia que no tiene ante sí sino juegos y retozonas diversiones, ejercicios puramente corporales. Si un pequeño mallorquín viendo un cesto sobre lo alto de un árbol, lo hace caer de un tiro de honda, ¿no es justo que se aproveche de él y que un buen desayuno repare la fuerza que él ha empleado en ganarlo?³¹ Que un joven espartano a través de los riesgos de cien latigazos, se deslice hábilmente en una cocina; que robe un zorrillo vivo, que al llevarlo en sus ropas sea arañado, mordido, ensangrentado, y que para no pasar la vergüenza de ser sorprendido, el niño se deje desgarrar las entrañas sin pestañear, sin lanzar un solo grito, ¿no es de justicia que al final aproveche su presa y que la coma después de haber sido comido? Jamás debe ser una recompensa una buena comida; ¿pero por qué no ha de serlo algunas veces el efecto de los trabajos que se han realizado para procurársela? Emilio no considera el pastel que yo he colocado sobre la piedra como el premio de haber corrido bien; él sabe solamente que el único medio de tener este pastel es el de llegar más pronto que otro.

Esto no contradice las máximas que yo adelanté hace poco sobre la sencillez de las comidas, pues para avivar el apetito de los niños, no se precisa excitar su sensualidad, sino únicamente satisfacerla; y esto se logrará con las cosas más comunes del mundo, si no se trabaja por refinarle el gusto. Su constante apetito, que excita la necesidad de crecer es un condimento sobre el que tienen lugar muchos otros. Los frutos, lacticinios, alguna pieza al horno algo más delicada que el pan ordinario, sobre todo el arte de gastar sobriamente todo esto, he aquí con qué proveer los ejércitos de niños en todo el mundo sin facilitarles el paladar.

Una de las pruebas de que el gusto de la carne no es natural en el hombre, es la indiferencia de los niños por este alimento, y la preferencia que conceden a los alimentos vegetales tales como los lacticinios, la pastelería, las frutas, etc. Sobre todo importa el no desnaturalizar este gusto primitivo y no hacer a los niños carnívoros; si esto no es por su salud, es por su carácter; pues, de cualquier modo que sea explicada la experiencia, es cierto que los grandes comedores de carne son, en general, más crueles y feroces que los demás hombres; esta observación es de todos los lugares y de todos los tiempos. Conocida es la barbarie inglesa;³² por el contrario los gauros son los más dulces de los hombres.³³ Todos los salvajes son crueles, y sus costumbres no les llevan a serlo: esta crueldad procede de sus alimentos. Ellos van a la guerra como a la caza y tratan a los hombres como a los osos. En la misma Inglaterra los carniceros no son recibidos como

³⁰ Horacio, *Epítetos*: "Somos pobres hombres, nacidos exclusivamente para comer".

³¹ Hace mucho tiempo que los mallorquines han perdido esta costumbre, que es del tiempo de la celebridad de sus honderos.

³² Yo sé que los ingleses blasonan mucho de su humanidad y de sus condiciones características, que ellos llaman *good natured people*; pero ellos pueden presumir cuanto quieran, nadie lo toma en cuenta.

³³ Los banianos, que se abstienen de toda carne más severamente que los gauros, son casi tan dulces como ellos; pero como su moral es menos pura y su culto menos razonable, no son gentes tan honradas como ellos.

testigos,³⁴ lo mismo que los cirujanos. Los grandes malvados se endurecen para el asesinato bebiendo sangre. Homero hace de los cíclopes, comedores de carne, hombres espantosos, y de los latófagos un pueblo tan amable, que tan pronto como se entablaba su conocimiento, se olvidaba incluso del país nativo para vivir entre ellos.

"Tú me preguntas —dice Plutarco— por qué Pitágoras se abstenía de comer carne de los animales; pero yo te pregunto por el contrario qué valor tuvo el primer hombre que acercó a su boca una carne muerta, que rompió con sus dientes los huesos de un animal expirante, que se hizo servir ante él cuerpos muertos, cadáveres, y engulló en su estómago los miembros que, en el momento anterior balaban, mugían, andaban y veían. ¿Cómo pudo su mano hundir un hierro en el corazón de un ser sensible? ¿Cómo pudieron sus ojos soportar un asesinato? ¿Cómo pudo ver sangrar, despellejar, desmembrar, a un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo soportar el aspecto de las carnes palpitantes? ¿Cómo su olor no le hizo que se alterase su corazón? ¿Cómo no quedó hastiado, repelido, estremecido de horror, cuando llegó a manejar la inmundicia de estas heridas, a limpiar la sangre negra y coagulada que las cubría?

Las pieles se arrastraban sobre la tierra despellejadas,
las carnes al fuego mugían espetadas;
el hombre no pudo comerlas sin vibrar,
y dentro de su seno las oyó quejar.

He aquí lo que él debió imaginar y sentir la primera vez que superó a la naturaleza para hacer esta horrible comida, la primera vez que él tuvo hambre de un animal en vida, que él quiso alimentarse de un animal que pastaba todavía y cuando dijo cómo era necesario degollar, despedazar, cocer la oveja que le lamía las manos. Es de quienes iniciaron estos festines crueles y no de los que a ellos renuncian, de quienes se acostumbraban a extrañarse; todavía esos primeros podrían justificar su barbarie con excusas de que ahora se carece y cuya carencia nos hace cien veces más bárbaros que a ellos. Mortales bien amados de los dioses, nos dirían estos primeros hombres comparad los tiempos, ved cuán felices sois y cuán miserables éramos nosotros. La tierra recientemente formada y el aire cargado de vapores, permanecían todavía indóciles al orden de las estaciones; el incierto curso de los ríos deterioraba sus orillas por todas partes; los estanques, los lagos, los profundos terrenos pantanosos, inundaban las tres cuartas partes de la superficie de mundo; la otra cuarta parte estaba cubierta de bosques y de selvas estériles. La tierra no producía ningunos buenos frutos; carecíamos de instrumentos de labor; ignorábamos el arte de servirnos de ellos, y jamás llegaba el tiempo de la cosecha porque no se había sembrado nada. Por ello el hambre no nos abandonaba. En el invierno el musgo y la corteza de los árboles eran nuestros alimentos ordinarios. Algunas raíces verdes de grama y de brezo eran para nosotros un regalo; y cuando los hombres habían podido encontrar fabucos, nueces, bellotas, danzaban de alegría en torno de una encina o de un roble al son de alguna rústica canción, llamando a la tierra su nutridora; esta era entonces la única fiesta; estos eran sus únicos juegos; todo el resto de la vida humana no era sino dolor, trabajo y miseria. En fin cuando la tierra despojada y desnuda no nos ofrecía ya nada, forzados a ultrajar la naturaleza para conservarnos, nos comimos a los compañeros de nuestra miseria antes que perecer con ellos. Pero a vosotros, hombres crueles, ¿quién os fuerza a verter sangre? ¡Ved cuánta afluencia de bienes os rodea, cuantos frutos os produce la tierra, cuantas riquezas os dan los campos y las viñas, cuantos animales os ofrecen su leche para alimentaros y su vellón para vestiros! ¿Qué le pedís más? y ¿qué furor os lleva a cometer tantas muertes, saciados de bienes y rebosando de víveres? ¿Por qué mentís contra vuestra madre acusándola de no poder alimentaros? ¿Por qué pecáis contra Ceres, inventora de santas leyes y contra el gracioso Baco, consolador de los hombres?, cómo si sus dones prodigados no bastasen para la conservación del género humano. ¿Cómo tenéis corazón para mezclar con sus dulces frutos las osamentas sobre vuestras mesas, y de comer con la leche la sangre de los animales que os la dan? Las panteras y los leones, los que calificáis de bestias feroces, siguen su instinto por fuerza y matan a los otros animales para vivir. Pero vosotros, cien veces más feroces que ellos combatís el instinto sin necesidad, para entregaros a vuestras crueles delicias. Los animales que coméis no son los que comen los otros; a esos animales carniceros no los coméis, los imitáis, vosotros sólo tenéis hambre de animales inocentes y dulces que no hacen mal a nadie, que se aficionan a vosotros, que os sirven, y que por premio de su servicio los devoráis. ¡Oh homicida contra natura! si tú te obstinas en mantener que ella te ha hecho para

³⁴ Uno de los traductores ingleses de este libro ha tachado aquí mi menosprecio y los dos lo han corregido. Los carniceros y los cirujanos son recibidos en testimonio: pero los primeros no son admitidos como jurados o pares en causas criminales, y los cirujanos lo son.

devorar a tus semejantes, seres de carne y hueso, sensibles y vivientes como tú, ahoga pues el horror que ella te inspira por estas horribles comidas, mata a los animales por ti mismo, esto es con tus propias manos, sin herramientas, sin cuchillas, desgárralos con tus uñas, como hacen los leones y los osos; muerde a éste y hazlo pedazos; hunde tus garras en su piel; come este cordero tan vivo, devora sus carnes tan cálidas, bebe su alma con su sangre. ¡Te estremeces! ¡No te atreves a sentir palpitar bajo tu diente una carne viva! ¡Hombre desgraciado! Tú comienzas por matar al animal, y después lo comes, como para hacerle morir dos veces. Esto no es suficiente: te repugna todavía la carne muerta, no pueden soportarla tus entrañas, es necesario transformarla por el fuego, hervirla, asarla, aderezarla con drogas que la cambien; te son necesarios carniceros, cocineros, asadores, gentes para quitarte el horror de la muerte y vestirme los cuerpos muertos, a fin de que el sentido del gusto, engañado por estos disfraces, no rechace lo que le es extraño y saboree con placer los cadáveres que el mismo ojo tuvo pena en soportar el aspecto."

Aun cuando este pasaje sea extraño a mi propósito, no he podido resistir a la tentación de transcribirlo y yo creo que a pocos de mis lectores les habrá desagradado.

Por lo demás, en cualquier clase de régimen que deis a los niños, con tal de que no les acostumbéis sino a comidas comunes y sencillas, dejadles comer, correr y jugar tanto como les plazca; luego estad seguros de que no comerán nunca demasiado y no tendrán indigestiones; pero si los hambreáis la mitad del tiempo, y ellos encuentran el medio de escapar a vuestra vigilancia, se resarcirán con toda su fuerza y comerán hasta rebosar, hasta reventar. Vuestro apetito sólo es desmesurado porque queremos darle otras reglas que las de la naturaleza; siempre regulando, prescribiendo, agregando, suprimiendo, no hacemos otra cosa que mantener la balanza en la mano, pero esta balanza está a la medida de nuestros caprichos, y no a la de nuestro estómago. Yo vuelvo siempre a mis ejemplos. Entre los campesinos, el arcón y el frutero están siempre abiertos, y los niños tanto como los hombres ignoran lo que son indigestiones.

Si aconteciese, sin embargo, que un niño comiese demasiado, lo que no creo posible con mi método, mediante distracciones de su agrado es tan fácil distraerle que se llegaría a agotarle de inanición sin que él lo sospechara. ¿Cómo medios tan seguros y tan fáciles se les escapan a tantos preceptores? Cuenta Herodoto que los lidios agobiados por una extrema penuria, se dispusieron a inventar los juegos y otras diversiones con que ellos daban el cambio a su hambre y pasaban días completos sin pensar en comer.³⁵ Vuestros sabios preceptores, acaso han leído cien veces este pasaje, sin comprender la explicación que de él se puede dar a los niños. Acaso alguno de ellos me dirá que un niño no abandona gustoso su comida para ir a estudiar su lección. Maestros, tenéis razón: yo no pensaba en esta distracción.

El sentido del olfato es al gusto lo que el de la vista al tacto él le previene, le advierte, de la manera en que tal o cual sustancia debe afectarle, y dispone para la búsqueda o la huida según la impresión que se recibe de antemano. Yo he oído decir que los salvajes tenían el olfato afectado de un modo totalmente distinto al nuestro, y consideraban muy diferente los buenos y los malos olores. En cuanto a mí yo lo creo bien. Los olores por sí mismos son sensaciones débiles; ellos conmueven más la imaginación que el sentido, y no afectan tanto por lo que ellos facilitan como por lo que hacen esperar. En consecuencia, los gustos de los unos que por su manera de vivir llegan a ser tan diferentes de los gustos de los demás, deben hacerles derivar juicios muy opuestos de los sabores y por consecuencia de los olores que los anuncian. Un tártaro debe olfatear con tanto placer un cuarto de hediondo caballo muerto, como uno de nuestros cazadores una perdiz algo podrida.

Nuestras sensaciones inútiles, como la de estar perfumado por las flores de un parterre, deben ser insensibles a los hombres que caminan demasiado para apreciar el pasearse, y que no trabajan lo suficiente para formarse una voluptuosidad del descanso. Las gentes siempre hambrientas no acertarían a adquirir un gran placer con los perfumes que no anuncian nada de comer.

El olfato es el sentido de la imaginación; dando a los nervios un tono más fuerte, debe agitar mucho el cerebro; ésta es la causa de que él reanime un momento el temperamento, y lo agote a la larga. Exciten en el amor efectos bien conocidos; el suave perfume de un tocador no es una trampa tan liviana como se piensa; yo no sé si se impone felicitar o compadecer al hombre prudente y poco sensible al que el olor de las flores que su amante tiene sobre el seno no hacen jamás palpitar.

³⁵ Los antiguos historiadores están repletos de ideas de las que se podría hacer uso, incluso cuando los hechos que las presentan fuesen falsos. Pero nosotros no sabemos sacar ningún verdadero partido de la historia; la crítica erudita lo absorbe todo; como si importase mucho que un hecho fuese cierto, dado que se puede sacar de él una instrucción útil. Los hombres sensatos deben considerar la historia como un tejido de fábulas, cuya moral es muy apropiada para el corazón humano.

El olfato no debe ser muy activo en la primera edad, cuando la imaginación, que pocas pasiones ha suscitado todavía, no es susceptible de emoción, y cuando no se posee aún la suficiente experiencia para prever con un sentido lo que se promete con otro. También esta consecuencia está perfectamente confirmada por la observación; y es cierto que este sentido está aún obtuso y casi entorpecido en la mayoría de los niños. No es que la sensación no sea en ellos tan fina, y acaso más que en los hombres, sino porque no agregando ninguna otra idea a él, no se afectan tan fácilmente de un sentimiento de placer o de dolor, y que ellos no están ni halagados ni ofendidos como nosotros. Yo creo que sin salir del mismo sistema, y sin recurrir a la anatomía comparada de los dos sexos, se hallaría fácilmente la razón del por qué las mujeres se afectan, en general, más vivamente de los olores que los hombres..

Se dice que los salvajes del Canadá se forman desde su juventud tan sutil el olfato, que aunque ellos tengan perros, no desdeñan el servirse para la caza, y actúan como perros ellos mismos. Yo concibo, en efecto, que si se enseñase a los niños a olfatear su comida, como el perro olfatea la caza, acaso se llegaría a perfeccionarles el olfato hasta el mismo punto; pero en el fondo no veo que se pueda hacer de este sentido un uso muy sutil, como no sea hacerles conocer sus relaciones con el del gusto. La naturaleza ha tenido cuidado de forzarnos a la sumisión del hecho de estas relaciones. Ella no ha hecho la acción de este último sentido casi inseparable de la del otro, situando sus órganos vecinos. y colocando en la boca una comunicación inmediata entre ambos, de suerte que no gustamos nada sin olerlo. Yo quisiera únicamente que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar a un niño, cubriendo por ejemplo, de un aroma agradable el mal gusto de una medicina; pues la discordia de los dos sentidos es demasiado grande entonces para poder abusar de ella; absorbiendo el sentido más activo el efecto del otro, él no toma la medicina con menos desagrado; este desagrado se extiende a todas las sensaciones que le afectan al mismo tiempo, en la presencia de la más débil, su imaginación le recuerda también la otra; un perfume suavísimo sólo es para él un olor desagradable; y es de este modo como nuestras indiscretas precauciones aumenta la suma de las sensaciones desagradables a expensas de las agradables.

Me resta hablar en los libros siguientes del cautivo de una especie de sexto sentido, llamado sentido común, menos porque es común a todos los hombres, que porque es el resultado del uso bien regulado de los otros sentidos, y que nos instruye de la naturaleza de las cosas por el concurso de todas sus apariencias. Este sexto sentido no tiene por consecuencia órgano particular: él sólo reside en el cerebro, y sus sensaciones, puramente internas se llaman percepciones o ideas. Por el número de estas ideas es como se mide la extensión de nuestros conocimientos: es su nitidez, su claridad, la que forma la justeza de su espíritu; es el arte de compararlas entre sí a lo que se llama razón humana. De este modo, lo que yo llamaba razón sensitiva o pueril consiste en formar ideas sencillas por el concurso de varias sensaciones, y lo que yo llamo intelectual o humana consiste en formar ideas complejas por el concurso de varias ideas simples.

Suponiendo pues que mi método sea el de la naturaleza, y que yo no me haya equivocado en la aplicación, hemos conducido a nuestro alumno, a través de los países de las sensaciones, hasta los confines de la razón pueril: el primer paso que debemos dar es un paso de hombre. Pero, antes de entrar en esta nueva carrera, lancemos un momento la mirada sobre la que acabamos de recorrer. Cada edad, cada estado de la vida tiene su perfección conveniente, su especie de madurez que le es propia. Con frecuencia hemos oído hablar de un hombre formado pero consideraremos un niño formado: este espectáculo será más nuevo para nosotros, y acaso no será menos agradable

La existencia de seres finitos es tan pobre y tan limitada, que, cuando nos damos cuenta de lo que es, hemos enmudecido para siempre. Son las quimeras las que ornan los objetos reales; y si la imaginación no agrega un encanto a cuanto nos afecta, el estéril placer que se adquiere se limita al órgano, y deja frío el corazón siempre. La tierra adornada con los tesoros del otoño, desprende una riqueza que el ojo admira: pero esta admiración no es sensible; procede más de la reflexión que del sentimiento. En la primavera, el campo casi desnudo no está todavía cubierto de nada, los bosques no ofrecen sombra, el verdor está apuntando, y el corazón se relaciona con su aspecto. Al ver renacer la naturaleza se siente reanimar en sí mismo; la imagen del placer nos rodea; estas compañeras de la voluptuosidad, estas dulces lágrimas, prontas siempre a juntarse con todo sentimiento delicioso, están ya al borde de nuestros párpados; pero el aspecto de las vendimias, con tanto bello ser animado, vivo, agradable, se contempla siempre con ojo poco sensible.

¿Por qué estas diferencias? Es que el espectáculo de la primavera agrega a la imaginación el de las estaciones que deben seguirla, a esas tiernas yemas que el ojo percibe, ella agrega las flores, los frutos, los follajes, algunas veces los misterios que ellos pueden encubrir. Ella reúne en un punto las épocas que deben sucederse, y ve menos los objetos como ellos serán que como ella los desea, porque depende de ella el escogerlos. Por el contrario, en el otoño, no se puede ver sino lo que es. Si se quiere llegar a la primavera, nos detiene el invierno, y la imaginación helada expira sobre la nieve y las espesas brumas.

Tal es el origen del encanto que se percibe al contemplar una bella infancia preferiblemente a la perfección de la edad madura. ¿Cuándo experimentamos un verdadero placer en ver a un hombre? Cuando el repaso de sus acciones nos permite repasar su vida, y la rejuvenecemos por decirlo así, a nuestros ojos. Si quedamos reducidos a considerarla tal como es, o a suponerla tal como será en su vejez, la idea de la naturaleza declinante borra todo nuestro placer. No hay sino ver a un hombre avanzar a grandes pasos hacia su tumba para que la imagen de la muerte lo afee todo.

Pero cuando yo me imagino a un niño de diez a doce años, sano, vigoroso, bien formado para su edad, él no me hace nacer una idea que no sea agradable, bien para el presente, bien para el futuro: yo le veo fogoso, vivo, animado, sin cuidado impaciente, sin amplia y penosa previsión, todo entero en su ser actual, y gozando de una plenitud de vida que parece querer extenderse fuera de él. Yo lo preveo en otra edad, ejercitando el sentido el espíritu, las fuerzas, que se desarrollan en él día a día y de las cuales da en cada instante nuevos indicios; yo lo contemplo niño, y me agrada; yo lo imagino hombre, y me place más aún; su sangre ardiente parece calentar la mía; ya creo vivir de su vida, y su vivacidad me rejuvenece.

Suena la hora y ¡qué cambio! Al instante su ojo se empaña, se desvanece su euforia; adiós la alegría, adiós los alocados juegos. Un hombre severo y enfadoso, le toma por la mano, le dice gravemente: *vamos, señor*, y le conduce. En la habitación en donde penetran yo entreveo libros; ¡los libros, que triste contorno para su edad! El pobre niño se deja conducir, dirige una mirada de pesar sobre todo lo que le rodea, se calla y parte repletos los ojos de lágrimas que él no se atreve a derramar y el corazón lleno de suspiros que no osa exhalar.

¡Oh tú, que no tienes nada parecido que temer; tú, para quien ninguna época de la vida es un tiempo de tortura y de fastidio; tú, que ves llegar el día sin inquietud, la noche sin impaciencia, y que no cuentas las horas sino por tus placeres; ven dichoso mío, mi amable alumno, a consolarnos con tu presencia de la marcha de este infortunado; ven!.. Él llega, y yo siento a su lado un movimiento de alegría que le veo compartir. Es su amigo, su camarada, es el compañero de sus juegos a quien él aborda; al verme está bien seguro de que no permanecerá mucho tiempo sin diversión; nosotros no dependemos nunca el uno del otro, pero nos compenetramos siempre y no pero no compenetramos siempre y no estamos con nadie tan a gusto como los dos juntos.

Su rostro, su porte, su contingencia, anuncian la seguridad y el contento, la salud brilla en su rostro; sus pasos afirmados le dan un aire de vigor, su tez delicada sin ser aún fría, no tiene nada de la blancura afeminada; el aire y el sol han puesto ya en él la impronta honorable de su sexo; sus músculos todavía abultados, comienzan a marcar algunos rasgos y una fisonomía naciente, sus ojos que el fuego del sentimiento no reflejan aún, presentan al menos toda su serenidad nativa,³⁶ no los han oscurecido los profundos pesares y no han surcado sus mejillas lágrimas infinitas. Contemplad en sus movimientos rápidos, pero seguros, la vivacidad de su edad, la firmeza de la independencia, la experiencia de los múltiples ejercicios. Él presenta el aire abierto y libre, pero no insolente ni vano: su rostro que no se ha pegado a los libros, no cae sobre su estómago; no hay necesidad de decirle: "Levantad la cabeza"; ni la vergüenza ni el temor lo hicieron bajar jamás.

Hagámosle un lugar en medio de la reunión: señores, examínadle, interrogadle con toda confianza; no temáis ni sus impertinencias, ni su cháchara, ni sus preguntas indiscretas. No tengáis miedo de que él se apodere de vosotros, que pretenda ocuparos en él sólo, y que no podáis deshaceros de él ya.

No esperéis de él propósitos agradables, ni que os diga lo que yo le hubiera dictado; no esperéis sino la verdad ingenua y sencilla, sin ornamento, sin aparato, sin vanidad. Él os dirá el mal que ha hecho o el que piensa hacer, todo ello tan libremente como el bien, sin embarazarse en modo alguno por el efecto que cause en vosotros cuanto él diga; empleará la palabra en toda la simplicidad de su primera institución.

Gusta mucho predecir a los niños. y se lamenta siempre ese flujo de inepticias que casi siempre vienen a truncar las esperanzas que se quisieran obtener de algún dichoso encuentro que por azar cayera sobre la lengua. Si el mío anuncian raramente tales esperanzas, jamás dará ese pesar; pues él no pronuncia jamás una palabra inútil, y no se agota en una cháchara que sabe que no se escucha. Sus ideas son limitadas, pero claras; si él no sabe nada de memoria, sabe mucho por experiencia; si lee menos bien que otro niño en nuestros libros, él lee mejor en el de la naturaleza; su espíritu no está en su lengua, sino en su cabeza; posee menos memoria que juicio; no sabe hablar sino un lenguaje, pero entiende cuanto dice; y si no dice tan bien como los otros dicen, en compensación obra mejor que lo hacen los demás.

³⁶ *Natia*; yo empleo esta palabra en una acepción italiana, a falta de encontrar un sinónimo en francés. Si he errado, poco importa, con tal que se me entienda.

Él no sabe lo que es rutina, uso, hábito; lo que hizo ayer no influye para nada sobre lo que hace hoy:³⁷ jamás sigue una fórmula, ni cede a la autoridad ni al ejemplo, y ni actúa ni habla sino como le conviene. De este modo, no esperéis de él discursos dictados, ni maneras estudiadas, sino siempre la expresión fiel de sus ideas y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Hallaréis en él un pequeño número de nociones morales que se relacionan con su estado actual, ninguna sobre el estado relativo de los hombres: ¿y de qué les servirían ellas, puesto que un niño no es todavía un miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propiedad, incluso de convención; él puede saber hasta el momento que lo que está en él es de él, y el por qué lo que no está en él no es de él; fuera de esto, no sabe ya nada. Habladle de deber, de obediencia, y él no sabrá lo que queréis decir; mandadle alguna cosa, no os comprenderá; pero decidle: "si me dais tal gusto, yo os lo restituiré en la ocasión, al instante se apresurará a complaceros, pues él no solicita nada mejor que el extender su dominio y adquirir sobre vosotros derechos que sabe son inviolables. Puede ser acaso que él no esté molesto por ocupar un lugar, por formar número, por ser considerado para alguna cosa; pero si él se somete a este motivo, ha salido ya de la naturaleza y no habéis taponado bien, de principio, todas las puertas de la vanidad.

Por su parte, si él tiene necesidad de alguna ayuda, la solicitará indiferentemente del primero que encuentre, la exigirá tanto del rey como de su lacayo; todos los hombres continúan siendo iguales a sus ojos. Veis, en el aire con que ruega, que él comprende que no se le debe nada; sabe que lo que solicita es una gracia. Sabe también que la humanidad puede concederla. Sus expresiones son sencillas y lacónicas. Su voz, su mirada, su gesto, son de un ser acostumbrado igualmente a la complacencia y a la negativa. No es ni la reptante y servil sumisión de un esclavo, ni el acento imperioso de un señor; es una modesta confianza en sus semejantes, es la noble y tierna dulzura de un ser libre, pero sensible y débil, que implora la asistencia de un ser libre, pero fuerte y bienhechor. Si le concedéis lo que os pide, no os dará las gracias, pero comprenderá que él ha contraído una deuda. Si se lo negáis, no se quejará, ni insistirá, porque sabe que esto sería inútil. Él no se dirá: se me ha rechazado; pero se dirá: esto no podía ser; y, como yo lo he dicho ya, no se rebela contra la necesidad bien reconocida.

Dejadle solo en libertad, vedle actuar sin decirle nada; considerad lo que él hará y cómo procederá. No teniendo necesidad de demostrar que es libre, jamás realiza nada sin reflexionar, y solamente por realizar un acto de poder sobre sí mismo: ¿no sabe que él es siempre dueño de sí? Está alerta, ligero, dispuesto; sus movimientos tienen toda la vivacidad de su edad, pero no veis ni uno que no tenga un fin. Sea cual sea lo que el quiera hacer, jamás emprenderá nada que rebase sus fuerzas, pues las ha experimentado y las conoce: sus medios estarán siempre apropiados a sus deseos, y raramente actuará sin confiar en el éxito. Tendrá el ojo atento y juicioso; no irá interrogando tontamente a los demás sobre todo lo que ve, sino que lo examinará por sí mismo y se fatigará por hallar lo que quiere conocer antes de solicitarlo. Si él cae en un imprevisto embarazo, se turbará menos que otro; si existe riesgo, se asustará menos también. Como su imaginación permanece todavía inactiva, y no se ha hecho nada para animarla, él no ve la realidad, ni calcula los peligros en lo que valen, y conserva siempre su sangre fría. La necesidad le abrumba con demasiada frecuencia para que él siga revolviéndose contra ella, lleva el yugo desde su nacimiento, y está bien acostumbrada a él; está siempre dispuesto a todo.

Que él trabaje o que se divierta, todo es igual. Sus juegos son sus ocupaciones, y no percibe la diferencia. Pone en todo cuanto hace un interés que incita la risa y una libertad que complace, mostrando a la vez el giro de su espíritu y la esfera de sus conocimientos. ¿No es el espectáculo de esta edad, un espectáculo encantador y dulce, contemplar un hermoso niño, la mirada viva y alegre, el aspecto contento y sereno, la fisonomía abierta y risueña, hacer al jugar las cosas más serias, o profundamente ocupado en las más frívolas diversiones?

¿Queréis ahora considerarle por comparación? Reunirle con otros niños, y dejadle hacer. Veréis bien pronto cuál está más verdaderamente formado, cuál se aproxima más a la perfección de su edad. Entre los niños de la ciudad, ninguno es más diestro que él, pero él es más fuerte que ningún otro. Entre los jóvenes campesinos, él los iguala en fuerza y los supera en destreza. Y en todo cuanto está al alcance de la infancia, él juzga, razona, prevé mejor que todos ellos. ¿Se trata de obrar, correr, de saltar, sacudir los cuerpos,

³⁷ El atractivo del hábito deriva de la pereza natural del hombre, y esta pereza aumenta entregándose a ella: se hace más fácilmente lo que se ha hecho ya, estando la ruta despejada es más fácil seguirla. Además, se puede subrayar que el dominio del hábito es mucho más intenso sobre los ancianos y sobre las gentes indolentes; muy leve sobre la juventud y sobre las personas vivas. Este régimen no es bueno sino para las almas débiles y las debilita de día en día. El único hábito útil a los niños es someterse sin esfuerzo a la necesidad de las cosas; el único hábito útil a los hombres es someterse sin trabajo a la razón. Cualquier otro hábito distinto es, un vicio.

levantar masas, calcular las distancias, inventar juegos, ganar premios?; se diría que la naturaleza está a sus órdenes por la forma en que él sabe plegar fácilmente cualquier cosa a sus deseos. Está hecho para guiar. para gobernar a sus iguales; el talento, la experiencia, se mantienen en rectitud y autoridad. Dadle el hábito y el nombre que os plazca, poco importa; él sobresaldrá en todo y llegará a ser en todo lugar el jefe de los demás; éstos sentirán siempre su superioridad sobre ellos; sin querer mandar, será el señor; sin creer obedecer, obedecerán.

Llegado a la madurez de la infancia, él ha vivido la vida de un niño, y no ha adquirido su perfección a expensas de su dicha; por el contrario, ambas han colaborado. Adquiriendo toda la razón de su edad, él ha sido feliz y libre tanto como su constitución le permitió serlo. Si la guadaña fatal viene a cosechar en él la flor de nuestras esperanzas, no tendremos que llorar a la vez su vida y su muerte, no tendremos que agriar nuestros dolores al recordar aquellos que le hubiéramos causado, nos diremos: al menos él ha gozado de su infancia; no le hemos hecho perder nada de cuanto la naturaleza le había otorgado.

El gran inconveniente de esta primera educación es que ella no es sensible más que a los hombres perspicaces, y que, en un niño educado con tanto cuidado, las miradas vulgares sólo ven un pilluelo. Un preceptor piensa en su interés más que en el de su discípulo; él se esfuerza en demostrar que no pierde su tiempo y que gana bien el dinero que se le da; él le provee de una artificial y fácil ostentación que se puede mostrar cuando se quiera, no importa que lo que él aprenda sea útil, con tal que se vea fácilmente. Sin elección, sin discernimiento, acumula cien confusiones en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, se lo hace desplegar su mercancía; él la presenta, quedamos contentos; luego recoge su fardo y se marcha. Mi alumno no es tan rico, no tiene fardo que mostrar, ni nada que enseñar, sino él mismo. Ahora bien, un niño, igual que un hombre, no se conoce en un momento. ¿En donde están los observadores que sepan captar al primer golpe de vista los rasgos que le caracterizan? Existen, pero mínimos; y de cien mil padres no se encontrará uno de esta clase.

Las preguntas demasiado multiplicadas fatigan y repelen a todo el mundo, y con más razón a los niños. Al cabo de algunos minutos se relaja su atención, no escuchan más la demanda de un obstinado preguntón y sólo responden al azar. Esta manera de examinarlos es vana y pedantesca; con frecuencia, una palabra tomada al vuelo describe mejor su sentido y su espíritu que lo harían los largos discursos; pero es preciso prevenirse para que esta palabra no sea ni dictada ni fortuita. Se precisa tener un juicio muy claro de sí mismo para apreciar el de un niño.

Ya he oído contar al difunto milord Hayde que uno de sus amigos, de vuelta de Italia después de tres años de ausencia, quiso examinar los progresos de su hijo de nueve o diez años de edad. Ambos fueron un anochecido a pasearse con su preceptor a una planicie donde los escolares se entretenían en jugar con cometas. El padre, al pasar, dijo a su hijo: "¿En dónde está la cometa cuya sombra nos cubre?" Sin titubear, sin levantar la cabeza, dijo el niño: "Sobre el gran camino." "En efecto —agregó milord Hayde—, el gran camino estaba entre el sol y nosotros." El padre, al escuchar la respuesta, abrazó a su hijo, y terminando allí su examen se fue sin decir nada. Al día siguiente envió al preceptor el acta de una pensión vitalicia, además de sus emolumentos.

¡Qué hombre este padre, y qué hijo le estaba prometido! La pregunta era precisamente de la edad: la respuesta muy sencilla; pero ved qué claridad de juicio infantil revela ella. Fue de este modo como el alumno de Aristóteles sometió a ese corredor célebre que ningún jinete había podido domar.